

Un hombre acabado

Giovanni Papini



Decía Henry Miller de Giovanni Papini que como filósofo no valía nada, pero que como perdedor fue el mejor que ha habido: alguien que fracasó en cada uno de los aspectos de su vida en los que se propuso triunfar, no porque su obra o sus experiencias no tuviesen valor, sino por su nivel de exigencia y sus pretensiones desmesuradas.

Intelectual extremo (en el sentido de quien acumula conocimientos) Papini a los treinta años había leído y analizado casi todos los textos de la cultura universal y a sus treinta años su autobiografía era la biografía de un viejo que sabe que ya no le queda futuro. Se había dado cuenta de que toda su cultura no tenía ningún valor y que nadie de los que le rodeaban estaba a la altura de su admiración: a los treinta años era un hombre temido por su sinceridad, solitario, que cuando alcanzó el éxito y la notoriedad radicalizó su sentimiento de misantropía.

Muchos consideran que *Un hombre acabado* es la obra maestra de Giovanni Papini, esencial para conocer la trayectoria de este autor italiano. Borges consideraba que era la «melancólica autobiografía» de un escritor «inmerecidamente olvidado». En sus páginas está todo el torrente intelectual de uno de los genios de las letras europeas del siglo xx, un hombre que reconocía haber nacido con «la enfermedad de la grandeza».



Giovanni Papini

Un hombre acabado

ePub r1.1

Titivillus 02.05.16

Título original: *Un uomo finito*
Giovanni Papini, 1913
Traducción: Desconocido

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Tu non se' morta, ma se' ismarrita
Anima nostra, che si ti lamenti.*

DANTE

Andante

Vivió toda su edad solo y salvaje

ARIOSTO

I

Un medio retrato

Yo nunca he sido niño. No he tenido infancia.

Cálidas y blondas jornadas de embriaguez pueril; largas serenidades de la inocencia; sorpresas de los descubrimientos cotidianos del universo: ¿qué son para mí? No los conozco o no los recuerdo. Después los he sabido por los libros, los adivino, ahora, en los muchachos que veo; los he sentido y probado por primera vez en mí, pasados los veinte años, en algún instante feliz del armisticio o de abandono. Infancia es amor, alegría, despreocupación, y yo me veo en el pasado siempre, separado y meditabundo.

Desde pequeño me he sentido tremendamente solo y diferente —no sé el porqué. ¿Quizás porque los míos eran pobres, o porque yo no había nacido como los otros?

No sé: recuerdo solamente que una tía joven, me puso el sobrenombre de viejo a los seis o siete años y que todos los parientes lo aceptaron. Y, en efecto; la mayor parte del tiempo estaba serio y cejijunto; hablaba muy poco hasta con los otros chicos; los cumplidos me daban fastidio; las caricias me causaban desprecio, y al tumulto desenfrenado de los compañeros de la edad más bella, prefería la soledad de los rincones más apartados de nuestra casa, pequeña, pobre y oscura. Era, en fin, lo que las señoras de sombrero llaman un «niño tímido» y las mujeres en cabeza «un sapo».

Tenían razón: debía ser, y era, tremendamente antipático a todos. Recuerdo que sentía perfectamente en torno mío esta antipatía, la cual me hacía más tímido, más melancólico más reconcentrado que nunca.

Cuando me encontraba, por casualidad, con otros muchachos, no entraba casi nunca en sus juegos. Me gustaba apartarme y mirarles con mis ojos verdes y serios de juez y de enemigo. No por envidia; era más bien desprecio lo que sentía dentro de mí en aquellos momentos. Desde entonces, comenzó la guerra entre yo y los hombres. Yo les huía y ellos no se preocupaban de mí; no les amaba y ellos me odiaban. En la calle, en los jardines, unos me echaban y otros se reían a mis espaldas; en la escuela me tiraban pelotillas o me acusaban a los maestros; en el campo, hasta en la quinta del abuelo, los muchachos de los campesinos me arrojaban piedras, sin que hubiese hecho nada a nadie, como si sintieran que era de otra raza. Los parientes me invitaban o me acariciaban cuando no podían hacer menos, para no demostrar ante los demás una parcialidad demasiado indecente; pero yo me daba cuenta muy bien de la ficción y me ocultaba y respondía a sus palabras hosco y malhumorado.

Un recuerdo se ha grabado, más que todos los otros en mi corazón: húmedas veladas dominicales de noviembre o diciembre en casa del abuelo, con el vino cálido en el centro de la mesa, dentro de una sobera, bajo la gran lámpara a petróleo, con la fuente de castañas asadas al lado, y toda la familia —tíos y tías, primos y primas en cantidad— con los rostros rojos, en derredor.

El patriarca, junto al fuego blanco y fino, reía y bebía. Crujían los leños, ya medio cubiertos de ceniza delicadas; chocaban los vasos sobre las bandejas; murmuraban las tías beatas y sabidillas sobre los hechos y los escándalos de la semana, y los muchachos reían y chillaban en medio del humo azulino de los cigarros paternos. A mí, todo aquel bullicio de fiesta económica e idiota, me producía dolor en el alma y en la cabeza. Me sentía extranjero allí dentro, muy lejos de todos. Y, apenas podía, a escondidas, tomaba la puerta y, con pasos prudentes, pegado al húmedo muro, me deslizaba al pasillo, largo y tenebroso, que llevaba hasta la entrada de la casa. Allí sentía a mi pequeño corazón de solitario que latía con vehemencia, como si fuese a hacer algo malo o a cometer una traición. En

aquel pasillo había una puerta vidriera que daba sobre un patiecito descubierto: la entreabierta apenas y me ponía a escuchar el agua, que venía cansada y de mala gana, rebotando sobre las piedras, sin furia, pero, con la obstinación lenta y odiosa de algo que no terminará nunca. Escuchaba en la obscuridad, con el frío en el rostro y los ojos bañados, y si alguna gota del surtidor me saltaba de improviso sobre la carne, me sentía feliz, como si aquella salpicadura viniese a purificarme, a invitarme a otra parte, fuera de las casas y de los domingos. Pero, una voz me reclamaba a la luz, al suplicio, a los comentarios. «¡Qué muchacho mal educado!».

Sí, es verdad, yo no he sido niño. He sido un «viejo» y un «sapo» pensativo y apocado. Desde entonces, lo mejor de mi vida estaba dentro de mí. Desde aquel tiempo, privado del afecto y de la alegría, me encerraba, me distendía en mí mismo, en la fantasía anhelante, en el solitario rumiar del mundo rehecho a través del yo. No les agradaba a los demás, y el odio me encerró en la soledad. La soledad me hizo más triste y desagradable; la tristeza apretó al corazón y aguzó el cerebro. La diferencia me separó hasta de los más próximos y la separación me hizo cada vez más diferente. Y desde aquel principio de vida, empecé a gustar la dulzura viril de esa infinita e indefinida melancolía que no quiere desahogos ni consuelos, sino que se consume en sí misma, sin objeto, creando poco a poco ese hábito de la vida interior y solitaria, que nos aleja para siempre de los hombres.

No: yo nunca he conocido la infancia. No recuerdo en absoluto haber sido niño. Me vuelvo a ver, siempre, selvático y abstraído, apartado y silencioso, sin una sonrisa, sin un estallido de franca alegría. Me vuelvo a ver pálido y atónito como en el primer retrato.

La fotografía está rota por la mitad, bajo el corazón. Es pequeña, sucia y borrosa: los bordes de la cartulina están negros, como las orlas de los muertos. Un rostro blanquecino de niño distraído mira hacia la izquierda, y se comprende que allí, a la izquierda, frente a él, no hay nadie que le mire. Los ojos son tristes, un poco hundidos —¿no han salido bien?—, la boca está cerrada a la fuerza, con los labios un tanto apretados para que no se vean los dientes. Única belleza: los rizos mórbidos, largos, ensortijados, que caen sobre el cuello de la marinera.

Mamá dice que soy yo a los siete años. Puede ser. Este retrato es la única prueba que yo poseo de mi infancia. ¿Pero os parece este un retrato de niño? ¿Este pequeño espectro desteñido, que no me mira, que no quiere mirar a nadie?

Se ve en seguida que aquellos ojos no están hechos para teñirse del celeste del cielo; son grises, son nebulosos de suyo. Se adivina que aquellas mejillas son blancas, que son pálidas y que serán siempre blancas y siempre pálidas: se pondrán rojas solamente por fatiga o vergüenza. Y aquellos labios tan cerrados, voluntariamente cerrados, no están hechos para abrirse a la risa, a la palabra, a la plegaria, al grito. Son los labios cerrados de quien padecerá sin la oportuna debilidad de los lamentos. Son labios que serán besados demasiado tarde.

En esta media fotografía, desvaída encuentro nuevamente el alma muerta de aquellos días; el rostro delicado del «tímido», el ceño adusto del «sapo», el calmo descorazonamiento del «viejo». Y se me oprime el corazón al pensar en todos aquellos días desvanecidos, en aquellos años infinitos, en aquella vida reconcentrada, en aquella pesadumbre sin motivo, en aquella nostalgia inabarcable de otros cielos y de otros camaradas.

No, no: ese no es el retrato de un niño. Yo os repito que no he tenido infancia.

II

Un centenar de libros

Me salvó de esta soledad sin luz la manía de saber. Desde cuando hube conquistado renglón por renglón el misterio del silabario —macizas letras negras, minúsculas pero gruesas; honestos grabados en madera; lejanas y friolentas veladas de invierno, bajo la luz de petróleo, con la pantalla toda pintada de florecillas anaranjadas y azules, junto a mi madre joven y sola que cosía, inclinados sus negros cabellos bajo los reflejos— no tuve placer más grande, ni consuelo más seguro que el de leer. Los más nítidos y sentimentales recuerdos de esa edad, no son los de la primera gorra marinera de terciopelo celeste, o de las naranjas chupadas al borde de un estanque verdimuerto, y ni siquiera de los impetuosos caballos encabritados en vano sobre un listón de madera, ni tampoco del primer estremecimiento experimentado junto a una niña con la boca entreabierta por la respiración afanosa de la carrera. Recuerdo, en cambio, con infantil deseo todavía, mi primero o segundo libro de escuela —pobre, humilde, estúpido libro de lectura, encuadernado en cartón amarillento— donde un niño modelo, compungido y gordinflón, arrodillado en camisa sobre una camita de hierro, parecía recitar precisamente aquella oración rimada que yo leía allí abajo. Y recuerdo con mayor nostalgia una especie de Mil y una noches de la naturaleza, un librote con el talón verde todo deshilachado, con las páginas grandes, largas, arrugadas, rojizas de humedad, muchas veces rotas por la mitad o sucias de tinta, pero que yo abría con la certeza de ver aparecer ante

mí, siempre nueva, una ya conocida maravilla. Allí los pólipos gigantes, de redondos ojos crueles, surgían del mar para apoderarse de los grandes veleros del Pacífico; un joven alto, con la cabeza descubierta, arrodillado en la cima de un monte, producía sobre un oscuro cielo alemán su sombra enorme; por en medio de las altísimas y abruptas paredes de un valle español, estrecho y oscuro, pasaba un pequeño jinete, apenas iluminado por un rayo del alto cielo, todo atemorizado por aquel silencio de abismo; un tierno demiurgo chino, vestido solamente con un trapo en la cintura, con el escalpelo en una mano y el martillo en la otra, estaba terminando de hacer el mundo en medio del desorden de una rígida selva de estalactitas que surgían de la tierra: un fiero explorador, lleno de pieles, plantaba una gran bandera negra, agitada por el viento, en la punta extrema de un promontorio, frente al mar Polar, blanco, solitario y furioso... Y hojeando las páginas enrojecidas, aparecíanse de pronto, rostros atontados de naturales de la Polinesia, islas madreporicas posadas sobre el mar como ligeros colchones; siniestros cometas amarillentos en el ilimitado terror del cielo negrísimo de tinta, y esqueletos de reptiles colosales...

Y recuerdo entre los primeros libros que cayeron bajo mis ojos, una fea deformación de las memorias de Garibaldi que yo leía y releía sin comprender, exaltándome instintivamente ante aquel olor a pólvora, ante aquel fulgor de espadas, ante aquellas rojas cabalgatas de bandidos y de vencedores. Nada preciso tenía en la cabeza, ni sabía nada de Italia o de guerras, pero, con todo, aplicábame a diseñar la faz barbuda del General sobre la cubierta del volumen y me parecía como si aún estuviese vivo y cerca.

Pero, uno de los momentos más divinos de mi vida fue cuando tuve pleno derecho sobre la biblioteca de mi casa. La librería de mi padre consistía en una rústica cesta de viruta y dentro de ella unos cien volúmenes, poco más o menos. Aquella cesta estaba en una pequeña habitación oculta en el fondo de la casa y que daba sobre los tejados — verdadera Alhambra de mis fantasías— donde había de todo: leños para quemar, trapos sucios, trampas para ratones, jaulas para pájaros, un fusil de la guardia nacional y una carcomida camisa roja garibaldina, con la medalla del 60.

Allí me encerraba diariamente apenas estaba libre y sacaba uno a uno, con asombro y circunspección, los libros olvidados. Volúmenes desencuadernados, disparejos, manchados, envilecidos por excrementos de moscas y de palomas; todos rotos y desiguales, pero, sin embargo, tan generosos para mí, de sorpresas, de maravillas y de promesas. Leía acá y allá, descifraba, no siempre comprendía, me cansaba, volvía a probar, siempre agitado por un arrebató, impaciente, apenas me acercaba las primeras veces a aquellos mundos de la poesía, de la aventura y de la historia que de vez en cuando una frase o una figura hacían fulgurar un instante mi cerebro virgen.

No solamente leía; fantaseaba, reflexionaba, reedificaba, intentaba adivinar. Para mí todos aquellos libros eran sagrados y tomaba muy a lo serio todo lo que decían. No distinguía entre historia y leyenda, entre hecho y fantasía: los caracteres de imprenta eran a mis ojos testimonios infalibles de verdad.

Para mí la realidad no era la de la escuela, la de la calle, la de la casa, sino, más bien, la de los libros —donde más me sentía vivir. En ciertas abrasadoras tardes de verano veía a Garibaldi galopar, con la capa levantada por la brisa, entre las tropas y las fusilerías de la pampa; en las mañanas tristes y lluviosas, estaba junto al conde Alfieri, que blasfemaba tras caballos y versos, por todos los caminos postales de Europa; y por la noche temblaba de odio patriótico y de oratorio frenesí de gloria con los hombres ilustres de un Plutarco diminutamente impreso en muchos tomitos vestidos de color suave.

En aquellos libros encontré también los primeros impulsos de reflexión. Había en el fondo de aquella maravillosa cesta, hasta cinco o seis grandes libracos verdes (mesa revuelta de un compilador racionalista) donde se derrocaba a Dios y a la santa teología, y se hacía burla de las narraciones de la Biblia y de los sacerdotes del catolicismo. Entre las infinitas cosas de aquel cestón estaba, también, el himno a Satanás, de Carducci y, desde entonces, siempre he sentido más amor por el Ángel rebelde que por el majestuoso Viejo que está en los cielos. Reconocí después cuán grosera y poco segura era aquella apologética irreligiosa, pero a ella debo, asimismo, bien o mal, el ser un hombre para el cual Dios no ha existido nunca. Hijo de

padre ateo, bautizado a escondidas, creado sin preces y sin miras, nunca he tenido eso que se llama «crisis del alma», «noches de Joceffroy», o «descubrimientos de la muerte de Dios». Para mí Dios nunca ha muerto, porque nunca estuvo vivo en mi espíritu.

Otro libro surtió gran efecto sobre mi mente de entonces —y, por lo tanto, de siempre—. «El elogio de la locura», de Erasmo de Rotterdam. Había en esa casa una edición italiana con las secas figuras grabadas por Holbein, y lo leí varias veces con gusto indescriptible. Debo, quizás, a Erasmo, mi pasión por los pensamientos comunes y el convencimiento profundo de que los hombres son canallas, cuando no son imbéciles.

III

Un millón de libros

Después de algunos años de lecturas furiosas y desordenadas, me percaté de que los pocos libros que había en casa y los otros pocos que podía tener recurriendo a las casas librería de parientes y conocidos, o comprando alguno usado, con los céntimos ahorrados del desayuno, o con los cuartos robados a mi madre, no bastaban. Supe, por un muchacho algo mayor que yo, que en la ciudad había grandísimas y riquísimas librerías abiertas a todos, donde en determinadas horas se podía ir, pedir el libro que se quisiese, y, lo que es más, sin pagar nada. Decidí ir en seguida. Pero había una dificultad: para entrar en aquel paraíso era menester contar, por lo menos, dieciséis años. Yo tenía doce o trece, pero, para mi edad era demasiado alto. Una mañana de julio probé. Subí una gran escalera, que me pareció ancha y solemne, temblando. Después de dos o tres minutos de incertidumbre y latir del corazón, entré en la salita de pedidos, escribí como pude mi solicitud, y la presenté con el aire turbado y sospechoso, de quien se sabe en falta. El empleado —lo recuerdo todavía: ¡maldito sea!, era un hombrecillo un tanto panzudo, con ojillos celestes de pez muerto, y un pliegue maligno a ambos lados de la boca— me miró con cierta compasión y con odiosa y arrastrada voz, me preguntó:

—Perdone, ¿cuántos años tiene usted?

Se me enrojeció la cara, más de rabia que de vergüenza, y respondí, haciéndome tres años más viejo:

—Quince.

—No bastan. Lo siento. Lea el reglamento. Vuelva dentro de un año.

Salí de allí humillado, despechado, abatido y lleno de odio infantil contra aquel horrible hombre que me impedía a mí, pobre y hambriento de saber, el libre uso de un millón de libros, robándome así, cobardemente, en nombre de un número escrito, un año entero de luz y de felicidad. Había entrevisto, al entrar, que del otro lado había una sala vasta y larga, con venerables sillones de altos respaldos, cubiertos de paño verde, y alrededor, libros y libros, libros viejos gruesos y macizos, con las cubiertas de pergamino y de piel, con letras y frisos de oro: una maravilla. Y cada uno de aquellos libros contenía lo que ya buscaba, ofrecía el alimento hecho para mí: historias de emperadores y poemas de batallas, vidas de hombres semidivinos, libros santos de pueblos muertos, y las ciencias de todas las cosas y los versos de todos los poemas y los sistemas de todos los filósofos. Aquellos millares de promesas en letras de oro, eran para mí: a una orden mía los volúmenes que esperaban bajo el polvillo, tras la red tupida de los anaqueles, habrían descendido hasta mí y los hubiera abierto, hojeado y devorado a mi placer.

No esperé un año para intentar la segunda prueba. También salió mal. Debí esperar otro verano para vencer. Tenía poco más de trece años, tal vez trece y medio.

Junto con otro muchacho más grande que yo, que desde hacía tiempo entraba sin dificultad, entré, por fin. Para no dar en el ojo y no pasar por niño en busca de pasatiempo, pedí un libro serio, un libro de ciencia —el de Canestrini sobre Darwin.

Estaba, esta vez, del otro lado de la pared de madera y de vidrio, otro empleado —un tipo alto y seco, como un pingüino pelado, desgarrado de movimientos y que nunca estaba quieto. Tomó mi solicitud sin mirarme, le hizo una seña con un lápiz azul y la pasó a un muchachote que estaba cerca de él sin decir palabra.

Esperé media hora, royéndome por dentro de miedo que el libro no estuviese o que no quisiesen dármele. Cuando vino, lo apreté bajo el brazo y entré todo avergonzado y en puntas de pie en la gran sala de lectura. No había experimentado jamás un tal sentido de reverencia —ni siquiera en la

iglesia, cuando pequeño. Como asustado de mi atrevimiento y de encontrarme allí dentro, después de tanto, en medio de aquel gigantesco relicario de la sabiduría de los siglos, fui a sentarme en el primer sillón libre que tuve delante. Era tal el desfallecimiento y el placer, el estupor y el sentimiento de haberme hecho de pronto más grande y más hombre, que durante una hora casi, no logré entender nada del libro que tenía ante mí.

Todo, allá dentro, me parecía santo y majestuoso como el congreso de una nación. Aquellos sillones sucios y desteñidos, cubiertos de tela, cuyo verde descolorido terminaba en el amarillo o se ocultaba bajo la grasitud negra, parecían a mis ojos, colosales y fastuosos, como tronos, y el vasto silencio me pesaba en el alma más grave y solemne que el de una catedral.

Desde aquel día volví todos los días, por todo el tiempo que la tediosísima escuela me dejaba libre. Poco a poco me acostumbré a aquel silencio, a aquella estancia tan alta sobre mi cabeza enmarañada de adolescente descuidado, a aquella riqueza interminable de volúmenes nuevos y viejos, de diccionarios, de revistas, de opúsculos, de mapas, de códices y de manuscritos. Pronto me hice como de casa, distinguí las caras de los distribuidores, descubrí los secretos de las firmas, penetré en los catálogos, conocí todos los rostros de los fieles y de los apasionados que, como yo, venían todos los días, puntuales e impacientes, como a un lugar de voluptuosidad.

Y me arrojé de cabeza en todas las lecturas que me sugerían mis pululantes curiosidades o los títulos de los libros que encontraba en los que iba leyendo, y comprendí entonces, sin experiencia, sin guía, sin siquiera un proyecto, pero con todo el furor de la pasión, la vida dura y magnífica del omnisciente.

IV

Del todo a la nada

¿Qué era lo que yo quería aprender? ¿Qué quería hacer? No lo sabía. Ni programas ni guías: ninguna idea concreta. De acá o de allá, este u oeste, en profundidad o en altura. Solamente saber, saber todo. —He aquí la palabra de mi desastre: ¡todo! —Desde entonces, he sido de esos que por poco o por la mitad no se conforman. ¡O todo o nada! Y yo quise siempre todo—. ¡Y nada que huya o se quede fuera! Todo completo y total—. Nada para desear después. ¡Es decir, el fin, la inmovilidad, la muerte!

Entonces quería saberlo todo, y no sabiendo por dónde comenzar, mariposeaba a través del conocimiento, con la ayuda de manuales, diccionarios, enciclopedias. La enciclopedia era mi sueño más alto, el ideal más caro, el libro máximo y perfectísimo. Allí, al menos a juzgar por las promesas y las apariencias, estaba todo. Cada nombre del hombre, de ciudad de animal, de planta, de río o de montaña, estaba allí registrado, puesto en su lugar, explicado, ilustrado.

A cada pregunta la enciclopedia respondía en seguida, sin que fatigara el buscarla. En mi retórica fantasía, todos los otros libros eran ríos que se volcaban en aquel mar infinito, eran racimos destinados a llenar con su jugo aquellas grandes cubas de vino: innumerables granos de trigo que, molidos y amasados, daban pan para todas las bocas y para todas las hambres.

Como el místico se sumerge en el único Dios y trata de olvidarse de todo particular sensible, yo me hundía y perdía en aquel mar de sabiduría,

que en el instante mismo de llenarme, me daba nuevo apetito y nueva sed.

Sucedía que a fuerza de practicar y manejar enciclopedias, me entraron ganas de hacer una yo también. A los quince años, con una mente tan libidinosa, la empresa me parecía fácil.

Pero no quería hacer una enciclopedia como las otras. Consultando más de una y leyendo otros libros, me había dado cuenta que la enciclopedia completa y perfecta no existía. En una había, quizás, lo que en la otra faltaba, y en un punto había demasiado poco y en otro mucho más de lo necesario. Buscando nombres fuera del alcance de la mano y noticias más minuciosas, me había sucedido muchas veces encontrarlas mudas e ignorantes, con gran rabia y sorpresa mías.

Me propuse, pues, hacer una enciclopedia que no solo contuviese la materia de todas las enciclopedias de todos los países y de todas las lenguas, sino que las superase y las aventajase; donde hubiera todo cuanto en ellas estuviere disperso y repartido y mucho más: y que no fuera solamente copia y refundición de enciclopedias viejas, sino un trabajo nuevo, hecho sobre diccionarios, manuales y libros recientes y especiales, de todas cuantas ciencias, historias y literaturas existían.

Decidida la cosa, no me estuve mano sobre mano; mi vida tenía ya una dirección, las largas horas de biblioteca tenían ya un fin grave y determinado. Me puse al trabajo con fogosa paciencia. Desde aquel día — era de julio, estación de la libertad— cada palabra que comenzaba en «a» me atraía como el rostro de un amigo. Todas las macizas enciclopedias, los voluminosos diccionarios, los repertorios usados y consumidos, los vocabularios especiales fueron sacados por mí de sus estantes, por mí, que copiaba, resumía, traducía y hojeaba con más ahinco y furia que antes. ¡Oh, cuánto me dieron que hacer todos aquellos riachuelos germánicos que comenzaban por «Aa» —y cuántos títulos de libros no tuve que registrar para dar cuenta de una dinastía de doctos holandeses, de los van der Aa— y cómo fue larga y tediosa la lista de las abreviaturas latinas que empiezan en «A»! En aquellos días me tomó cierta ternura por Abila, lejana ciudad en el mar; y vi por primera vez obras de leyes para escribir con el aire de un entendido del abigeato. Volví a hojear el viejo testamento para encontrar nuevamente a la piadosa Abigail y al profeta Abacuc; saqué de los

comentarios de Dante la vida y la gesta del incendiario Bocca degli Abati; trabé conocimiento con todas las variedades del abeto; me hice erudito en la historia de Abbiategrasso y en la geografía de Abisinia.

Al principio copiaba de cualquier modo, sobre trozos de papel dispares y desiguales —luego ponía cada cosa en limpio, en orden, sobre papel bien cuidado y doblado. De día, en la biblioteca, escritura fea, deformada, apresurada, manchada, tachada y abreviada—, por la noche, a la temblorosa llama del candil, la más bella caligrafía de que era capaz, inglesa y redonda, con tinta negra y roja, y el papel secante bajo la mano izquierda... ¡Qué diversión! Por estar allí, encorvado y con poca luz, escribiendo mi enciclopedia, hubiese dejado cualquier juego y cualquier espectáculo—, hasta inclusive, apuesto, una colección de bestias feroces, que en la feria, era lo que atraía mi corazón más que otra cosa.

No obstante, aquella empresa que me magnificaba, pobre muchacho ignorante, a mis propios ojos y a los de los distribuidores de la biblioteca, que me miraban con piedad mezclada de ironía y de respeto, me aburrió, o mejor dicho, me espantó por la perfección que quería lograr. Ya llevaba trabajando un par de meses mañana y tarde, al pie de los ventanales soleados, y por la noche, bajo los arcos voltaicos de otra biblioteca o a la luz del candil en mi habitación, y con tantos escritos y copias no había logrado pasar de las palabras que empezaban por «Ad». Un larguísimo artículo sobre el furibundo Aquiles me cansó. Bordeaba la cuestión homérica: estaba en el umbral de la filología clásica, varias palabras griegas —que no entendía— me humillaron.

La razón corrió con ayuda del cansancio. Empezaba entonces a husmear un poco de filosofía, ¡quién sabe en qué pérfidos libros! Y comenzaba, más bien, a reflexionar con más finura de la que correspondía a mi edad. Vi, pues, que la verdadera sabiduría no podía consistir en una relación alfabética de noticias sacadas de acá y de allá, de cualquier parte, en un hacinamiento de citas y de copias, ordenando mecánicamente, pero sin hálito de vida ni espíritu de pensamiento.

Abandoné la enciclopedia, pero no quería caer más en el especialismo: mi donjuanismo cerebral tiraba siempre de mí cuando estaba por entregarme a un solo amor. Quería para mí lo interminable, lo grandioso, la

totalidad de las cosas, la amplitud de los tiempos —la procesión de los siglos y de los volúmenes.

Me pareció que la historia convenía a mi caso. Ideándola en grande, completa historia de todas las cosas y de todas las actividades, entraba todo en ella menos las ciencias, que podría estudiar para mí aparte. Naturalmente no ya historia breve y particular de una época o de un pueblo, sino historia universal de todos los tiempos y de todas las razas. El sueño venía así a reducirse casi a la mitad, pero lo que quedaba era todavía bastante para el pensamiento de un escritor de quince o dieciséis años.

Y héteme de nuevo a buscar, a estudiar, a copiar, a compilar.

Conocía y admiraba ya la historia universal de Cantú, que me había socorrido en varios de mis tropiezos eruditos, pero yo quería hacer una mucho más vasta, completa y segura que aquella. Además, Cantú era católico y retrógrado. La mía sería la historia racionalista y revolucionaria, ya que en aquella época era como mi padre, ateo y republicano.

Seguía siendo, todavía, la idea fija medieval del espejo de todas las cosas, pero más razonada y espiritual. Muchos, muchísimos, infinitos hechos —pero ligados por una vida que crece, sube y se desenvuelve, dispuestos y coagulados, por un pensamiento que asciende de la más ciega voluntad de vivir a la heroica inutilidad del pensamiento por el pensamiento.

Para comenzar me embarqué en la cronología egipcia y refundí un compendio de la historia de Egipto hasta los alejandrinos. Estaba ya por pasar, a los chinos cuando me acometió el pensamiento de que mi historia no tenía cabeza. Para escribir una historia que en realidad fuese universal, había que empezar por la creación del mundo, y no por los primeros recuerdos escritos. Lo poco que sabía de astronomía y de geología me había dado una idea de antigüedades maravillosas y de perpetuas destrucciones y nacimientos de mundos. No podía pensar, como Cantú, en considerar iguales los siete días de los hebreos y el fiat y el paraíso terrenal. Era necesario contar el principio del universo, no ya según Moisés, sino según la ciencia. La ciencia para mí, personificábase, entonces, en Camilo Flammarion y en Carlos Darwin. El primero me conducía a Laplace y el segundo a Lyell. Y he aquí que me convierto en improvisado astrónomo,

geólogo y antropólogo, para reescribir, a la usanza moderna, la formación de la Tierra. Más de una noche fijé mis pobres ojos, ya miopes, en el fondo del cielo para descubrir una de aquellas nebulosas imanes-matrices de estrellas y planetas, de que hablaban con cifras y figuras los cosmólogos nuevos.

Pero cuando hube escrito de nuevo, con tal cual lírica inexactitud, la llameante epopeya del sistema solar y la paciente historia de las cortezas de la tierra, pensé que todavía no lo había hecho todo. Había dicho cómo se formara el mundo, pero no lo que los hombres habían fantaseado sobre el principio de las cosas.

En mi historia debía estar todo, y pasé, entonces de las ciencias a las cosmogonías. Este escrúpulo de historiador —no ya historia de los hechos aislados, sino también de las creencias sobre los hechos— tuvo gran efecto sobre mis estudios.

Mi curiosidad se bifurcó: caí, de una parte, en la literatura comparada, y de otra, en la religión. No hubo teogonía o mito cósmico que yo no lo buscara, resumiese o copiase para consolidar el principio de mi historia.

Pero en ninguna me detuve como en la de los judíos. Tenía en casa una de aquellas biblias negras que hace treinta años los protestantes ingleses vendían en Italia por media lira —y que nadie las quería—, y releí allí todo el Génesis. Pero no bastaba. Busqué en la biblioteca los comentarios más alabados, las disquisiciones eruditas más autorizadas— sobre la obra de los siete días, y concordistas católicos y herejes en confusión. Leía y hojeaba libeluchos ingeniosos del setecientos y apologías estucadas a la moderna, para dar satisfacción a los seminaristas menos cretinos; ensayos franceses claros y espumosos como el champaña, y blandos panecillos filosóficos y exegéticos a la alemana, y artículos de vocabularios, y glosas largas y variolingües de biblias políglotas, sin saber discernir lo seguro de lo sofístico y lo cierto de lo supuesto. Resolví, también, en los volúmenes verdes que había hallado en la cesta-librería y perdí paulatinamente el recuerdo de la primera razón de mis investigaciones, para perderme en el dédalo de las cuestiones bíblicas.

Me empeñé, por ejemplo, en la tentativa concordatoria; tuve la paciencia de leer el grueso libro de un tal Piamciani, luego el colosal

«Examerón», de Stappani y varias otras ejercitaciones biológicas y escolásticas de jesuitas darwinianos o casi. Y entonces se me ocurrió un pensamiento: todos los comentarios de la Biblia que se conocen están hechos por sacerdotes, por obispos, por teólogos, por creyentes, por boatos literatos o cuáqueros, por voldenses o socinianos. Falta, en cambio —es decir, creía que faltaba— un comentario de la Biblia hecho por un racionalista, por un hombre positivo, por un incrédulo desinteresado, por un espíritu libre, que siguiera versículo por versículo todos los libros del viejo y del nuevo Testamento, y pusiera bajo los ojos de todos, sin eufemismos, los errores, las contradicciones, las mentiras, las ridiculeces, las pruebas de ferocidad, de doblez, de estupidez, de esas páginas que dicen inspiradas por Dios. Un comentario semejante, pensaba, haría mucho más mal a la fe que no las furibundas discusiones ateas y las aburridísimas controversias, que son las más de la antiteología moderna. «¡Este comentario no existe: lo haré yo!». Ya las grandes empresas no hacían latir mi corazón, y esto, respecto a la enciclopedia suprema, era un trabajillo de nada, que podía terminar cómodamente, pensaba, en un par de años.

Empecé seriamente: tomé una gramática hebrea y al cabo de pocos días escribía ya los gruesos y retorcidos caracteres semíticos, y era capaz de copiar los versículos del Pentateuco del original. Recogí un material que a mí me parecía grandísimo y amontoné por la mañana y por la tarde cosas nuevas, hasta que un día me parecieron bastantes. Me sentía harto y casi asqueado con tanta enfadosa erudición: sentía que si no llegaba a darle una forma cualquiera que fuese, habría abandonado todo allí —y para siempre.

Entonces copié el primer versículo del Génesis —en hebreo— y empecé con el comentario: «En el primer día Dios creó el cielo y la tierra». Me encontraba, de improviso, en medio de las más grandes dificultades. En este versículo hay dos palabras que han dado mucho que hacer a los exégetas y que los cristianos han traducido a su modo, como convenía a la teología fijada en los concilios y en los padres. ¿En el texto dice *Dios o Dioses*? ¿*Creó o formó*?

Es decir, los primeros judíos: ¿eran monoteístas o politeístas? ¿Creían en la creación de la nada, o se imaginaban a Dios como un demiurgo escultor que diese forma a una increada e independiente de él? Problemas

infinitos, como se ve: históricos, lingüísticos y filosóficos al mismo tiempo. Pero no me asusté y comencé a escribir.

Escribe que te escribe, no lograba adelantar lo más mínimo: se amontonaban los argumentos, las defensas, las contradefensas, se sucedían las citas en tres en cuatro lenguas, se abrían y se extendían los paréntesis filosóficos y las disquisiciones teológicas. Mi poquísimo hebreo en esta terrible coyuntura se debilitaba y debía fiarme de los demás, de los únicos dignos de mí, los que desmentían a los curas y daban la razón a la Razón.

Inclinábame, pues, a creer que se debía traducir: «los Dioses formaron», pero lo difícil estaba en persuadir a los otros, y persuadirlos, de tal modo que nadie pudiese rebelarse o dudar de lo contrario.

Y escribe que te escribe, no llegaba a sacarme de la cabeza aquel maldito versículo que me quedará impreso en la memoria mientras tenga vida. Cuanto más escribía, tanto más se enredaban las ideas y se embarullaban los ataques polémicos; las disertaciones etimológicas y las inducciones dialécticas se mezclaban y superponían en una sabática danza erudita de la cual yo mismo no lograba ya encontrar el ritmo y el motivo. Finalmente, como y cuánto el espíritu quiso, las apunté: había escrito más de doscientas páginas. La emprendí con el segundo versículo: «Y la tierra era una cosa desierta y vacua; y las tinieblas eran sobre la haz del abismo; y el espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas». Aquí las traiciones, y los falsos teólogos eran menores, pero las dificultades eran casi igualmente grandes; debía explicar las tinieblas y el abismo y distinguir el concepto de espíritu de Dios de la idea de Dios —primera semilla de la trinidad alejandrina— y el recuerdo de las aguas me llevaba hacia Grecia, hacía los primeros pensamientos de Grecia: Hesíodo con su teogonía y el mundo que surge del océano y el sabio Thales de Mileto que vio en la humedad el principio de todas las cosas. Vadeaba la erudición, arriesgábame hasta en las citas griegas —¡qué emoción al copiar uno por uno, con mano insegura, los divinos caracteres de Platón!— y me revolvía entre aquella maraña de notas, glosas, elucidaciones y disertaciones, como Adán en el jardín zoológico y botánico del Edén.

A fuerza de escribir, llegué al tercer versículo «Y Dios dijo: hágase la luz. Y la luz fue». Palabras que sorprendieron hasta al retórico Longino, por

más pagano que fuese, pero que a mí, fresco discípulo de Bayle, de Voltaire y del autor de las «Veladas filosóficas semiserias», no me inspiraron respeto. Risa, más bien: ¡cuántas muecas a espaldas de Dios, que creaba la luz antes de haber creado el sol!

No llegué al cuarto —estaba ya cansado y aburrido. Si para tres versículos se habían precisado todas aquellas páginas, todos aquellos apuntes, todas aquellas erudiciones, ¿cuántas se necesitarían para hacer toda la Biblia y comentar en debida forma millares y millares de versículos?

Era mejor volver a los sistemas antiguos: resumir y atacar.

Tracé él plan de una gran obra contra la fe; escribí varios fragmentos: estaba, me acuerdo, en lengua toscanizante en tono burlón, y se daba un aire al Asesino de Guerrazzi, que yo leí con gusto indecible en aquellos tiempos.

Pero tampoco esta suma del racionalismo fue adelante; fue entorpecida especialmente por otras investigaciones que había emprendido al mismo tiempo, y que derivaban, como estas sobre la Biblia, de aquel famoso primer capítulo de la historia universal que nunca había escrito. De las cosmografías que se encuentran en los libros sagrados y en los mitos populares, me habían entrado deseos de pasar a sus formas poéticas en las edades ocultas, y como nunca hacía las cosas a medias, había sondeado, a fuerza de diccionarios y de historias, todas las literaturas del mundo para recoger y encontrar los poemas que tenían por argumento la creación del mundo. Encontré muchos; los leí y copié; medité —como de costumbre— escribir un libro, y poco a poco, como sucede, me enamoré de ciertos poetas, leí otras obras de ellos, pasé a sus próximos, me saltaron bajo los ojos la mayor parte de los escritores de diversos estilos y terminé convirtiéndome en un maníaco de las literaturas orientales y occidentales, como había sido, poco antes, de historia universal o de crítica bíblica. Hacer la historia de todo el mundo y de todos los acontecimientos humanos —pensé— es demasiado, especialmente para un novicio como yo, pero una historia universal de la literatura la podré hacer —no como las han hecho hasta ahora, no por naciones, ni por siglos, sino por argumentos.

Quería una historia literaria mundial comparada, no solo bibliográfica, sino ordenada según las materias y los motivos. Gran búsqueda, pues, de temas, de índices y de títulos; infinitos apuntes sobre leyendas y motivos

poéticos y cajones llenos de cuartillas bibliográficas. Me había restringido mucho, pero mi manía de lo universal estaba bastante satisfecha. Sin embargo, después de algunos meses de exploraciones afanosas y desordenadas, tuve que convencerme que también esta era una empresa demasiado dificultosa para ser llevada a buen fin. Hubiera tenido, para hacerlo bien, que estudiar quién sabe cuántas lenguas y leer sin levantar los ojos durante decenas de años. Una historia como yo soñaba no se podía hacer a fuerza de títulos: era menester conocer todo lo importante, página por página, y releer más de una vez para descubrir las fuentes y establecer las comparaciones.

Me vi forzado a otra renuncia (quinto o sexto fiasco) y decidí estudiar solamente las literaturas más vecinas a la mía, las literaturas neolatinas. Pero estudiarlas a fondo con la idea de escribir la historia paralela y con el propósito de enseñarlas en el porvenir. Y héteme convertido en un romanista encarnizado; lector de revistas filológicas, descifrador de manuscritos, oyente de cursos especiales y gran manejador de manuales y bibliográficas. En aquel tiempo estudié con bastante método las literaturas francesa e italiana de los orígenes, pero la que más me atrajo fue la menos conocida, la menos estimada: la española. Ya, tiempo antes, había estudiado el hermoso castellano en una gramática íntima y había traducido algunas escenas del Mágico Prodigioso de Calderón, pero entonces tomé como guía los libros de Amador de los Ríos y de Ticknor, cogí los primitivos textos, del Fuero de Avila hasta los más viejos romances, fantaseé en torno al Misterio de los Reyes Magos, me enamoré del Poema del Cid, me hice especialista en Fray Gonzalo de Berceo y me adentré en la sabrosa argucia del arcipreste de Hita. Y no me paré aquí: vi y leí en parte todos los volúmenes de la biblioteca Rivadeneyra; escudriñé manuscritos catalanes, castellanos y portugueses, aprendí casi a fondo el español antiguo; medité ediciones críticas; copié, no pudiendo comprarme los libros, obras enteras y finalmente —conclusión eterna y nueva derrota— decidí dejar a un lado la historia comparada de las literaturas romanas para hacer un perfecto manual de historia de la literatura española.

También de este escribí los primeros capítulos: me remonté a los Iberos, a los Romanos, seguí las vicisitudes de los Godos, la invasión de los

Árabes, al surgir del nuevo vulgar y pude llegar hasta los primeros documentos. Pero la narración se interrumpió en plena crítica del *Poema del Cid*. Otros pensamientos y otros estudios habían sobrevenido que poco tenían que ver con la erudición. La literatura española fue la última aventura mía de compilador y de docto. Deplorable aventura —último momento de un descenso que entonces yo no advertía por lo precipitado.

Del todo; al especialismo: de la sabiduría completa a la historia universal —de la historia universal a la crítica de la religión— de esta a la literatura universal comparada—. Luego, a la literatura, romance comparada, posteriormente a una sola literatura y finalmente a un período solo de una literatura. A fuerza de fracasos parciales, de descartes, de reducciones y estrechamientos, yo, que lo quería todo, que quería saberlo todo y enseñarlo todo, me había reducido a conformarme con variantes y minucias filológicas y bibliográficas en el ribazo de un surco; —¡y tantos el campo entero me había parecido demasiado angosto para mi deseo de trabajo! Y toda mi vida, aún después, ha sido así— un eterno impulso hacia el todo, hacia el universo, para después recaer en la nada o tras la maleza de un huerto; un sucederse de ambiciones enormes y de renunciaciones precipitosas. Esta breve historia de tentativas infantiles es una entre las posibles traducciones del secreto de mi vida.

V

El arco del triunfo

Yo he nacido con la enfermedad de la grandeza. Mi primer recuerdo es este: tendría quizá ocho, quizá nueve años, estaba casi siempre solo y leía a menudo un librito de escuela lleno de toscas figuras y de garabatos violáceos. Allí encontré un día la historia de la coronación de Petrarca en Campidoglio; y la leí y releí. «También yo, también yo...» decía entre mí, sin saber siquiera precisamente por qué le fue puesta la corona en la cabeza al gordezuelo poeta. Desde el libro, la redonda faz mal diseñada del lamentoso sonetero, toda encerrada en el capuchón aureolado de hojitas agudas como un higadillo, parecía sonreírme y animarse.

Hice cuanto pude para que mi padre me llevase al Vial de Colli. Cuando estuve allí arranqué de los bajos arbustos de un seto un par de ramas de siempreverde. No estaba seguro de que fuese el famoso laurel, pero no me importaba. Vuelto a casa me encerré en aquella habitación pequeña que había al fondo de la casa y dónde estaba la ya recordada librería de viruta. Allá hice con las ramas una especie de corona y, me la puse en la cabeza; me eché sobre las espaldas un gran trapo rojo y empecé a girar por la estancia cantando una larga escena que a mí me parecía heroica y tremebunda, batiendo solemnemente una caja de madera con el mango de un cuchillo. Me parecía, de aquella suerte, que iba con gran pompa al Campidoglio y que aquel rumor era el acompañamiento indispensable, quizá el mugido de la multitud que aplaudía. Así hice, una gris mañana de invierno, mi cómico desposorio con la gloria.

Mas, la primera promesa verdadera que me hice a mí mismo, fue más tarde, a los quince o dieciséis años. Era un bochornoso domingo de agosto, hacia las cuatro, y yo paseaba melancólico y sin compañía, como de costumbre, por una de las calles más largas y más anchas de mi ciudad. Llevaba en la mano un diario comprado a fuerza de quién sabe qué humillaciones, y caminaba con la cabeza gacha, cansado, aburrido, despechado contra el calor y contra los hombres.

Era la hora en que la gente se levantaba medio atontada de la siesta, y salí a la calle con la ridícula esperanza de un soplo de aire y del fresco de la tarde. Salían las nodrizas sofocadas, con los niños colorados y llorosos entre las fajas; los maridos sudorosos con sus mujeres del brazo; los hermanos con las hermanas tomados de las manos; los muchachos, de a dos o de a tres con los blancos cigarrillos pendientes de los labios; las muchachas con los pañuelos claros a la cabera y los ojos briosos y anhelantes; los vejetes, de levita y con la sombrilla celeste bajo el brazo; los pobres soldados vestidos de oscuro, muy empaquetados, con sus guantes de hilo blanco. A cada momento la gente aumentaba, llenaba las aceras, atravesaba las calles, reía, se saludaba. Bajo los grandes sombreros floridos, los ojos de las mujeres relampagueaban por doquier como diamantes negros; de vez en cuando dos sombreros de paja sostenidos por dos manos en alto, aparecían sobre las cabezas del rebaño festivo.

Yo me encontraba a disgusto. No conocía a nadie y odiaba a todos. Estaba mal vestido, era feo, era de rostro pálido, tenía el aspecto severo del descontento: sentía que nadie me amaba ni podía amarme. Quien me miraba me despreciaba con todo su cuerpo, al pasar; alguno se volvía a mirar al macilento solitario y reía. Especialmente las bellas muchachas vestidas de blanco y de rojo, de rostro moreno y de dientes pulidos, eran crueles conmigo: a menudo oía sus descaradas carcajadas a mis espaldas. Quizá no se reían de mí, pero en aquellos momentos se me hacía cierto y sufría. Toda la belleza de la vida me parecía negada: yo solo, yo sin amor, yo sin fortuna. Y aquella gente iba a su paseo, sin saber nada de mis tristezas de adolescente pobre y abandonado.

Y entonces, de pronto, me rebelé. Sentí dentro de mí como un golpe de sangre, una sacudida de todo mi ser. «¡No, no, no!, gritaba dentro de mí

mismo. ¡Yo también soy un hombre, también yo quiero ser grande y feliz! ¿Qué creéis ser vosotros, hombres necios y mujeres bien vestidas, que pasáis a mi lado con tanta presunción? ¡Ya veréis lo que haré yo! ¡Quiero ser más que todos vosotros, más que todos, sobre todos! Soy pequeño, pobre y feo, pero yo también tengo un alma y esta alma lanzará tales gritos, que todos tendréis que volveros a oírme. Y, entonces yo seré algo y vosotros seguiréis no siendo nada. Y haré y crearé y llegaré a ser más grande que los grandes, y vosotros continuaréis comiendo, durmiendo y paseando, como hoy. Y cuando yo pase, todos me mirarán y las bellas mujeres tendrán una mirada para mí también, y las muchachas risueñas me querrán a su lado y me estrecharán con manos temblorosas, y los hombres serios se sacarán el sombrero y lo levantarán bien alto sobre sus cabezas cuando yo pase, yo en persona, el grande, el genio, el héroe».

Y así pensando, levantaba la cabeza y mi pecho se henchía, y mis ojos miraban con odio y fiereza todas las caras que pasaban por mi lado. Era otro; en aquel momento, seguramente, parecería más bello.

Así llegué a una gran plaza, ante un arco de triunfo. Los caballos de la cuadriga galopaban en el cielo incendiado del crepúsculo, mientras jurábame a mí mismo que llegaría a ser grande antes de morir.

VI

Miseria

Yo, en aquellos tiempos era pobre, decente, pero atrocamente pobre. —He odiado siempre, y aún hoy, a los que han nacido junto a las billeteras llenas — a los que han podido comprar lo que han deseado, casi siempre. —Era burguesamente pobre, sin hambre y sin frío, pero, sufría.

No me importaba ir vestido con los despojos de mi padre, usados, lustrosos y llenos de manchas; con remiendos bien hechos por detrás, en los pantalones, ni llevar en la cabeza sombreros deformados, ni de caminar con zapatos demasiado estrechos, con medias suelas puestas varias veces. Las alegrías de tal vida eran bien raras y modestas. Unos pocos céntimos de cerezas o de higos en verano, de castañas usadas a *pattona* en invierno, bastaban a mi glotonería. Al teatro (*stenterello*), y al café (helado) una vez al año, —quizás dos si mediaba alguna invitación. Y un domingo al año, a comer al campo, siempre al mismo lugar, (riachuelo manso con poca agua, guijarros, cañaverales, prados ocres, peces muertos).

Empero, esta mezquinísima vida de mezquinos burgueses, no me hacía sufrir sino por la falta de dinero contante y sonante, de dinero mío, para poder gastarlo yo, como a mí me gustaba.

Los que han tenido un padre en buena posición, la madre piadosa, el bolsillo provisto a tiempo y la alcancía junto al lecho; los muchachuelos antojadizos que han gastado tantas liras de plata en juguetes, figuras, pasteles, frutas y porquerías, no pueden imaginar cuánto he sufrido yo, de

niño, de muchacho, de adolescente, hasta casi los veinte años (Recién a los diecinueve pasados he ganado los primeros billetes de diez, míos).

Sin embargo, necesitaba más que los otros, —para otras cosas. Tenía necesidad, ante todo, de libros— (los de casa eran pocos, a la biblioteca no me pude ir sino tarde), tenía necesidad de diarios (desde entonces me tentaban estos robatiempos) — necesitaba papel para escribir, plumas y tinta. Miserias, pequeños gastos, poco dinero. No obstante esos pocos dineros, faltaban. Mi padre no podía darme nada y tenía razón. Le costaba mantenernos a todos. De vez en cuando compraba un libro usado, pero no más de dos o tres al año. Más tarde me concedió una lira y media al mes, ¡una insignificancia!— para los vicios, como se acostumbraba decir en nuestras familias. Mis vicios eran el papel blanco y el papel impreso.

¿Cómo hacer, pues? ¿Dónde encontrar los dineros que quería, que debía tener a toda costa para mis gastos, para dar de comer a mi alma?

Recurrí a varios medios: ante todo a la economía. Me daban diez céntimos al día para el desayuno. Yo gastaba siete a la semana —cinco días de escuela— eran quince céntimos; un volumen de la Biblioteca del Pueblo o tres cuadernillos de papel.

Luego estaba mi madre. Mi madre era, como es justo, más misericordiosa que mi padre. Veía mi pasión, me compadecía. Tampoco ella, pobrecita, no tenía mucho más dinero que yo —apenas lo que mi padre dejaba diariamente para los gastos de casa. Sin embargo, a fuerza de indecibles ahorros y expedientes, hallaba el modo de darme dos, tres y hasta cuatro sueldos por semana que se trocaban enseguida en compras de libros ilustrados, en papel cuadriculado (para que cupiese más) o en periódicos de literatura.

Otro medio era el latrocinio, y no me avergüenzo de confesarlo. Durante muchos años me di, cautelosa pero continuamente, al pequeño hurto doméstico. A veces, por la mañana temprano, mientras mi padre todavía estaba en el lecho, lograba, en la oscuridad, atrapar alguna moneda en el bolsillo del chaleco, colgado de una percha —o no devolvía el vuelto de algún gasto, si mi padre se olvidaba— o decía haber gastado algo más, o haber perdido una parte del dinero por la calle. ¡Me gritaban, pero era tan grande el consuelo de aquellas pocas monedas escondidas!

Intenté también el comercio, pero con poca fortuna. Guardaba el papel de envolver y lo vendía —recolectaba carozos, compraba y revendía sellos usados, pero las ganancias eran difíciles y miserables...

Y, a pesar de las economías, de la compasión maternal de las estafas y del comercio, sucedía, a veces, que no tenía nada, nada absolutamente, ni siquiera para comprar un diario. Eran los días en que rompía las páginas blancas de los libros y las hojas de los cuadernos de escuela para poder escribir, en que echaba un poco de ácido en el fondo polvoriento del tintero para poder mojar la pluma; eran los tristes días en que estaba parado más que de costumbre en los quioscos o en los escaparates de los libreros para leer de reojo las medias columnas de los diarios o alguna página de libro.

¡Cuánta pasión en aquellos tiempos! ¡Días grises, de invierno, de soledad, y de miseria sin esperanza! ¡Qué desesperación por el papel que se secaba y en el cual la mala tinta se extendía malignamente confundiendo las palabras y el pensamiento, por una plumilla despuntada que no quería escribir, y en casa no había más; por la obstinación de un librero que no me quería ceder aquel libro por media lira menos, y yo no tenía los cuartos necesarios!

Aun a fuerza de subterfugios, de ruegos, de engaños, era siempre el pobre muchacho pobre y silencioso, a quien nadie ve de buena gana. Los libreros apenas si me escuchaban cuando pedía el precio de un libro, sabiendo ya que podía disponer de céntimos y no de liras —a los dueños de los quioscos no les gustaba que permaneciese tanto tiempo hojeando y leyendo acá y allá, porque las más de las veces no compraba nada o compraba libruchos deshechos, de poco precio, o volúmenes incompletos— los vendedores de periódicos me miraban torvos, porque estudiaba el modo de leer a traición.

Pero, yo recuerdo siempre con orgullo las humillaciones de aquellos años. ¡Cuántas veces he pasado y vuelto a pasar ante una vidriera, adorando con los ojos un libro largamente deseado, y sin ánimo para pedir el precio! ¡Cuántas veces he tanteado en el bolsillo los pocos cuartos que tenía!, y los volvía a contar por temor de tener menos o de haberlos perdido, y entraba en la tienda con el rostro blanco, tímido y callado, esperando que el dueño estuviese solo para decir tal nombre y tal título...

¡Cuánto me despreciaban entonces, libreros, dueños, compañeros, parientes todos! Chicuelo flaco, silencioso y mal vestido, con los ojos fijos de miope, los bolsillos llenos de papeles, las manos sucias de tinta, los pliegues de la rabia y de la tristeza a ambos lados de la boca —y mi arruga recta que comenzaba a insinuarse en medio de la frente.

Y con todo: ¿qué pedía? ¿Tal vez andar vestido como los señoritos modelos de los grabados virtuosos, todos tan atildados y engolados? ¿Quizás el comer carne y dulces hasta el vómito y la indigestión? ¿Pedía casas bellas, viajes, escopetas, caballos de madera o teatros de títeres?

Era feo y despreciable —lo sé y lo sabía también entonces—, pero, sin embargo, bajo aquella fealdad y aquella miseria, había un alma que quería saber, conocer la verdad, embeberse de luz, y bajo aquel sombrerucho grasiento y aquella cabeza despeinada había un cerebro que quería comprender todas las ideas y razonar y soñar —había una mente que ya entonces miraba lo que los otros no ven y se nutría allí donde los demás no encuentran más que vacío y desolación. ¿Por qué nadie me ha comprendido y me ha dado lo que me correspondía por derecho?

Pero, no me quejo de aquella miseria, ni me avergüenzo de las humillaciones pasadas. La facilidad de la vida me habría hecho, tal vez, más cobarde, menos apasionado, y, al fin, más pobre. La amargura continua de quien no tiene y no puede tener, me ha alejado de los demás y ha constreñido mi espíritu con el laminador del dolor, que le ha hecho más pulido, más afilado —y más digno.

VII

Mi campo

Además de deberles mi alma a los libros y a los muertos, se la debo a los árboles y a los montes. El campo me educó tanto como la biblioteca. Un cierto y determinado campo: todo lo que hay de poético, de melancólico, de gris y de solitario en mí, lo debo a la campiña de Toscana, a la campiña que hay en los alrededores de Florencia.

Mi padre, hombre de pocas palabras y de curiosidades intelectuales superiores a su condición, me llevaba todos los domingos, desde niño, fuera de casa. Ibamos solos, después de haber comido, sin hablar. Mi padre conocía ciertas calles solitarias, desiertas, apartadas, donde se caminaba poco a poco durante horas enteras sin encontrar un alma. No siempre, verdaderamente: alguna vez nos encontrábalos con un cura, con un campesino, con una vieja. Nos saludaba y seguíamos de largo.

Mi padre estaba casi siempre pensativo —yo rumiaba entre mí precoces disconformidades o ingenuos, esbozos de ideas.

Pero miraba. Por sobre los muros en que la calle estaba encajada, caían las ramas de los grises olivos o se alineaban los rosales enanos, pobres, descuidados, los rosales con las rosas podridas y blanquecinas que caían pétalo por pétalo en la cuneta. ¡Cuántas millas pegado a aquellos muros! Muros que veo todavía, muros bajos, como bancos, que invitaban a la gente a sentarse, muros húmedos, cubiertos de líquenes grises y de hongos verdes, con las escurriduras negras y relucientes de las troneras; muros altísimos,

con árboles gruesos, negros y frondosos en lo alto, como para sostener jardines pensiles; muros nuevos, apenas salientes, encalados poco antes y decorados con rústicos grafitos de albañil. De vez en vez, la verja de una villa —verjas cerradas y oscuras, contra las cuales saltaba y ladraba desde adentro el perro vigilante; cancelas abiertas con un ciprés al lado, como en guardia y una avenida que subía en cuesta, entre setos de mirto y de laurel. A veces se abrían los muros y se sucedían los setos vivos, altos, espumosos, blancos de escarcha y de nieve en invierno, blancos de flores en primavera, negros de moras al fin del verano. Y más lejos todavía, desaparecían muros y setos y la calle solitaria y apasionada (como los senderos conventuales en la montaña) subía entre los cipreses o los abetos y tenía allá abajo los valles surcados, los prados bañados, los fondos de niebla, la ilusión del infinito.

A mí me parecía renacer. Únicamente allí, con el viento dándome en la cara, sin sombrero, sin un pensamiento preciso, me sentía vivir como hubiera querido siempre.

Cuando descendíamos para volver a la ciudad, la tristeza me aferraba de nuevo el corazón, y el punzante crepúsculo de la noche, acompañaba mi nostalgia con los toques de las débiles campanas desoídas. Entonces, para no separarme de aquel mundo libre y fresco, llevábame conmigo algún pedazo de él: una oliva negra, hispida, lustrosa, encontrada abajo, entre las hojas; una bellota con su corteza áspera; un guijarro marmóreo, puntiagudo y cortante, o modo de cadena alpestre; una piña dura y verde: una agalla de ciprés: una castaña de India; un pimpollo de abeto; una bellota de encina... Me gustaba todo lo que era simple y tosco —todo lo que tenía un no sé qué de montañés y descuidado, todo lo que daba el sentido de la dureza, de la soledad, de la vida sana y sin jardineros.

Yo no he nacido para los campos ricos, lujuriantes y tropicales —no he nacido para las flores vivas y perfumadas, para los frutos carnosos, para el sol. El campo que yo siento, el campo mío, es el de Toscana, aquel donde he aprendido a respirar y a pensar: campo desnudo, pobre, triste, cerrado, gris, sin olores ni festones paganos, pero tan íntimo, tan familiar, tan adecuado a la sensibilidad delicada, al pensamiento de los solitarios. Campo un poco monacal y franciscano, un poco áspero y un poco negro, donde se siente el esqueleto de piedra, bajo la alfombra de hierba, y donde los

grandes montes morenos, despoblados, se alzan de pronto como amenazando a los valles plácidos y fructíferos. Campo sentimental de mi infancia, campo excitante y moral de mi juventud, campo toscano, magro y estéril, hecho de piedra serena, y de piedra fuerte, de flores honestas y aldeanas, de cipreses atrevidos, de matas y de espinos sin gracia, ¡cuánto más bellos me parecían que los famosos campos del sur, con sus palmas, sus naranjos, sus higos de Indias y el blanco polvo y el furibundo sol del verano!

Salíamos en toda estación, pero, cuando enciendo de nuevo los recuerdos, no veo más que invierno, otoño o primavera lluviosa: cielos cubiertos, unidos, grises, cerrados; vientos mordientes o la quietud fría y bronceada de la tierra que pena y trabaja en lo profundo. No veo nunca sol; no siento calor jamás, o veo un solecillo aguado que sale a ojeadas entre las nubes viajeras y hace parecer más negra la tierra cada vez que se oculta. Veo el campo como bajo un cielo del norte, con todo el recogimiento y el desierto del año que fenece después que el último racimillo olvidado se ha encogido en las secas ramas de la vid.

Y me acuerdo bien de algunos cortos y venturosos días de enero y de febrero, cuando caminábamos aprisa por los caminos duros, helados, que resonaban bajo nuestros pasos, entre muros secos que devolvían los ecos bajo las blancas deshilachaduras de las altas nubes. A fuerza de caminar, volvía a casa con los pies ardiendo y el rostro encendido, todo vibrante y vigoroso como si volviese de una victoria. Y la casa pobre y oscura, y mi cuarto frío y revuelto, con una lamparilla de aceite, que daba poca luz y un no sé qué de fúnebre, me parecía el retorno a la mediocridad, a la esclavitud —a la muerte. Entonces tomaba un libro y leía a la débil luz de aquella fúnebre lucerna, y poco a poco, todo mi cuerpo se enfriaba, los pies volvían a helármese, se redoblaba mi nostalgia y me arrojaba sobre el lecho a sepultar en el sueño los deseos inexpresados y los ensueños indeterminable de una vida muy distinta a esta— y a toda vida.

Appassionato

Yo dejé para siempre la vida de las llanuras

IBSEN

VIII

El descubrimiento del mal

De una infancia selvática y precozmente introspectiva: de una humillada soledad impuesta por la timidez: de la adversidad y la miseria; de las repetidas derrotas de un enciclopedismo demasiado ambicioso; del lirismo elegíaco rumiado por caminos grises, entre muros ennegrecidos bajo cielos de ceniza; de los confusos ímpetus hacia una vida heroica, digna, poética en seguida negados y anegados en la maldita continuidad de una vida reducida, provinciana, estrecha y mortificante, surgió un pesimismo desesperado y encerrado en sí mismo como en una fortaleza sin ventanas. Apenas el intelecto —al fin de la adolescencia— fue mayor de edad, pidió sus razones a la vida y no obtuvo respuesta. La teoría dio forma a la melancolía. A la tristeza física absoluta de las tardes festivas invernales, siguió la investigación acerca de los bienes y de los males de la existencia, y el espíritu respondía o no a toda promesa; replicaba no a todo sueño inverosímil, a todo falso placer, y soplaba sobre los últimos encantos como el viento de medianoche, sobre la escasa llama subsistente de una mala luminaria.

A la languidez de las vigilias fantaseadoras, cuando entran ganas de compadecerse a sí mismo, sin razón, como nunca se compadecerá nadie, siguieron las investigaciones acerca de la naturaleza del dolor, sobre la brevedad de las alegrías, sobre el balance de la felicidad terrestre, a los sonetos patéticos por el fin de los días y de los otoños, siguió la firme

intención de protestar pública y racionalmente contra la bestial aceptación de la vida.

A esa edad, la perpetua interrogación inútil, se me representó con las mismas palabras de todos los tiempos y de todos los tediosos: ¿la vida es digna de ser vivida?

¿Qué podía responder? La vida me prometía poco y no me daba nada. No podía esperar riqueza —ni triunfos en los estudios, ya que desde el principio había enfilado por necesidad un camino escolar, breve y mediocre— ni amor de las mujeres, porque era feo y miedoso— ni ilimitación de saber, porque me dañaba el pensar en las empresas truncadas. Pocos se cuidaban de mí, nadie me quería bien, excepto mi padre y mi madre, demasiado lejanos de esta alma que venía de ellos y que, sin embargo, a ellos mismos parecía extraña.

No me quedaba más que el pensamiento: siempre me había gustado generalizar, estrechar relaciones entre hechos aislados, adivinar leyes, desmontar y remontar teorías. Poco antes, con la «Scienza nuova» mal comprendida, se me había puesto en la cabeza, construir una filosofía de la historia literaria, y me había imaginado descubrir los cursos y recursos del arte, las causas de las grandezas y de las decadencias en las literaturas. Desde entonces, Taine me abría el cerebro y sentía envidia por aquella su facilidad de componer esquemas claros, ordenados y simétricos de ideas, apenas coloreados, entre una y otra línea, de abundancia de hechos; el demonio teórico acechaba al niño poeta y me inspiraba las fórmulas, los sentimientos y los bien deducidos corolarios. Ya armado el pensamiento, se lanzó, pues, a esta vida miserable, sin carnavales y sin faros y se apresuró a descubrir en ella el vacío y callado dolor. ¿Está toda aquí? A cada deseo, una repulsa; a cada aspiración, un mentís; a cada esfuerzo una bofetada; a todo el anhelo de felicidad que nos toma a los dieciséis, a los dieciocho años, la promesa de la nada. ¡La nada enmascarada de cien maneras! Fe, gloria, arte, acción, paraíso, conquista: máscaras en el rostro, ojeras sin ojos, bocas sin lenguas, besos sin respuesta.

La vida, para ser llevadera, debe ser intensamente vivida. La sensibilidad la rellena de cuando en cuando, y si es verdad que cambia semejante al agua que corre, al menos nos transporta como una corriente

que puede parecer igual y eterna. Pero si la vida se analiza y se la desnuda y desuella con el pensamiento, con la razón, con la lógica, con la filosofía, entonces el vacío se muestra sin fondo, la nada confiesa francamente su nulidad y la desesperación se apoya en el alma como el ángel se posó sobre el sepulcro abandonado por el hijo de Dios.

Así sucedió que me afirmé, con todo el ardor de una vida ascendente, en la negación de la vida. Mi respuesta —la única posible entonces— a la maligna injusticia de la suerte y a la silenciosa enemistad de los hombres, fue la persuasión de la infinita vanidad del todo, de la canallería congénita y de la infelicidad indestructible del género humano.

Mi pesimismo, aunque lo proclamase y lo creyese radicalísimo, no fue consecuente y no llegó hasta donde podía y debía llegar. Fue, al principio, sentimental, poético-literario. El enciclopédico rabioso y el lírico en germen que había en mí, se repartieron la obra. Hasta el descubrimiento de la infelicidad de la vida fue un pretexto para nuevas compilaciones. Recogí en mis lecturas todos los desahogos de los poetas, los efectos de los dramaturgos, los incisos de los oradores, las admoniciones de los predicadores, los aforismos de los filósofos a medias y enteros, donde hubiese, velada o no, demostrada o lamentada, la inutilidad de la existencia, la supremacía del mal, la tristeza de los sueños interrumpidos, de las ilusiones laceradas; el descorazonamiento del pasado que no vuelve, la desesperación que doblega y trunca el alma cuando se ha girado en torno a la vida por todas partes —isla breve y apenas iluminada por el infinito gozo de la nada. Así, pues, reuní una fúnebre compilación del dolor hecho verbo, donde los dísticos, las paradojas, las quejas y las lamentaciones de los hombres, distantes en el espacio, en el tiempo y en el espíritu, se encontraron juntos, como el coro angustioso del descontento humano...

No solamente por curiosidad literaria: era sincero. El hecho de encontrar en otros tales desfallecimientos y tales maldiciones, me daba ánimo. Me parecía no estar ya tan solo, me parecía haber encontrado a los hermanos, a los compañeros nacidos para mí, a los muertos consoladores. Me imaginaba no poder equivocarme en mi negación, y que esta no era solamente la protesta cobarde de un muchacho estropeado por la desordenada fantasía.

Pero no solo hacía una exposición de sentencias: pensaba yo hacer un libro, el verdadero libro sobre la vida, el libro que habría debido decidir de una vez para siempre a cada hombre a tirar de sí mismo, de los demás y de la existencia entera, la desestima que se merecen. En ese tiempo tropecé por primera vez con una gran filosofía. Hojeé, leí, medité a Schopenhauer, a trozos, a pedazos, a intervalos pero lo suficiente como para comprender que la ciencia hacedera de los libritos de geología o de evolución, no era el punto más alto a que podía alcanzar la inteligencia cognoscitiva. E intenté trazar una historia del pesimismo, y así recorrí, a grandes pasos, la historia de la filosofía, donde otras ideas, además de las negativas y dolientes, me atrajeron y despertaron mi curiosidad.

El erudito ya no estaba solo: el teórico crecía y se robustecía. El asiento de mi sistema pesimista —fundado sobre la ley de que precisamente los fines más deseables son necesariamente inasequibles— fue acompañado de alegrías intelectuales casi nuevas para mí. Y no olvidé transportarme a los extremos y la totalidad. Me disgustaba en Schopenhauer la hostilidad al suicidio. En cambio, yo preparé como última parte de mi gran obra, una estoica proposición de suicidio universal. No ya por escándalo: no veía otra salida. Suicidio individual, no, porque es ridícula e inútil: sino suicidio en masa, suicidio consecuente y concordemente deliberado, tal que quedara sola y desierta la tierra, rodando inútilmente en los cielos. Imaginaba poder fundar una sociedad que poco a poco debería ir creciendo y extendiéndose junto con la difusión de mi irrefutable libro. Cuando esta liga de los desesperados hubiese ensamblado exactamente con la humanidad entera, se elegiría el gran día —¡el fin! Había pensado hasta en los medios, me parecía que el veneno era el preferido. ¡Idioteces, niñerías! Empero, el pensamiento fijo de ser el apóstol de esta suprema conclusión de la vida, fue para mí, durante cierto tiempo, el único pretexto para seguir en ella. Y consentí en vivir únicamente con la esperanza ridícula de hacer morir conmigo a todos los hombres.

IX

Los otros

Pero yo no estaba solo. Ya al terminar mi adolescencia había salido de aquella sombría soledad infantil que me había salvado el alma del encandilamiento precoz de los muchachos de mi edad. Yo también tenía un corazón. Hasta entonces todo el amor comprimido y del cual estaba colmado, me lo había dado a mí mismo. Me habían conmovido mis casos, mi vida sin objeto y sin salida. Había llamado a la muerte para que me llevase, en malos y patéticos versos italianos y franceses; había llorado por aquella mi vecina y obscura muerte. Por la noche, pensando en mí, en mi suerte miserable de hombre a quien estaba cerrado todo camino y negada toda alegría, lloraba. De día llevaba en mis ojos cansados y en mi vestimenta siempre negra, una especie de luto anticipado por mí mismo.

Tenía necesidad de afecto. Quería sentir una mano en mi mano, quería ser escuchado y escuchar: tener alguien a quien decirle en secreto, en el abandono inolvidable de las primeras amistades, aquellos sentimientos, aquellos deseos y pensamientos, que no se pueden decir a los padres y a las madres. Quería alguien igual a mí, para trabajar juntos, alguien mayor que yo para aprender, para ser guiado, alguien inferior a mí, para ayudar y enseñar.

Espiaba en los rostros y en los corazones y la mayor parte de las veces no encontraba más que compasión o desprecio, o lo que es peor aún, esa odiosa y demasiado fácil camaradería de los jovencitos mal

acostumbrados que le toman a uno del brazo y le hablan de casinos y de bicicletas. De los compañeros de escuela, francamente, no quería saber nada. ¡Qué gente! Filisteos satisfechos, de pantalón corto, fatigados, lívidos y masturbadores: estúpidos, pendencieros —y aquel odioso, falso y atildado «primero de la clase». No, no. Yo quería corazones amorosos, y especialmente cerebros activos y abiertos. Gente como yo: de esos que en la escuela hacen mala figura, pero que leen, piensan, rumian y tienen curiosidades insólitas y sueños extravagantes en la cabeza. Uno solo encontré en la escuela, pero no era escolar: era un maestro. Maestro por necesidad y poeta por naturaleza. Joven y generoso como era, supo descubrir en mis palabras y en mis observaciones el alma que para todos era muda. Su llegada a mi vida, fue como la aparición de la primera estrella en la larga expectativa de un crepúsculo vespertino. El animó mis vagabundas rebuscas literarias, y a pesar de serme superior, me consideró su igual. Fue el primero que en aquel muchacho solitario supo ser un hombre.

Pero él solo, por cordial que fuese su paternal amistad, no me bastaba, yo buscaba los jóvenes, jóvenes como yo, y tanto busqué que a los pocos años formé parte de grupos y cenáculos que me parecían, al principio al menos, banquetas y paraísos de inteligencia.

Empecé comunizando con dos estudiantes de más edad y más instruidos que yo (¡sabían latín y griego!) con los cuales fundé una especie de congregación literaria que se llamó la «Trinidad». Se hizo el estatuto en regla y se nombraron los cargos: cada uno de nosotros fue algo allí.

Nuestra ley ordenaba que cada cual, por tanto, debía sostener una tesis y escribir una especie de memoria que debía ser leída y discutida por los otros dos, a los cuales se les imponía, so pena de vergüenza, estar siempre en contra del tercero.

Cuando llegó mi vez, volqué en un cartapacio de más de cien páginas una disquisición violenta y cavilosa acerca de los «Promessi Sposi». Odiaba este libro desde cuando en la escuela me había tocado durante un año entero, hacer el análisis lógico y gramatical de las mediocres desgracias de Renzo Tramaglino y de Lucia Mondella. Aquella campesina sin pasión, aquel cura necio y bellaco, aquel fraile que tenía siempre pronta bajo la sotana la prédica o la bendición, aquel desconocido que se las da de terrible

en serio y luego se deja impresionar por los sollozos de una plebeya beata y humillar por la liviana oratoria de un santo, me aburrían y me daban rabia. No sentía cuanto hay de arte puro y grande en muchas páginas de ese libro famoso; en tanto aquel aura piadosa que allí alienta, aquella aquiescencia servil a los deseos del Señor Dios, aquel castigo ejemplar de los pecadores acompañado del triunfo discreto de los Simples y de los desgraciados, me hacían rebelar con todo el fuego de mi espíritu satánico y carduciano.

Leí en el campo bajo un vivo cielo de febrero, mi disquisición a los otros dos —convertidos luego en egregios y respetables servidores del Estado—; les hice una impresión pésima. ¿Pero cómo? ¿El más pequeño, el más joven de la trinidad, meterse a discutir, a burlarse y desmenuzar una de las obras maestras del genio Italiano? Bien están la audacia, el coraje, la falta de prejuicios —pero hasta este punto no, verdaderamente. La discusión se hizo más agria y litigosa de lo habitual. Volví a ver a menudo a mis dos censores y seguimos hablando, pero de la «trinidad» no se habló más ni entonces ni nunca.

Por fortuna, poco tiempo después encontré un hombre —tenía bastantes más años que yo— que era todo lo contrario de los otros; poeta, (es decir, escribía poesías en verso y en prosa); músico (tocaba la flauta), entusiasta, cordial, y extravagante, como yo quería y deseaba. Conocía y amaba a los mismos escritores de mi corazón (Poe, Walt Whitman...); me inició en Baudelaire; me dio a leer libros maravillosos y nuevos para mí: Flaubert, Dostoievsky, Anatole France.

Su vida era doble: administrador, o que sé yo qué durante el día, era un soñador ardiente y apasionado por la noche y los domingos. Escribía muchísimo, y había encontrado el modo de publicar algo suyo en los diarios. Me hizo conocer a otros amigos, artistas o que querían serlo: un poeta delicadísimo, rico de imágenes, lánguido de todas las melancolías, heiniano y dannunziano a la vez, lector furibundo de todas las literaturas, y en el fondo, escritor de raza. Era alto y fino como el tallo de un lirio; pálido como un novicio místico, púdico y frágil como una virgen, pero estaba tísico y murió pronto.

Conocí también a un pintor misterioso y fúnebre, apasionado de Boecklin; a un violinista medio loco, improvisador furioso (al piano) de

marchas triunfales; a un compositor principiante, que andaba perpetuamente en busca de libretos, de lecciones de canto y de mujeres ajenas.

No era aquellos, como vi más tarde, hombres tales que pudiesen darme mucho o de los cuales se pudiese esperar obras grandes. Con todo, aquello fue para mí, después del helado mundo libresco, el primer contacto con el mundo cálido y vivo del arte. En ese facsímil bohemio de ciudad pequeña, estaban representadas todas las actividades del espíritu. Veía en ellos, a los hombres que hacían, que creaban, que un día u otro alcanzarían la gloria, y no ya las imágenes tías de los muertos célebres, solemnes y sepultados.

De aquellas juventudes obscuras, afanosas, ebrias de sueños y trabajadas por la duda, saldrían los genios de mañana, los conquistadores de la eternidad, los felices donadores de bellezas nuevas. Y yo quería ser uno de ellos, sentirme compañero, hermano, en esta subterránea búsqueda de la belleza y de la fortuna.

Nos encontrábamos todos los días de fiesta en casa del mayor de nosotros: se bebía café, se fumaba, (¡los primeros cigarrillos!), se hablaba con enfática sinceridad de un libro nuevo, de un escritor descubierto entonces, de un artículo, de una ópera, se discutía, se luchaba, se aullaba. Los poetas leían entre las interrupciones, del entusiasmo de todos, los poemillas escritos durante la semana, y uno entonaba en la flauta una pastoral de monótona ternura, y otro ejecutaba algo de Bach o un trozo de música suya.

Todos nosotros teníamos la firme esperanza de estar designados para la gloria y la grandeza. Cada uno de nosotros admiraba a los demás y estos le admiraban. No había envidia o rivalidades. Queríamos engañarnos y soñar: una de las frases más repetidas entre nosotros era: «que era preciso beber a grandes sorbos en la copa de la quimera». Qué era y en qué consistía esta famosa quimera, de la que se hacía tan inmoderado uso dominical, nunca lo he podido saber.

Entre aquellos cinco afiliados, yo también tenía mi parte. Allí yo representaba al crítico, al erudito, al filósofo. A mí se dirigían para tener noticias históricas o títulos de libros o luces precisas sobre las teorías de moda. Gozaba entre ellos de una fama de ilimitada sapiencia, que solo en parte, y respecto a la ignorancia, de los demás, sentía yo merecer. Pero esta

reputación y mi no del todo vencida taciturnidad, me hacían, más autoritario y temible de lo que era preciso. Y a ellos, casi por miedo a la enorme estima que tenían por mí, nunca les leí nada de lo que iba escribiendo recogidamente, por ese tiempo, en torno a los más embrollados problemas de la vida y de la muerte.

Aunque me sentía bien en aquella periódica baraúnda poética, sentía, no obstante, que no me bastaba, que algo más andaba buscando mi espíritu, ya saciado y elevado a las abstracciones y a las construcciones conceptuales. Gozaba allí al calor de ese entusiasmo ligero y un poco vulgar: la poesía me ensanchaba y afinaba mi sensibilidad; la música, saboreada entonces por primera vez, acompañaba con ritmos más graves mis galopadas visionarias.

Pero no sentía en ninguno de mis nuevos amigos, la pasión por el pensamiento desnudo, el hábito del razonamiento, el gusto y la práctica de la controversia lógica. Y después de un par de años acaeció mi traición: — les abandoné poco a poco por otros compañeros, por otras orgías cerebrales.

Eran tres, los nuevos. Uno, estudiante de medicina, rubio y bello, que prefería a Shelley y De Musset a los tratados de la psiquiatría, y la galería de los Ufizzi a la sala anatómica; otro, un casi doctor en letras, enano y locuaz, ratón de librerías, poeta de incógnito, a veces bebedor y amigo de diversiones, pero en fin, un buen muchacho; el tercero era un muchachuelo menor que todos nosotros, irregular en todo, escolar de ninguna escuela, estudioso de ningún argumento, enemigo jurado de toda disciplina desconfiado de sí mismo y muy orgulloso, cínico y melancólico. Comprendí en seguida que en este había más alma y mejor paño que en los otros dos, y a él, especialmente, me uní desde los primeros tiempos. El mismo día que le conocí, nos peleamos, pero pronto le tuve de aliado contra los otros dos que representaban en nuestros numerosos encuentros cotidianos, la poesía, la literatura, la elegancia, el snobismo —en una palabra, aquel espíritu dannunziano que comenzaba entonces a hinchar y a estropear antes de tiempo a los jóvenes italianos. Nosotros dos, en cambio, estábamos por el hecho, por el saber certero, por las ideas, por la teoría simple y simétrica, por la dura filosofía.

Durante muchos meses conseguimos estar juntos y discutir sin demasiada amargura. Algunas simpatías comunes, y especialmente algunos

odios sentidos fuertemente por todos, nos mantenían estrechamente unidos. Al cabo, sin embargo, se empezó a punzar y a herir; de la ironía se pasó pronto al sarcasmo, a la injuria, al ataque. La compañía terminó misteriosamente; hubo en el aire una sospecha trágica. Finalmente se acordó la separación absoluta y perpetua: dos de una parte y dos de otra. Vuelvo a ver ahora el lugar y la hora en que fue decidido y resuelto en pocas palabras el abandono irrevocable. Nos separamos sin adioses ni estrechamientos de manos. Y yo me quedé, a la caída de la tarde, con un amigo solo, con el único amigo de toda la vida, con un amigo todo para mí.

X

El

¡Caro Julián! Han transcurrido ya mas de doce años, desde aquel otoño triste y lluvioso en que nuestras almas dispersas se encontraron y se unieron. Podemos hablar de aquellos tiempos apaciblemente, serenamente, como si se tratase precisamente de nosotros, que tenemos todavía los mismos nombres y apellidos y tantas memorias comunes. No somos ya los mismos.

—No soy más yo —no eres más tú. En un momento dado hemos tomado por diversos caminos. Tú eres ahora un hombre serio, respetado, trabajador: tienes admiradores, secuaces. Tal vez discípulos. Has hecho tus campañas, puedes mostrar tus heridas; has sabido crear de la nada algo que existe que rige y que rinde; has querido esconder las travesías dolorosas de tu alma complicada bajo el delantal del obrero y los anteojos de oficinista.

Yo continúo siendo un poco el vagabundo caprichoso y sin timón de aquellos tiempos: —no tengo arte ni parte; no tengo la piedra de una certidumbre sobre la cual pueda apoyar la cabeza; no tengo un pedazo de mundo para poder rodearlo de un muro y decir: ¡es mío! Pero yo también he cambiado— ¡y cómo!

Podemos, pues, hablar de aquellos años con toda la verosimilitud de la calma, como si fuese historia, historia de otros. Pero no puedo hacer menos que hablar de ello; nuestra amistad no fue como todas las otras: frívola, pasajera, sentimental. Debes reconocer que no fue como todas las otras.

Yo no sé si tú has sentido nunca, profundamente, en toda su plenitud, cuán grave y bello acontecimiento fue nuestra larga fraternidad. Por mi parte no sé recordar mi vida de aquellos años, si no es acompañada de tu figura de laborioso y excitante jacobino. Me veo contigo contra el viento del invierno y contra las polvaredas del verano, apoyado en las barandillas, a lo largo del Arno, contemplando la furia inútil de la represa: tendido en la hierba, en una cima del Mugello; inclinado a hurgar en los puestos de libros usados, o sentado, en silencio, a la mesa desmantelada de una hostería campestre. Por muchos esfuerzos que haga, nunca me veo solo. Recuerdo día por día nuestra vida común y nada más fuera de ella.

¿Te acuerdas de tu primera casa, en aquella calle limpia solitaria, entre palacios y jardines bien cuidados, por donde no pasaban de noche nada más que enamorados y porteros? Era una casa grande, un tanto amarilla y aunque no tendría más de cincuenta años, exhalaba ya algo de vejez y de tristeza. ¿Te acuerdas de la gran habitación oscura, toda llena de libros y revistas, almacén de todas las delicias italianas y francesas: ubérrima tierra prometida de todas mis curiosidades de ignorante? ¿Te acuerdas de las largas charlas en tu cuarto, ante el suave chisporrotear de la leña seca que se quemaba en la estufa, mientras caía rápida la noche y las campanas tañían sin cesar por algún duelo olvidado? ¿Y te acuerdas de aquel jardincillo estéril, enterrado entre paredes húmedas y ventanas siempre cerradas, donde por primera vez hablamos, conmovidos, de Stirner y de la divina voluntad del yo? ¿O te acuerdas más bien, de cuando íbamos a esperar la puesta del sol y mirábamos la ciudad extendida cobardemente a orillas del río lento y le decíamos: Serás nuestra?

A veces íbamos más lejos, a los montes, en busca de soledad, de viento y de serenidad. Nunca nos parecía largo el camino. Seguíamos adelante con nuestro rápido paso de andarines impacientes; y, en vez de cantar, alegrábamos el trayecto con pensamientos y paradojas. Las subidas nos animaban como una batalla que vencer; las bajadas nos humillaban y enmudecían. Pronto escapábamos de las tapias, de las verjas de hierro, de los campos rayados en surcos derechos como un cuaderno de escuela. Buscábamos la altura y la libertad, los caminos sin la regla de los setos, los senderos y los atajos, las manchas peladas, las subidas pedregosas que

llevan a las casas deshabitadas. Y cuando llegábamos a la cima, junto a los muros de un convento pobre y cerrado o al lado de los pedregales de las atalayas en ruina, cantábamos la marsellesa con el gélido silencio de féretro, ante los valles desiertos y desconsolados, a las montañas lejanas, negras de pobreza, a lo largo de las costas, blancas de luz y de nieve, hacia el cielo revuelto de nubéculas, y se nos ensanchaba el pecho bajo la aspiración de los pulmones y el latido del corazón. ¡Qué lejos estábamos de la ciudad estrecha y estrepitosa y de todas las santas leyes de la humillación cotidiana! Nos parecía estar solos en el mundo: ser dueños del mundo, los únicos hombres dignos y nobles del mundo. Soplaban el viento, salpicándonos en el rostro alguna gota que se había quedado en las hojas; viajaban las rígidas nubes blancas en el gran cielo sin color; lamentábanse los árboles, golpeados sin piedad por una onda de tramontana, y las hierbas quemadas y pálidas por el hielo, esperaban pacientes la primavera y el perfumado secreto de las violetas.

Caro Julián: hoy somos ya dos hombres y no dos muchachos. Tenemos mujer e hijos; tenemos deberes similares; tenemos, en cierto sentido, el cuidado de otras almas. Sin embargo, yo creo que si algo de menos falso ha salido de nuestros espíritus, si algo de nosotros quedaría, después de la muerte, en el alma de los demás, lo debemos y lo deberemos a aquellas frías fiestas de invierno, a aquellas fugas en pareja que hacíamos hacia la tierra desnuda y la altura inmaculada.

Acuérdate de nuestras veladas, cuando yo iba a tu casa, a la otra casa, donde estabas solo, escribiendo y esperándome. Delante de tus ventanas había un ciprés, y junto al ciprés una subida. Queríamos mucho a aquel ciprés, que era un poco destartado y polvoriento, pero todo negro y completamente solo en aquel resto de jardín antiguo. Y siempre mirábamos la subida. Nuestra vida era y quería ser una subida. Todos nuestros sueños los habíamos soñado en la altura, con los pies en la hierba agostada y el perfume de las retamas en el aire. Todos nuestros proyectos de libros, nuestros programas de diarios, nuestros planes de acción, los hemos concebido allá arriba, a algunos centenares de metros sobre el mar y sobre la gente. Y en todo cuanto yo pensase o propusiera, entrabas tú también: y en las cosas propuestas por ti, debía tener parte yo, y el universo estaba

dividido perfectamente, así: nosotros dos, de una parte, y todo el resto, de la otra.

Allá arriba, junto a la desembocadura de la calle San Leonardo, había dos cipreses grandes y majestuosos y casi de la misma altura. Estaban cerca uno del otro, y no tenían compañeros en derredor. Dijimos —una vez— que aquellos cipreses éramos nosotros dos, y que así como ellos habían confundido sus raíces bajo tierra y las ramas en el cielo, así nosotros queríamos estar unidos en la vida y en el porvenir. Y dijimos además, que la suerte de aquellos cipreses sería la nuestra y que si uno de los dos era cortado o fulminado, lo mismo le acontecería a uno de nosotros... ¿Te acuerdas? Pero los cipreses están allí todavía, y ni el temporal los ha abatido ni el hacha los ha arrancado, y a ellos van todavía los pajarillos, al caer de la tarde, para decirse su amor. Y aun vivimos nosotros dos, siempre unidos, pero los locos orgullosos no nos bullen ya en la cabeza, y cuando paso ante los dos negros hermanos, inclino mi cerviz y —no sé por qué— se me oprime el corazón.

¿No sientes qué grave suceso, qué bello suceso ha sido nuestra amistad de entonces?

Yo no sé si en tu memoria yo estoy vivo y presente como tú estás en la mía. No sé hasta qué punto tú sabes que lo mejor de nuestra vida comienza allí, y no antes, y que precisamente en aquellos años, el alma nuestra ha esculpido para siempre sus rasgos y medido la longitud de sus alas.

Estamos juntos y lejos, amigo mío, y yo no sé nada de ti y tú no sabes nada de mí.

Pero sí te recuerdo sentado ante los pupitres inmensos y garabateados de la biblioteca, en las mañanas y tardes del trabajo apasionado, inclinado sobre los libros abiertos, sobre el papel preparado, y vuelvo a oír tu voz que me preguntaba o me respondía algo (y mirábamos en torno con el rabillo del ojo para que el hombre severo que paseaba de arriba a abajo no se diese cuenta de nuestro bisbiseo ilegal), entonces lo comprendo todo y vuelves a ser mío, todo mío, como en aquellos lejanos días de nuestra impaciente expectativa.

O cuando íbamos al café, por la noche, ya tarde, y nos refugiábamos en la última mesa, en el rincón más apartado de la galería de hierro y cristal de

la gran cervecería. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cómo paseábamos mudos y desdeñosos, muy tiesos, embozados en nuestras capas negras, por entre las mesas de las familias bien, junto a los filisteos solitarios que reventaban de aburrimiento, hipnotizados por los vasos vacíos, bajo la mueca de los jovenzuelos elegantes y vulgares como sirvientes? ¡Con qué satisfacción nos metíamos allá dentro a beber el café caliente y malo, a recapacitar las conquistas del día, a comentar el pasado y el futuro, la cara estúpida del vecino y las suertes del mundo, las plagas de la tierra y las esperanzas del cielo! ¡Cuántos libros hemos repasado, cuántas ideas hemos descubierto, cuántas glorias hemos triturado, cuántos sistemas hemos desmontado, de cuántas obras hemos escrito el índice y el prefacio, a cuántas paradojas hemos dado aire, y a cuántas saetas hemos llamado la punta! Era la nuestra, como la divina juventud, una borrachera sin vino, una orgía sin mujeres, una fiesta sin música ni bailes. Era el exaltante desenterramiento cotidiano de nuestro yo: el descubrimiento, la restauración perpetua de nuestra inteligencia de líricos de concepto y de sondeadores de profundidades.

Nos hemos descubierto juntos y juntos hemos descubierto el pensamiento. Yo te revelé a ti mismo el alma tuya y tú abriste en mí mismo el alma mía. Juntos hemos creído todo y negado todo: hemos edificado y demolido. Juntos, la mano en la mano, hemos buscado la verdad, devorado los libros y discutido las glorias más incontestables. Al mismo tiempo nos hemos librado de la fe de los padres, de los ídolos de la tribu, de las mordazas de los temerosos. Hemos dormido en el mismo lecho y comido en la misma mesa, y hemos señalado en los mismos libros, las mismas páginas. Sin embargo, nuestra amistad no ha tenido nada de muelle, de femenino, de patético —y digámoslo también— de cordial. Ha sido la amistad de dos cerebros en pena, y no la correspondencia de los amorosos sentimientos de dos razones confidentes.

No nos hemos besado nunca; nunca hemos llorado juntos, siquiera una vez, y ninguno de nosotros ha dicho al otro los más caros secretos de sus pasiones. Cuando te enamoraste, lo supe por otros y tuve el anuncio de tu matrimonio por el *Corriere della Sera*. ¡Por algo leíamos con tanto ardor *Le Rouge et le Noir* y la *Mort du Loup*!

—Sí; tendrás que reconocerlo. Nuestra amistad no fue como todas las demás. Completamente cerebral, completamente intelectual, completamente filosófica, tuvo, no obstante los ardores y las tempestades afectivas del corazón. Y no estoy tampoco seguro de que el corazón no entraba para nada. Yo no soy únicamente un cerebro. ¿No sientes cuánta nostalgia hay en estos reclamos, en estas memorias de una felicidad irrevocable? ¿Y por qué este pasado de lecturas, de paseos y de coloquios —este simple y recogido pasado de trabajo y de silencio— me conmueve más que el recuerdo de un amor? ¿Por qué siento todavía por ti una ternura nunca dicha, nunca manifestada, que ni una vez siquiera he dejado advertir en mis actos o expresado en mis cartas? No: yo no estoy enteramente seguro de que el corazón no entraba para nada.

Tú solo, quizás, podrías decirlo, pero no te lo preguntaré. No quiero que lo digas: será otro de aquellos secretos (¡el último!) que hacían más pura nuestra viril fraternidad.

XI

El descubrimiento de la unidad

Hasta entonces el pensamiento había sido un testigo y un puntal del malestar, de la tristeza, del ingenuo disgusto de la vida. Horquilla, armadura, sustentáculo y nada más. Llamaba a grandes voces a la filosofía para expresar y justificar un sentimiento mío: aliada, auxiliar y sierva que alababa mientras me daba razón y me prestaba su imagen —venerable, creía entonces— para no presentar a los enemigos la lírica desnudez de mis infantiles e imaginarias angustias.

Pero en aquel escoger del obscuro asidero, sin adornos, de la filosofía, antes que el shakespeareano y abigarrado manto de la poesía, se veía la señal de una inclinación instintiva hacia el pensamiento abstracto, y el reconocimiento, puedo decir ahora, que aquel vestido tenía un valor en sí y más valor que otros, y, en fin, la tendencia a descubrir que bajo aquel hábito podía haber también un cuerpo sólido y vivo.

En efecto, salí del dolor por la senda del pensamiento. El método hizo olvidar los resultados y el medio matizó el fin. Mi idea fija, como he dicho, era la de probar el mal de la vida, de un modo cierto, irrecusable, definitivo —de tal modo, que nadie pudiese decir no, sino que todos tuviesen que decir: ¡es así, no puede ser más que así!

Entonces me parecía que únicamente la ciencia podía dar la certidumbre, y queriendo filosofía, una filosofía abrazada a las ciencias y nacida de ellas. Todos conocen esta filosofía: se llama, en nuestros tiempos,

positivismo. Me propuse, pues, hacer una demostración positiva del pesimismo.

Me lancé con el hambre de los dieciocho años, sobre las antropologías, psicologías, biología y sociología que estaban entonces en ese insostenible colmo del medio día, que ya anuncia el cansancio. Amontóné hechos, copié cifras, apliqué teorías, intenté generalizaciones, improvisé simiescamente hipótesis y sistemas. Y poco a poco fui tomándole gusto, me olvidé de la tragedia del mundo, de la vanidad leopardina, de la renuncia schopenhaueriana y hasta de mi indefinido descontento. Me placía la investigación por la investigación, la idea que origina una idea más grande, el poder maravillosamente ensanchador de la abstracción. Los métodos y los conceptos me conquistaron; no vi más mi dolor reflejado en el mundo, pero sentí al mundo pensar dentro de mí. Desde entonces mi vida fue pensamiento, y nada más que pensamiento. La idea me pareció la única realidad, y la filosofía la única expresión perfecta.

Estaba ahogado por los hechos, pero los hechos no me bastaban. Aunque sondease muchos y los reuniese, no agotaban el infinito. Aquella riqueza de lo particular que era mi única riqueza de erudito desordenado, me parecía una desesperada miseria. Mi mente, maniática de vastedad, de totalidad, buscaba los conceptos universales como el único alimento que por fin le quitase el hambre. Las teorías me gustaban más que las pruebas, las ideas más que las experiencias y dos hechos tan solo me parecían más que bastantes para elevar un sistema. A fuerza de seguir adelante por abrazar siempre más realidades con menos principios, caí, como era natural y necesario, en el monismo. No ya en el monismo idealista que conocí después, sino en un monismo como podía ser inspirado por los grandes mecanicistas que entonces frecuentaba. Creía —«creía»— en una substancia única que componía todas las substancias del universo, y que a pesar de ser indefinida, asemejábase a la vieja materia más que a cualquier otra cosa.

Para mí este monismo, esta fe en la unidad profunda y substancial de todas las cosas, no era, solamente una palabra, una frase una fórmula. Yo la sentía y la vivía en mí, en cada instante de la vida, como se vive una pasión y un amor. Todas las cosas diversas eran para mí una sola cosa, la

substancia única, sustrato del variable todo, no era una invención mental, sino la realidad misma. Y me exaltaba una voluptuosidad continua: la de creer saber que todos aquellos objetos tan distintos, tan diferentes para las ciegas bestias que me circundaban, eran, por el contrario, para mí el mismo objeto, el mismo principio, la misma tela cortada y coloreada de mil modos para comodidad de nuestros sentidos.

Tanta era la fe, que me convertí en apóstol. Empezaba entonces a superar el círculo de los compañeros de escuela, y a reunirme con algún intelectual viejo (que era, o me parecía, superior a mí), y con otros menos doctos que yo pero curiosos de ideas, con los cuales podía arriesgar las primeras experiencias de maestro. Recuerdo siempre un musical y solar instante de junio. Estaba en casa de un novelista principiante, a quien quería convertir a mi fe. Sonaron de pronto las campanadas del mediodía y pareció como si llenasen de calor sonoro todo el aire ya colmado de sol.

«He aquí —le dije mostrándole una pluma— piensa que esta pluma y este sonido son la misma y única cosa. Esta es una fuerza fija, aprisionada por ahora en madera y hierro; la otra es una fuerza que ahora se libera en amplios círculos en el azul. ¿Dónde hay una verdad más profunda y grandiosa que esta?».

Y en aquel momento sentía, veía, tocaba con toda el alma aquella divina unidad, y vislumbraba verdaderamente la enemiga confusión de lo diverso, regurgitar hacia el origen único de un solo manantial, de un solo momento y enlazarse en el futuro hacia la única desembocadura de un nirvana panteísta.

XII

El mundo soy yo

Pero tampoco me detuve en el monismo. Era, como soy, vagabundo y voluble. Y luego el pensamiento no se detiene. El final de la última página no es más que el exordio de una nueva partida, y cada cima alcanzada es un trampolín para otros vuelos.

Conquistado el sentido de la unidad, se me plantó delante la pregunta que retorna eternamente: ¿De qué está hecha esta unidad? ¿Qué nombre tiene la substancia invisible y omnipresente que todo lo hace y todo lo es? ¿Materia? ¿Éter? ¿Energía? ¿Espíritu?

Reconstruí en mi interior, a grandes trazos, el drama de la filosofía. Contra las primeras afirmaciones naturalistas surgían las réplicas racionales. El universo de agua y de fuego, de corpúsculos o de vértices, se convirtió poco a poco en el mundo de la razón, en la múltiple encarnación de las ideas, en la cristalización de la palabra divina, en el río variable de las imágenes, en el reino del espíritu manifestado. La solución idealista me conquistó *Esse est percipi*. La realidad inmediata es la sensación. La sensación es un hecho nuestro, del alma, más allá no sabemos nada. Único espía y testimonio de la realidad, es este continuo surgimiento y resurgimiento de estados y acontecimientos de conciencia. El mundo es nuestra representación. Mi filósofo no fue Schopenhauer, sino Berkeley.

¿Hay algo más allá de la representación? El conocimiento, ¿es una fiel ventana sobre lo real o un sistema de cristales deslucidos e historiados que

filtran solo imágenes falsas y sombras inciertas de verdad? ¿Y existe, verdaderamente algo tras el conocimiento, o la nada, como detrás de la vida? ¿Sería quizás, únicamente, el espejo de sí mismo, corteza sin tronco y vestidura en el vacío?

Estas preguntas que el hombre sano no se hace; que el filósofo de oficio hace callar con las sentencias y los expedientes de la profundidad verbal, me turbaban profundamente, me forzaban a un juego cerebral sin descanso, a una caza desesperada de argumentos, de sofismas y de escapatorias; me hacían afanoso, inquieto, incansable, como si mi vida misma dependiese de ellos. Ahora, a una distancia de años, veo toda la ingenuidad de mi modo de plantear los problemas y la tosquedad de las soluciones, pero, en aquellos días se trataba de cosas graves, de acontecimientos interiores mucho más importantes que un primer afecto y que una ganancia inesperada. El pensamiento era la vida y la elección de una teoría era la dirección de una existencia.

Todas las tardes, de cuatro a siete, y, después, de ocho a doce discusiones —discusiones con amigos y con enemigos, discusiones en alta voz, con empeño y furor, íbamos bordeando el río amarillo o por las avenidas altas, entre la gente, entre los árboles, bajo el cielo tierno y esfumado del crepúsculo, bajo el cielo lluvioso o todo estremecido de estrellas descaradas, en medio de la muchedumbre, de la niebla, de los carros estrepitosos; sobre las losas mojadas, sobre los guijarros relucientes, sin ver nada, ni sentir nada, sin darnos cuenta de aquel mundo exterior, del cual se negaba o se confirmaba su existencia cada media hora. Teoría del conocimiento; percepción y representación, objetivo y subjetivo, idealismo y realismo, Kant y Stuart Mill, sentidos y razón. Platón y Locke—; toda la armería gnoseológica, desenvainada y blandiendo, centelleando. Y volvíamos a casa roncós, atontados, sin una certidumbre, sin un punto seguro, y con la duda de que toda esta mixtura de definiciones, dilemas e inducciones no fuese sino el efecto de un ridículo malentendido, de una simple y humilde cuestión de palabra.

Pero el idealismo resistía. Me parecía la única tesis lógica, —y porque era lógica no se detuvo en mí con la habitual igualdad entre exterior e interior. El mundo es representación, sí, pero yo no sé de otras

representaciones ajenas a las mías. Las de los demás me son desconocidas como la esencia de los fenómenos inanimados. La muerte de los otros existe solamente como hipótesis de la mente mía. El mundo es, pues, mi representación— el mundo es mi alma— ¡el mundo soy yo!

¡Qué maravilloso descubrimiento, que imprevista iluminación! Ninguna idea me sacudió y transformó como esta. No me curé de su estrambótica inverosimilitud, no pensé que pudiera ser un equívoco dialéctico, una simple trasposición de lenguaje y nada más. Su misma locura inflamaba mi fe. ¿Nadie cree en ella ni puede creer? ¡Tanto mejor! Creo yo. La verdad más profunda se descubre siempre tarde y al final.

Y creí en ella con todo el cerebro; y la tomé seriamente, a la letra, extrayendo las más lejanas y absurdas consecuencias. Mi vida se hizo fantástica y divina, sin que nada hubiese cambiado en torno mío.

El mundo todo no era más que una parte de mi yo: de mí, de mis sentidos; de mi mente dependía su existencia. Según mis movimientos, las cosas surgían o desaparecían. Volviendo, resurgían; dejándolas, se deshacían todavía una vez más. Si yo cerraba los ojos, morían todos los colores; si me tapaba los oídos, ningún sonido, rumor o armonía rompía el silencio del espacio. Y última consecuencia: cuando yo muera, todo el mundo será aniquilado. Restábame una última duda ¿moriré como los demás? ¿Puedo pensar que mi pensamiento deje de pensar?

¡Y los hombres! Sombras pasajeras sobre el abrigo de mi sensibilidad, fantasmas evocados por mi voluntad, fantoches pretensivos de mi teatro interior; ¡qué diversión! ¡Cuánto más nulos y cómicos que antes me parecían con todo sus esfuerzos! Pasaba por entre ellos y pensaba: he aquí que creen vivir; que creen existir por propia cuenta y más aún —pobres creyentes— ¡creen en ser inmortales! Y no saben que no son sino figurillas apresuradas en mi pupila, recuerdos o expectativas leves de mi alma, gotas inconscientes de un río de imágenes que solo en mí tiene su fuente y desembocadura. Sigo adelante: helos aquí, de nuevo, enterrados en la nada y que, sin embargo, se consumen satisfechos como si les aguardase una vida plena y sin término.

Y mirándoles sonreía, y no les odiaba ya, y hasta todo rencor por su injusto desprecio había desaparecido. Ya no era más la víctima: me sentía

entonces dueño y dominador —el único vivo en una plaza de sombras.

Creo haber experimentado en esos días algo semejante a lo que experimentaría Dios siempre, si en verdad existiese. Era incansablemente creador y aniquilador, y el mundo estaba a mis pies, como si yo pudiese rehacerlo diferente por completo y reabsorberlo con un solo acto. Experimenté, por momentos, una tal embriaguez metafísica con este pensamiento, que me parecía no ser ya aquel pequeño yo mismo que soportaba, sino haberme transfigurado y agigantado de pronto como un Dios que surgiese, repentinamente, de la mezquina envoltura de un hombre.

XIII

Nada es verdadero Todo esta permitido

El solipsismo perfecto y consecuente, fue la más loca borrachera de mi primera juventud, pero no la más larga. Duró poco, como todas las embriagueces.

El despertar fue triste. Habitado a considerarme como el eje del universo, como la única sanidad capaz de dar forma y permanencia a la nada impaciente de ser, se me presentó de golpe la certidumbre de ser la ridícula víctima de un juego de palabras, de una trampa lógica, de un rompecabezas metafísico. ¡Tanto calor, tanta voluptuosidad, tanta maravilla por una ilegítima deducción de un círculo vicioso! Decir que el mundo es representación, quiere decir, sencillamente que las representaciones son el mundo, y, que el mundo existe; —creer que los demás existen significa únicamente que existen esos complejos de sensaciones dirigidas por una voluntad semejante a la nuestra que se llama hombres, y estas son, simplemente, definiciones que no cambian nada de nada. El vocabulario es, siempre el mismo, y ante las cosas y los hombres, debemos obrar como antes, y no podemos obrar de otra manera. A la resistencia que los cuerpos oponen a mi voluntad, se agregan las voluntades contrarias a la mía y dirigidas contra la mía, y esto demuestra que en vez de ser un Dios, soy, simplemente, un imbécil.

Más tarde, esta persuasión me empujó a buscar otro camino para llegar a Dios; aumentar la extensión de mi voluntad. Entonces, por el contrario, aquel humilladísimo y melancólico despertar, tuvo por efecto el lanzarme al extremo opuesto. Perdí toda la fe en el pensamiento, en la razón, en la filosofía. El pensamiento se me hizo que era paradoja poética; la razón me pareció diseño geométrico y simétrico de puras líneas sin dimensiones: la filosofía, nada más que una expresión dialéctica de simpatías, de odios, de necesidades cerebrales o morales de tal o cual hombre, y no del espíritu universal encarnado. La lógica, que me había conducido con su rigor autónomo y su camino sin recodos hasta aquel punto, se me trocó en una sofística sutil, capciosa, disgregatriz, que gallardamente flotaba sobre todos los pensamientos posibles, apenas se me ofrecía la oportunidad. Me convertí en una especie de Gorgias de café, que, para vengarse de la certidumbre perdida y de la soberbia fracasada, se divertía en disolver y disecar la fe de los demás, en arruinar sus tentativas de teoría, de afirmación, valiéndome no solo de su debilidad e ignorancia, sino también de su propia mala fe y pésima voluntad. Experimentaba gusto metiendo la duda en la cabeza de los dogmáticos, me placía hacer callar a los ardientes, ridiculizar a los fanáticos, humillar a los charlatanes. Era un placer amargo, malo, estéril —pero me gustaba. Era mi única venganza. Iba por todas partes a buscar a los demás, no para convencerles de algo, sino para disuadirles, para hacerles todavía más semejantes a mí.

Muy pocos me resistían. El hablar animoso, la facilidad de improvisación, la práctica de la esgrima dialéctica, la experiencia de las diversas filosofías, la desfachatez de mi erudición bibliográfica, me daban la supremacía, la mayor parte de las veces. Poseía el método: conocía las insidias tácticas, los lazos infalibles, los golpes maestros.

Todo es relativo. El error de aquí es verdad allá. La verdad de este lado es falsedad en el otro. Todos los principios son contradictorios en sí mismos; toda la metafísica no es más que la transcripción en diversos lenguajes, de dos o tres fórmulas generales, y estas se reducen siempre a alguna unidad mística —a un único que no se comprende, que no es nada, que no significa nada. Se fabrican las filosofías para justificar nuestros prejuicios, nuestros sentimientos, las necesidades, aun las bajas, de nuestra

vida: traduzcamos de nuevo la filosofía a términos de vida y veremos ante nosotros una semejanza con la metafísica de los cerdos, esbozada por Carlyle. La única realidad es el presente y mande al diablo las fórmulas y las fes. Es menester librarse de estas costras de viejas enfermedades: que cada cual se libre a sí mismo, que crea en sí mismo y en el momento fugaz, que precisamente porque huye resulta bello.

Y así como en todas mis aventuras no me detuve en la mitad, no esperaré mucho para sacar las consecuencias de esta negación de todo principio y de toda regla. Encontré a Max Stirner en aquel tiempo, y me pareció haber hallado finalmente el único maestro del cual no podía pasar. Del solipsismo cognoscitivo pasé al solipsismo moral.

No hubo otro Dios ante mí, sino yo. Fantaseé una egología —destruí en mí los afectos de la familia, los lazos de la patria, los últimos frenos del hábito burgués y de la conducta correcta. Fui anarquista; me dije anarquista y no vi otro fin digno de mí, sino el de la liberación completa de mí mismo —y luego de los otros. Porque para mi libertad, tenía necesidad de la libertad de los demás.

Fundé, con tres amigos, un grupo individualista; escribí la Proclama de los Espíritus Libres y nos emborrachamos juntos de vino, de *haschich* y de feroces absurdos.

Nada fue ya sagrado para mí: las mismas tentativas revolucionarias y programas humanitarios, que me parecían antes, algo grande, habíame trocado a mis ojos en estúpidas niñerías de creyentes laicos e inexpertos. Necesitaba muy otra cosa. La Liberación interior, ideal, radical, de todos los hombres. Si acaso acá y allá, para ayudar al futuro, algún barril de dinamita. Pensaba, juntamente con los pocos a quienes me había acercado, en un golpe de mano para adueñarnos de la ciudad; me preparaba para la revuelta universal, tenía deseos de escapar, de viajar por todos los países, de tropezar con los cuerpos de todos los pueblos, de estomagarme con las emanaciones de oriente, de perderme entre los humos del norte.

Y, entretanto, no pudiendo hacer nada, descontento y excitado, ávido y esquivo, descargaba mi desdén de aforismos desvergonzados, en desahogos líricos y mordaces, a semejanza de los de Nietzsche; y meditaba por odio a la filosofía y a Kant, su digno alcahuete, una «Crítica de toda razón» —y un

«Crepúsculo de los Filósofos»; y sentía la necesidad apostólica de liberar a los otros como me había librado a mí mismo, creía, con la desnuda y corajuda teoría.

¿De qué modo? Fundando un periódico.

Un periódico con la poca ciencia que se necesitaba para deshacer lo viejo, y la mucha crudeza, de anti-idealista, de exótico que había en mí y en los otros más próximos a mí.

XIV

Ebullición

Cada vez que una generación se asoma al terrado de la vida, parece que la sinfonía del mundo tiene que atacar un tiempo nuevo. Sueños, esperanzas, planes de ataque, éxtasis de los descubrimientos, elevaciones desafíos; soberbias —y un periódico.

Cada artículo tiene el tono y el sonido de una proclama; cada asalto y compás de polémica está escrito con el estilo de los boletines victoriosos; cada título es un programa, cada crítica es una toma de la Bastilla; cada libro es un evangelio: cada conversación adquiere el aire de un conciliábulo de catilinarios o de un club de sansculottistas; y hasta las cartas tienen el aliento y el galope de admoniciones apostólicas.

Para el hombre de veinte años, todo anciano es el enemigo; toda idea es sospechosa; todo grande hombre ha de ser sometido de nuevo a proceso; la historia del pasado parece una larga noche rota por los relámpagos, una espera gris e impaciente, un eterno crepúsculo de la mañana que, por fin, ahora surge con nosotros. Para el hombre de veinte años, los mismos ocasos parecen tener los reflejos blancos y delicados de la aurora, que tarda en venir; las antorchas que acompañan a los muertos son fuegos de alegría por las nuevas fiestas, y los lamentos de las campanas devotas son esquilas que anuncian el nacimiento y el bautismo de las almas. Es la única edad romántica de la vida en que se tiene el vicio viril de tomar a todos los toros por los cuernos; es la edad en que se camina con el paso ágil y bien firme de

los poliorcetes, con el sombrero ladeado y un bastoncito de cerezo en la mano nerviosa.

Cada cinta nos parece una enseña; cada murmullo lejano, el temblor gigantesco de una revuelta; cada estallido de petardo, el anuncio de una batalla; y cada aguacero, el principio del segundo diluvio universal. Escuchamos con las orejas tiasas el murmurio del viento y creemos que se deshace el mundo; el trote de un caballo de alquiler nos hace correr a la ventana como si fuese el bucéfalo negro del Anticristo, y las franjas rojas del sol poniente nos hacen casi entrever un hemisferio de fuego que se extiende más allá de los últimos montes, donde la vida es, quizás, un agitarse de gigantes y el cielo, en vez de ser de azul cristiano, es color de incendio y de infierno.

En los momentos de la más profunda embriaguez se tiene la certeza feliz de ser los primeros hombres del mundo —los primeros en el orden del tiempo—, los verdaderos Adanes; de ser los que deben asignar un nombre a las cosas, edificar las ciudades, fundar los reinos, profetizar las fes y conquistar, por arriba, cuerpo a cuerpo, el entero dominio de este mundo. Solos, inocentes, vírgenes y puros, nos sentimos con el derecho de cancelar los recuerdos y la fuerza, de retejer la realidad sobre nueva trama y con nuevos dibujos.

El mundo nos parece mal pergeñado; la vida, sin armonía y sin grandeza; el pensamiento nos hace el efecto de una furiosa intención truncada por la mitad, de un gesto apenas iniciado, de un diseño negro y confuso, que nadie ha desarrollado en un fresco.

¡Hay tanto que hacer y rehacer! ¡Hétenos prontos —aquí estamos nosotros! ¡Fuera la chaqueta y el sombrero! ¡Adiós, libros grandes, con apuntes marginales que nos disteis una sed tremenda y nos enseñasteis las fuentes!

¡Aquí estamos nosotros, bravos muchachos, que tenemos voluntad de trabajar! En mangas de camisa, con los cabellos al viento, con los azadones en mano y la carabina al hombro, albañiles y soldados al mismo tiempo como los hebreos de Esdra. ¡Qué confusión! ¡Qué polvareda! ¡Cuánta cal! ¡Caen los muros con estruendos de bomba; el polvo que nos circunda es denso como el de una batalla *ancien regime*; y los cantos que se alzan y se

responden en el ruido de las demoliciones, son cantos de guerra e himnos de revolución!

No hay nada que decir; tenemos el espíritu militar; no nos queremos poner, ni por todos los libros del mundo, la casaca del infante, pero la guerra es nuestro oxígeno, cada asedio es una fiesta y querríamos que cada palabra fuese un balazo a quemarropa, y cada idea una infalible bomba de fortaleza. Pero el ejército regular nos repugna. Estamos por los voluntarios, por las bandas armadas, por los bandidos, por los libres guerreros de la plaza que derrotan al rey, por los caballeros errantes que buscan las aventuras como los Casanovas las de faldas. Don Quijote es nuestro amo y solo por amor suyo toleramos a Sancho Panza, pero nos desahogamos odiando venenosamente a Sansón Carrasco, padre modelo de todos los filisteos, enemigos jurados de la locura, y de cuanto se le asemeja.

Nosotros también somos caballeros —hijosdalgo de capa y espada— prontos para clavarlas en los corazones de los padres nobles y cubrir con la capa de las Dulcineas temblorosas y miedosas. Penacho en el sombrero y la mano en el plomo —miradas de valentones, movimientos de cobardes. ¡Qué diablos hacéis aquí vosotros! ¡Andad aprisa!, si no queréis que os pisen —suicidaos— si no queréis ser barridos—. Nosotros vamos adelante —¡debemos ir adelante! ¡Todo está sobre nuestras espaldas; todo nos toca a nosotros!

Y, camino adelante, todo es bueno; una bofetada, una estocada y adelante —como haciendo ejercicio. ¡Nosotros también creemos que los molinos de viento son gigantes! Y no nos avergonzamos. ¿Que no son tan peligrosos? Probad vosotros a asaltarlos y veréis que las aspas de madera no son menos duras que los brazos de los Briareyes.

¡Todo por nada —nada o todo! ¿Hay todavía mundos por descubrir, verdades por revelar, torres y murallas que derrumbar al son de nuestras trompetas?

Fastidiamos a todos: arrojamos a Dios de las nubes del cielo, al rey de las poltronas de la tierra y ni siquiera los muertos pueden estar tranquilos bajo las flores y palmatorias de los cementerios, ni las celebridades de bronce pueden estar erectas sobre sus pedestales de piedras.

Queremos librarnos de todo y de todos. Queremos volver a estar desnudos de alma como el inocente Adán estuvo desnudo de cuerpo. Queremos arrojar de nosotros los mantos de la religión, las chaquetas de las filosofías, las camisas de los prejuicios, las corbatas corredizas de los ideales, los zapatos de la lógica y los calzoncillos de la moral.

Es preciso rascarse la piel, limpiarse el alma, desinfectar el cerebro, lanzarse al agua corriente, volver a ser niños, inocentes y naturales como salimos del útero de nuestras madres. No queremos que los muertos continúen mandando a los vivos, que los libros inspiren las vidas, que la Razón y la Historia, sigan escribiéndose con mayúscula, y teniéndolos encerrados y sujetos en los bancos de las escuelas, derechos y con la boca abierta para recibir a pedacitos el pan ya masticado por otras bocas. La razón debe ser nuestra razón, y la historia comienza hoy. Año primero de nuestra era. *Incipit vita nova.*

Nueva tierra y nuevos cielos. Escenarios decorados para la ocasión. Palacios levantados en una sola noche. Largas fachadas, todas iluminadas, con mil ventanas y un estandarte en cada una. Y muchos gritos por la calle: necesidad de subir, de habitar en las montañas, de ver las ciudades a nuestros pies, de poder despreciar a los hombres desde lejos.

Despreciarles y odiarles y matarles. Pero en el fondo: amarles. Todo lo que hacemos es por ellos. Lo que decimos es para deslumbrarles, para asustarles: pero, lo que hacemos es por todos, por la liberación y por la felicidad de todos. Nosotros hacemos la guerra para hacerles mejores, gritamos para que no se olviden, les atemorizamos para que piensen en lo que les sucede. En el fondo, no tenemos más ambición que la de ser sus maestros, sus guías, sus profetas, y nos bastaría morir, como Moisés, ante las viñas de la Tierra Prometida. Y de todas estas tempestades, revueltas y soberbias, salen cuatro, ocho, dieciséis páginas de papel impreso: ¡el acostumbrado periódico!

Tempestoso

Iquem veni mittere in terram

LUCAS

XV

El discurso nocturno

Y el periódico, el famoso periódico que está en el pensamiento de quien quiere irrumpir en la masa de los miles y de los millones para desvelarles e iluminarles; el largamente soñado y prometido periódico de quien quiere tomar el mundo por asalto y agredir a los adormecidos contemporáneos a la usanza mesnadera; el tantas veces propuesto y proyectado periódico que debe recoger las impaciencias de los ignorados, dar voz y figura a un grupo de oscuros, relevar a los maestros inmediatos, a los que ya no son jóvenes, que los verdaderos, que los lozanos jóvenes de veinte años, han llegado, también, a la mayoría de edad, y que otra generación tiene, por fin, la palabra —este periódico absolutamente necesario que debe ser como el estiramiento muscular de un prisionero recién suelto, como el primer canto de una boca que hasta hoy debió murmurar solamente; este periódico que debía ser, que quería ser y que podía ser la primera venganza de todas las melancolías, el desahogo invocado de todos los desdenes, el arma de todos los golpes de mano, la tromba wagneriana de todos los desafíos, el diario de nuestros sueños, el cartucho de las demoliciones harto esperadas, la luz y el resplandor de los pensamientos más temerarios, ese famoso periódico se hizo, por fin.

Había que tener un poco de coraje. No teníamos dinero, no teníamos ideas precisas sobre lo que hacíamos, defender y ofender; éramos pocos, y

todos, de naturalezas y ambiciones distintas; no sabíamos, por donde empezar. Y, no obstante, el periódico se hizo.

No se podía esperar más. Nuestro día había llegado. ¡Era tanto lo que habíamos hablado! En el primer cenáculo habíamos pasado mañanas enteras imaginando uno de esos periódicos vehementes e incandescentes. Se llamaría *La llama* y únicamente publicaría obras maestras. Los manuscritos mediocres y los libros idiotas serían quemados todas las semanas en una plaza, en un arrebató de alegría. Diríamos nuestra opinión a todo el mundo en sus propias barbas, hasta a los más célebres — especialmente a los más célebres— y nuestro director sería un gañán cruel, un gigante silencioso que firmaría el periódico con su propio retrato en vez de hacerlo con su nombre y apellido.

Más tarde, con otros, se pensó en un periódico de alta filosofía y de batalla trascendental: un «Devenir» con la divina frase de Heráclito en la cabecera: *Nauta Pei*.

Cuando nuestros espíritus de libertad a toda costa se hicieron más fervorosos, se comenzó a hablar de otro periódico que sería, especialmente de ataque y de despiadada ofensiva contra mitos, teorías, fes y hombres: «El Iconoclasta». Y cada vez se limpiaban las armas, se fabricaban las flechas envenenadas y se afilaban los dientes, pero luego, por una razón o por otra parte —ante todo y entre todas, siempre, la de miseria que nos perseguía— nos veíamos obligados a volver a la sombra y a la desesperación de nuestros cubiles.

Pero esta vez se hacía de veras, nada nos habría hecho retroceder. Los pocos centenares de libras se reunirían de cualquier modo, y las ideas...

Las ideas sobraban. Bastaba con que hubiese uno para tomar la barra del timón y dar una buena dirección hacia la meta. Los demás, domados siempre por quien dirige, vendrían detrás con la alegría de aquellos que no saben hasta dónde quieren llegar. Y así fue. Y yo fui el hombre que dio un nombre, una idea, una manifestación al empuje de esta pequeña agrupación.

Estábamos en el mes de los muertos, y queríamos empezar con el año nuevo. No teníamos un punto de reunión en los primeros tiempos y el café era demasiado caro, pero nos veíamos diariamente, al caer la tarde, en una

plaza, y de allí nos encaminábamos a través del bullicio y la luz de la ciudad, hacia la conquista de los principios y de los hombres.

Llovía casi todas las noches; el pavimento de las calles estaba sucio, barroso y lleno de charcos, pero ninguno de nosotros se percataba. Seguíamos adelante, entre la gente, ora separados por los carruajes y los transeúntes, ora agrupados y quietos bajo el parpadeo rojo de un farol cuando la discusión se hacía más clamorosa o alguna idea impensada surgía en uno de nuestros cerebros; y no nos cuidábamos del agua en que nos metíamos, del fango que nos salpicaba los vestidos, de los viandantes que nos empujaban y atropellaban, de las gotas espesas que caían por entre la niebla sobre los sombreros negros y los paraguas cerrados; nos acalorábamos por nada, nos entusiasmábamos por un título, por una ocurrencia, por un esbozo de un futuro artículo, por la vaga promesa de un aviso o de una suscripción.

Todas las noches, durante dos o tres horas, nos embriagábamos con este sueño de palabras y de papel, nada nos parecía más importante en torno nuestro y todo se juzgaba y preveía en vista del inminente periódico. Nos parecía que toda la vida de la ciudad, de la nación, del mundo entero, giraba alrededor de nosotros, en la misma expectativa, y que de nosotros, de nuestro rumor vociferante de desconocidos entusiastas, saldría de improviso la luz y la llama que lo iluminaría y quemaría todo. ¿Cómo podía permanecer tranquila la gente mientras se estaba preparando la revelación de ideas y de almas nuevas y la destrucción de los errores y de los hombres viejos?

Y en efecto, alguno que otro venía y se acercaba a nosotros sin conocernos. Nuestra abierta conjura había corrido entre los jóvenes y muchos acudían por curiosidad o por libidinosidad semejante a la nuestra. Se había empezado a hablar de este periódico entre tres o cuatro, pero después de algunos días, otros amigos se habían agregado a los primeros. Casi todas las noches aparecían rostros nuevos, tipos nunca vistos ni conocidos, y había que estrechar nuevas manos y convencer a nuevos secuaces. Venían los estudiantes vestidos de negro, con los ojos hundidos y violáceos por la lujuria y el estudio; los artistas llenos de miseria y de miedo; los jovencitos tímidos, barbilampiños, que escuchaban atónitos y

meditabundos las palabras gruesas y los fieros propósitos de los más grandes; y caían por allí hasta jóvenes más maduros, con las barbas rubias o castañas que se sentían atraídos por aquella rociada de juventud iracunda después de la esterilidad de la larga espera. Era necesario hablar a unos y a otros casi en secreto; tantearles, probarles, reconocerles; luego venía el afianzamiento con estos y con aquellos y la camaradería general del tú hacía del desconocido de ayer el compañero elegido de hoy.

Era menester unir todas estas fuerzas; hacerles compactas y macizas para un esfuerzo común y lanzarlas finalmente a la carga concorde y vencedora contra el involuntario enemigo. Entre todos, yo era el único que tenía alguna idea y proyecto fundamental y hasta un cierto poder de coordinación teórica. Todos me reconocían ya como el capitán indispensable de la próxima empresa. Después de un mes o más de coloquios y de asambleas ambulantes en aquel febril fin de año, pensé escribir una especie de gran discurso o manifiesto y leerlo a todos los que se habían acercado a nosotros para que dijese claramente si nos seguirían hasta el final o no. No teníamos entonces, como he dicho, una residencia propia y tuvimos que recurrir al estudio de uno de los nuestros, de un pintor llegado de Roma, muy risueño y de tranquilo fervor. Pero el estudio, verdaderamente, no era suyo: era de una Academia que se lo había «concedido gentilmente» sin sospechar, seguramente, con qué raza de amigos andaba. «¡Tanto mejor! —dijimos—. ¡Proclamaremos la guerra a todas las academias entre los muros de una academia!».

Pero teníamos que entrar allá adentro a escondidas, sin que los guardianes del tétrico palacio se dieran cuenta de nada. La reunión era, según creo, para las diez o las once de la noche. Era menester pasar por una puertecilla disimulada, casi oculta en una calle de trasmano. En la puerta vigilaba un afiliado. A medida que cada uno llegaba en la húmeda oscuridad, todo envuelto en el sobretodo o la capa, se le guiaba de puntillas por las escaleras de caracol; y a través de largos pasillos y recodos de paredes de madera, hasta la majestuosa estancia que debía acoger la solemne fundación. Tres o cuatro velas, colocadas en los clavos que salían de las paredes, o en las botellas de los barnices, iluminaban misteriosamente el gran salón atravesado por una gruesa viga que descendía para esconderse

en uno de los ángulos. Telas empezadas, grandes decoraciones de mujeres vestidas de rojo y de ángeles, con trompetas de plata, dibujos heroicos de desnudos y de caballos, y rostros de esplináticas bellezas prerrafaelistas nos circundaban y se fijaban en nosotros con sus miradas de albayalde. Cada cual se acomodó como pudo en los sillones medio despanzurrados, sobre las cajas vacías de los cuadros, sobre las mesas cubiertas de papeles; en el suelo, y después de un cuarto de hora, el salón estaba lleno del humo de los cigarrillos y de charlas apagadas.

Pero cuando saqué las cuartillas del discurso, se hizo el silencio y yo leí. Ahora no sabría decir lo que dije aquella noche de fingida conjura y de alegre expectación. Había en mi discurso mucha literatura, mucho entusiasmo, tal vez un poco de énfasis, infinitas promesas, tremendas amenazas y una tentativa de ligar en un haz las ideas, las intenciones, las soberbias y las fuerzas de todos aquellos jóvenes que me escuchaban y tenían fe en mí y en ellos mismos. Habría entre nosotros pintores que menospreciaban a los poetas y a la poesía, literatos puros, repletos de crítica y de historia; filósofos rabiosos, ansiosos de polémicas y enamorados del vuelo y del abismo; paganos decoradores y místicos impotentes: curiosos que no hacían nada y despreocupados por sistema; y era preciso encontrar para todos la palabra, el impulso, la meta, la esperanza que les uniese, les sacudiese y les envolviese al final en el hecho irreparable de la obra común.

Era necesario hallar un nombre, un símbolo, un título que les recogiese a todos: poetas y pensadores, pintores y soñadores. Ningún nombre, entre los sagrados de nuestra tradición nacional, toscana, italiana, se prestaba mejor que el de *Leonardo*.

Leonardo era el hombre que había pintado almas enigmáticas, rocas, flores y cielos, mejor que los mejores: había buscado pacientemente la verdad entre máquinas y cadáveres, más que los sabios: había escrito sobre la vida y la belleza con palabras más profundas e imágenes más acertadas que los literatos de oficio y había soñado la potencia divina del hombre terrestre y la conquista de los cielos como los amantes de lo imposible. Su amplio semblante pensativo de viejo que sabe mucho, con los labios agudamente cerrados entre la barba florida, suave y venerable, estaba ante todos nosotros; sus pensamientos, (en aquel tiempo, por primera vez,

accesibles hasta a los más pobres) estaban con frecuencia en nuestras memorias. En su nombre, pues, consagramos nuestra salida del silencio. El periódico se llamaría *Leonardo* y no de otro modo.

Un nuevo acceso de fe encendíame nuevamente en aquella vigilia de armas, entre aquella juventud inquieta y dispuesta para todas las aventuras. Y en aquel concitado discurso nocturno firmé nuestra plena y consciente paganidad contra las delincuencias y las bellaquerías del secular rebaño nazareno; asimismo di rienda suelta a nuestro feroz individualismo (o, como se decía, personalismo) contra el frenesí solidario y socialista que entonces amortiguaba los ánimos de la juventud, la cual se imaginaba ser revolucionaria apagando el color vivo de la persona solitaria en el pantano gris de la multitud tétrica e inepta, en la miserable política de una Italia envilecida y humillada, y en fin, el idealismo intransigente, mono-psiquista, de nosotros los filósofos para quienes el mundo externo no existía, y la realidad era la sombra de un sueño; el universo, un fragmento de nuestra mente, y las antiguas verdades, mentiras al servicio del rebaño, y que en la contracción veía la certidumbre, en el descenso a tierra, la alegría, y en el absurdo, la luz. Sobre estos caos y en esta lucha de tendencias, de instintos y de reacciones, había plantado, como flores supremas y banderas comunes, la fe en la inteligencia sin prejuicios, en la divina virtud de la poesía y en el perenne milagro del arte.

De rato en rato, alzando los ojos miopes de las páginas escritas, veía ante mí, en aquel juego de sombras oscuras y de claros rosados, los rostros atentos de mis compañeros, las filas desordenadas de mi ejército, y me parecía leer en algunos ojos el estremecimiento voluntarioso del sí, sentía zumbiar en mis oídos las palpitaciones aceleradas de veinte, de treinta corazones, y un soplo de cálida simpatía venía hacia mí envolviéndome todo, y me emocioné de tal modo, que las últimas frases, que había escrito con mis palabras más armoniosas y luminosas en el frío solitario de una noche de invierno, me brotaron como interrumpidas y sofocadas por un extraño e imprevisto enternecimiento. ¿Sentía quizás que mi verdadera vida —mi vida de apóstol y de aventurero— estaba comenzando en aquella estancia silenciosa, ante aquellos futuros hombres, en aquel momento casi solemne para todos nosotros?

No sé ciertamente lo que pensaban los oyentes de aquel mi altisonante y agitado discurso. El hecho fue que casi todos, en seguida, escribieron sus nombres sobre una gran planilla que una especie de secretario previsor habría preparado en una mesa.

Y cada uno de aquellos jóvenes estrechó mi mano y el periódico fue decididamente proyectado. Cada cual daría un poco de dinero y mucho trabajo.

XVI

Palacio davanzati

Cada uno de nosotros fue sometido a la tasa de guerra: diez libras al mes. Y todos pagaron. Hubo un principio de jerarquía; fue elegido una especie de secretario que debía pensar en dar cuerpo y materia a nuestro sueño. Recorrimos juntos varias imprentas y los dueños y regentes nos miraron sospechosamente, adivinando nuestra falta de práctica y nuestra pobreza. Y al fin pudimos tener una sala enteramente para nosotros —¡una redacción!

¡Qué bello era en aquel tiempo el Palacio Davanzati, alta fachada de piedra noble y vieja, frente a las innobles ruinas del mercado! En el medio, un escudo de armas coronado y ampuloso del seiscientos, se destacaba, negro, sobre las piedras negras, y arriba, en lo alto, la hermosa logia abierta, aérea, libre, florentina, nuestra, prometía al transeúnte que la miraba desde abajo, una larga vista de torres de mármol, de colinas iluminadas y de cielos serenos. Era en verdad la gran casa del mercader afortunado y ennoblecido; maciza como su fortuna confiada a los bancos de Francia y de Levante; hosca como su alma de partidario no amoldado todavía; sólida y amplia como su vida de humanista de buen gusto y de ciudadano laborioso. Quizás era la sugestión del nombre, pero a mí me recordaba la prosa del Tácito davazantiano, sobria, apretada, simple, pero no obstante carnosa, jugosa y pulposa como la de mi Maquiavelo.

Pero en aquel tiempo había que ver el palacio por dentro: todo sucio y oscuro, con las escaleras semiarruinadas, los muros pintarrajeados, las

barandillas rotas por la mitad y el gran patio lleno de recodos, recovecos, ángulos urinarios y cajas abandonadas.

Hoy lo han limpiado otra vez, arreglado y puesto como nuevo y han hecho de él un museo con su catálogo y su portero con gorro de galón dorado, y hay que pagar una lira para visitarlo, porque dentro de todo es bello, todo adornado y elegante, con muebles adquiridos a los anticuarios, sillones de roble, cuadros de buenos autores y arañas rescatadas de los judíos. Está limpio, simpático, confortable y está hecho a propósito para los forasteros, para los *snoobs*, para los señores instruidos que quieren tener la idea de una casa florentina del «quattrocento» restaurada por un ropavejero ambicioso. Pero ya no es más nuestro Palacio Davanzanti, mi Palacio Davanzanti, sucio y degradado, sí, pero lleno entonces de vitalidad y habitado por hombres verdaderos y no por telas, estatuillas y cofres. Y no es más especialmente, el Palacio Davanzati que hospedó por primera vez una creación nuestra, y sintió el tumulto de nuestras disputas, el estruendo de nuestros duelos, los cantos de alegría y las risas locas de nuestra invasión del mundo.

Habíamos tomado una cámara vulgar a un buen hombre plácido y corpulento, que vivía fabricando jaulas de grillos y toldos de peluquería. La habitación no era grande y estaba amueblada humildemente. Nosotros quitamos de en medio la cama, las mesillas y la cómoda y no dejamos más que un par de mesas, una poltrona despuntada y agujereada por varios sitios, y alguna que otra silla coja. Pero nos bastaron pocos días para transformar a nuestro gusto este desnudo camaranchón burgués. El dueño de casa, como avergonzado de la suciedad de las paredes, nos llevó un gran mazo de ramas de laurel, que fueron colocadas en derredor y colgadas de artesonado. Nosotros llevamos fotografías y grabados de esculturas y cuadros, y por entre las hojas oscuras fueron apareciendo las mujeres desnudas del Tiziano, los dignos viejos leonardesios y los cuerpos danzantes de los faunos malignos y de los apolos vaneses. En una pared estaban pendientes dos floretes de esgrima y sobre la puerta —porque teníamos una puerta libre, completamente nuestra— un cartel ostentaba en estilizados caracteres negros, el nombre de nuestro divino protector, bajo un gran sol rojo que por doquier extendía sus rayos retorcidos como serpientes

suspendidas. Y todas las noches había fiesta en aquella estancia casi vacía. Todos iban allí durante dos o tres horas para verse, para combatirse, para relacionarse, para excitarse. Todo era pretexto para una asamblea. Acudían otros jóvenes impacientes y temerosos. Mi Julián estaba fuera de Italia: bastó una carta mía donde le narraba fogosamente los preparativos de la gran empresa, mis esperanzas y primeras medidas para que corriera precipitadamente a reunírseles al grupo, donde enseguida ocupó uno de los primeros puestos.

Comenzaron a llegar los manuscritos (correcciones, tachaduras, devoluciones), se grabaron pacientemente los primeros clisés (tablillas amarillas y duras de boj, donde la gubia cavaba rabiosamente, escapándose a veces del diseño negro) y se mandaron por doquier los anuncios impresos (¡el primer boletín de la guerra, resonante ya de golpes y de clamores!) ¡qué fiesta cuando llegaron las *primeras pruebas de imprenta*! Estaban húmedas y en mal papel, con la tinta todavía fresca, llenas de enmiendas y ridículos despropósitos, pero nos parecían los divinos mensajes de la gloria, los primeros movimientos de nuestros pasos hacia los hombres y la inmortalidad.

Queríamos hacer un periódico absolutamente diferente de los otros y que fuese en todos sus aspectos, hasta en la apariencia, inactual. Papel oscuro y granuloso, en vez de papel blanco y liso: grabados en madera hechos por nosotros mismos, en vez de los mecánicos en plomo; figuras y símbolos en lugar de firmas, nombres poéticos y sonoros en vez de nuestros apellidos oscuros e inarmónicos. Y todos trabajábamos de acuerdo para que el periódico fuese bello, original, sorprendente, en todas sus partes. Nada de división del trabajo; y viose a poetas escribiendo de filosofía, filósofos que empezaban a grabar en madera, eruditos que expusieron líricamente sus metafísicas, pintores que intentaron hacer crítica y teoría.

Había una confusión alegre, un trastrueque inestable, una furia nerviosa, como si la vida de todos y de cada una fuese a empezar de nuevo, como si la humanidad saliese entonces de un sueño secular o de un castigo divino y hubiese que construir el universo. Algún soplo del *sturm und drang* pasaba por entre nuestros cabellos mientras estábamos inclinados sobre las pruebas o los dibujos, o vociferábamos de pie con el rostro encendido, acerca de la

grandeza del arte, el genio de Miguel Ángel o la existencia de la materia. Y cuando salíamos, abajo, en el patio oscuro, se encendían los duelos y fingidas batallas que eran necesarias para descargar la fuerza sobrante que aquella agitación nos infundía a todos. Cualquier arma era buena: floretes, bastones, puños. Se hacían horribles asaltos de esgrima, que a veces terminaban en sangre, y nos íbamos a casa con las manos lastimadas y el rostro arañado, felices y temblorosos, como si también el cuerpo tuviese derecho a tomar parte en la fiesta del espíritu.

Al fin, terminó la espera. Después de haber hablado, gritado y trabajado durante dos meses enteros, el primer número entró en máquina, y una tarde, después de las siete, por escaleras oscuras del palacio, llegaron los primeros paquetes del *Leonardo*, a nosotros, que esperábamos la gloria, inquietos y silenciosos. Era el 4 de enero de 1903.

XVII

La salida

El periódico salió verdaderamente como queríamos: es decir, distinto a los demás. Y tuvo, como sus escritores, vida desigual y azarosa.

Comenzó de ocho páginas, en papel a mano, con grabados, de madera. Aparecía cada diez días y hablaba de todo (hasta de política), pero más de arte que de filosofía, y la filosofía tenía un paso tan lírico, tan fantástico y extraño, que no parecía filosofía. Después de algunos meses, empero, los artistas y literatos empezaron a no pagar más, a no trabajar más. El periódico agradaba y desagradaba (curiosidad, entusiasmos, compasión) y era bastante leído, especialmente por los jóvenes, pero los revendedores nos estafaban y los suscriptores no llegaban a cien. Así, pues, al llegar el verano, quedamos solos nosotros dos, los filósofos, Julián y yo. Y no nos rendíamos. El periódico se convirtió en revista; se redujo el tamaño, empleamos un papel ordinario cualquiera, se publicó con más intervalos y con más páginas; al arte lo dejamos un tanto de lado, la literatura y la política fueron desahuciadas y la filosofía fue, por último, dueña, señora, dominadora.

Una filosofía a nuestro modo, claro está, que contradecía orgullosa y sarcásticamente a las filosofías de la tradición, de los manuales, de los profesores, de las universidades. Nosotros queríamos revolucionar la idea misma de la filosofía y dar al pensamiento las metáforas y el vuelo de la poesía; poner en la poesía de los literatos, (que nos eran odiosos), un

aliento, un fermento, una esencia de pensamiento. La filosofía debía recomenzar a vivir con nosotros una vida en contraste con su pasado. Hasta entonces había sido racional, y nosotros combatíamos el intelectualismo con todas nuestras fuerzas; había sido siempre contemplativa, y nosotros queríamos que se convirtiese en creadora, que tomase parte en la obra de reconstruir el mundo.

Urgía, por lo tanto, barrer el pasado y el presente de aquella filosofía, de holgazanes, de ciegos y de cobardes que hasta entonces se había hecho. La filosofía dominante por aquellos años en Italia, era el positivismo y nosotros cargamos hasta la locura contra los positivistas. Tornaron y se reforzaron los instintos bárbaros y libertarios de los años anteriores: empezamos a gritar, escandalizar y discursar a diestra y siniestra, a veces con santa y perfecta justicia, otras con harta precipitación, pero siempre de buena fe y por un amor más grande. Los ataques y las batallas fueron lo mejor de cada número. Se instituyeron degüellos periódicos y regulares de nulidades y celebridades; se meditaron matanzas en masa y tomas revolucionarias de escolásticas bastillas.

Junto a ese trabajo de limpieza y de policía estaban los principios de reconstrucción: esquemas de metafísicas, revelaciones y exposiciones de teorías nuevas, concepciones mundiales míticas y pindáricas; y especialmente programas, programas y programas.

Estábamos tan llenos de pensamientos y de intenciones, que no había tiempo para desarrollar, explicar y madurar cada cosa, y nuestras peripecias mentales eran de tal modo rápidas, que apenas expuesto el plan de un sistema de una investigación, otros proyectos apuntaban y brotaban dentro de nosotros.

No destruíamos solamente, no. Fuimos los primeros en Italia, que hablamos de muchos hombres, nuestros y extranjeros, olvidados o recientes, que ahora todos citan, y que entonces nadie conocía siquiera de nombre, y hablamos con reverencia, con amor, con entusiasmo. Fuimos de los primeros en difundir ideas recientes, direcciones del pensamiento mal conocidas o en formación, escuelas en que nadie, entre nosotros, pensaba ni ponía atención. Resucitamos la pasión por los antiguos místicos, dimos a algunos jóvenes la insospechada afición a las matemáticas; expusimos y

discutimos problemas que parecían muy lejanos de nuestra cultura nacional. Y el arte, para llenar la extraña novedad de este inusitado furor ideal, servía como de acompañamiento natural: las iniciales grabadas, las láminas fuera del texto, las cabeceras en colores (caballos a la carrera, pomos de espadas, espigas llenas de granos, gigantes con la honda y caballeros con la lanza en ristre) eran como las flores arrojadas en una fiesta seria, o como fanfarrias de alegría en una marcha cerrada de voluntarios.

En los primeros tiempos de la reanudación, estuvimos solos y regalábamos casi todos los ejemplares. Pero paulatinamente fueron llegando otros jóvenes y se enamoraron, incluso de lejos, de nuestra obra. Llegaron también hombres ancianos y graves que comprendieron lo que había de sincero y profundo en nuestras bacanales de lirismo idealista y en nuestra ferocidad de imberbes conquistadores. Nos dieron dinero, nos dieron libros, nos enviaron artículos. Encontráronse así, en nuestras amplias y decoradas páginas, agudos matemáticos lombardos, y poetas napolitanos; filósofos de renombre y abogados estudiosos y solitarios; viejos hombres de ciencia, precisos y rigurosos, y estudiantes jovencitos que por primera vez veían su nombre en caracteres de imprenta. Crecieron los abonados y los amigos, los extranjeros lejanos nos leían y alentaban; las revistas de Italia y del exterior escribieron sobre nosotros, combatiendo o admirando.

Aquella fue en realidad, la edad heroica y divina de nuestro *Leonardo* y duró dos años o algo más. Nos habíamos convertido en una fuerza con la cual era necesario contar; nos seguía la atención de todos; nuestros fascículos, abarrotados de ideas y resonantes de bofetadas, eran esperados por muchos impacientemente; en algunos el estupor se trocó en entusiasmo y el desprecio en odio franco; hasta las mujeres —por lo general muchachas apasionadas— se dirigieron a nosotros, sin conocernos personalmente, con una simpatía que se acercaba al amor.

Nuestra revista fue el centro y el órgano de movimientos filosóficos; fue el punto de partida de iniciativas, de colecciones de reimpresiones; y representó a los ojos de los simples lectores de periódicos baratos, algo orgánico y bien definido. Nosotros dos, los fundadores, ya no estábamos solos e ignorados. Se empezó a preparar y a publicar los primeros libros, pequeños y grandes, de arte y de filosofía, que debían ensanchar y reforzar

nuestra acción; nos llamaban a escribir en otras revistas, nos invitaban acá y allá para pronunciar discursos y conferencias.

Nuestros dos nombres, unidos siempre como los de dos hermanos, eran ya familiares a la nueva generación y muchos se dirigían a nosotros como a guías espirituales y a misioneros de una libre fe en el espíritu resucitado. Se vivía en un estado continuo de excitación, de descubrimiento, de tareas de toda índole; todos los días había que descubrir nuevas almas, leer nuevos libros, corregir muchas pruebas, sostener polémicas, responder a compañeros ignorados y anudar frescas amistades.

A la sazón, nuestra vida era verdadera vida, vida de sorpresas, de acechanzas, de creaciones, de formaciones, de ascensiones. Pero la misma intensidad, la misma fortuna de esta vida, nos debilitó. Al cabo de dos años mi Julián, mi verdadero y único compañero, me abandonó por otros lazos, por otros países. Sin embargo, continué solo y otros se me acercaron y otras corrientes de pensamiento circularon en la revista.

Pero los nuevos compañeros, los últimos, no tenían el ardor y el desinterés de los primeros. Otros sueños, más peligrosos, me asediaron el alma y me turbaron el juicio. Costeé los mares tenebrosos de la magia; creí encontrar en las supersticiones antiguas y en los esoterismos remendados, los primeros escalones de la subida a la divinidad. El idealismo se trocó en misticismo, el misticismo en ocultismo y el ocultismo pudo haberse transformado directamente en teosofía si no me hubiese detenido a tiempo.

Lentamente disminuyó la energía; el ímpetu decayó; la simpatía de los demás, languideció. En vez de la rica y animada diversidad de un tiempo, se descendía hacia la recopilación simplemente interesante. Hasta el cuerpo exterior cambiaba. La revista se hizo más pequeña y cada vez más revista; las ilustraciones desaparecieron, reapareció la literatura. Mi espíritu, demasiado perdido en ambiciones desmesuradas, frente a las cuales un poco de papel impreso parecía algo ridículo y vano, se alejó de mi obra. Diferencias internas y alejamientos externos apresuraron el fin. Llevaba cinco años desahogándome, maldiciendo, soñando ante los demás, para los demás. Ya no me bastaba; el trabajo era demasiado y al mismo tiempo los fines me parecían cada vez más míseros. Y además, la mente tenía

necesidad de descansar después de tantos años de florecimiento y cosechas. Sentía necesidad de un nuevo recogimiento y de una nueva soledad.

Y después de cinco años de esfuerzos, de guerras, de exploraciones y de locas tentativas, maté voluntariamente a mi criatura, al hijo más caro de mí mismo. Estábamos en pleno verano, en agosto; el último número salió armado de un haz de atroces saetas y con la cubierta color sangre, pero no obstante era triste, descorazonado y pesado como el féretro de un amante asesinado.

XVIII

La fuga de la realidad

¡Muchas memorias, sobradas nostalgias! Este color y calor del pasado, estos hechos y pasajes externos ¿qué cuenta? Son poesía, literatura, vanidad. Lo que importa aquí es la historia de un alma, la historia de mi alma, y no la de un palacio o de un periódico. No debería caer en semejantes debilidades y si no me avergüenzo hasta el punto de borrar las huellas es porque son también síntomas y pruebas de un fondo patético y sentimental que no consigo ahogar ni en los accesos más dialécticos. ¿Es posible que yo no pueda ver la idea sin el cuerpo y sin la sombra y que no pueda comprender un sistema sino bajo la forma de vida y de experiencia sensible, pasional, cotidiana? Las cortezas, las cáscaras, los vestidos, las máscaras, son —lo sé perfectamente yo también—, nada más que cortezas, cáscaras, vestidos, máscaras. No son nada más, nada substancial, de íntimo. Las cortezas caen, los vestidos se gastan, las máscaras se destiñen y lo que queda es el concepto, el esqueleto interior e indestructible de la verdad. Lo que lo reviste es inesencial, variable, transitorio. Las manifestaciones, embajadas espirituales —las palabras, las palabras habladas, las palabras escritas; las cuartillas con las palabras impresas, los papeles ilustrados, las hojas que salen de cuando en cuando, las páginas que se reúnen en un volumen y hacen el opúsculo, el libro, la obra— no son más que tentativas, rodeos, espirales, murmullos: lenguas que se forman, que empiezan, que pocos entienden, que nadie quiere aprender. Cualquiera de nosotros que

verdaderamente tenga una vida suya —y entiendo vida propia, personal, interior, sensitiva, intelectual, metafísica— es un Adán que debe dar nombre nuevamente, a todas las cosas y construirse su vocabulario y fundar un lenguaje. Las palabras de los padres, en su boca, tienen otro sabor, otro tono y sonido, otro significado. Os hablará de luz y su mente tendrá ante sí las tinieblas, y cada vez que pronuncia una palabra simple, simplísima, común, insignificante, —la palabra hombre, por ejemplo— tendrá en su pensamiento su hombre, que no es, en verdad, creedlo, ni el hombre de la esquina, ni el hombre que está en la ventana, ni el hombre de Platón, ni el hombre de Dios, sino ¡su hombre y ningún otro: su ideal, su tipo, su sueño, mito y modelo de hombre!

Y cada cual debe volver a comprender su yo cuando este ha pasado y está entre los muertos para siempre, con los otros muertos, con todos los yo que matamos diariamente con el veneno lento del olvido; y cuando queremos volver a hablar de él, que ya no existe, debemos rehacernos de su diccionario, de su gramática, de su sintaxis mental, y de nada sirve buscar entre los despojos que fueron en otros días sus trajes de gala y repetir los epígrafes que él dictó entonces para fijar (es decir, inmovilizar: matar) sus intuiciones y sus escurridizas conquistas sobre el eterno fugitivo. El cuerpo, la materia, no bastan: buscamos el espíritu, lo profundo. Y si no es posible la pintura —nos contentamos con la geometría. Yo no quiero hacer el solista sentimental de mí mismo. ¿Queréis la anatomía? He aquí la anatomía: despellejad, cortad, descarnad. Este es mi cuerpo, esta es mi carne— pero el soplo que la animaba, la idea que la informaba ¿dónde están? ¿Entre esta polvareda de recuerdos, entre este revoltijo, del fondo de los cajones, entre estas cartas que tienen ya la pátina de casi diez años? No busquéis: no están aquí. Yo solamente puedo decir cuál era el nudo central de mi pensamiento en aquella borrasca de escrituras, de ofensas de defensas y de clamoroso apostolado. El *sturm und drang* ha pasado (historia, anécdota), pero la vena de aquel tumulto y de aquella tempestad está en el yo que queda, en el yo perpetuo, absoluto, que ha contado con la eternidad y debe participar de la eternidad.

Este nudo central de mi pensamiento de aquel tiempo era la fuga de la realidad —la no aceptación, la repulsa de la realidad. El pesimismo radical

no era ya el punto último y único de mi concepción del mundo, y no pensaba poner bajo los ojos espantados de los hombres la proposición de un voluntario envenenamiento universal. Pero el dolor cósmico, atrasándose en mí como teoría, se había convertido en un estado de ánimo estable, se había quedado como un sedimento indestructible en la sangre y en el alma. Ya no lo formulaba, pero él había infundido todo concepto mío. «No nace pensamiento en mí que no lleve la muerte esculpida» escribía Miguel Ángel, y en mí no nacía idea sobre las cosas que no tuviese el amargo sabor del desprecio. Dicen que es propia de los jóvenes la serenidad esperanzada. No es verdad, no no es verdad al menos en todos. Porque el joven, antes de acercarse a la vida para poseerla, tiene ya dentro esperanzas, si no tiene el alma irreparablemente porcina, y supone tan magníficas e intensas, certidumbres de sublimidad próxima y de poder divino, que la realidad tal como es, la vida corriente, no pueden menos de ser para él un continuo castigar de desmentidos. Esperaba el paraíso y se encuentra en las más fétidas hoyas del infierno: creía encontrar a sus hermanos con las manos extendidas y encuentra una cadena de bestias que rugen, que riñen y se acometen; se imaginaba que la vida se le ofrecería como piedra limpia y mármol de buena grana para esculpir su imagen con el duro escalpelo de la voluntad, y en cambio tiene entre las manos una masa de barro y de mierda que no se deja moldear y modelada no se tiene en pie.

Demasiado idealismo, dicen los sabihondos que ya han tomado olor al estercolero. Ya se sabe: muchos jóvenes mueren de este «demasiado» y no de aquel poco de plomo que les atraviesa el pecho. Pero en verdad os digo que no hay señal más segura de un ánimo pequeño, que el estar contento de todo. La serenidad puede llegar solamente después de la juventud, cuando se ha dado la vuelta alrededor y dentro de las cosas, y nos conforta de la nada infinita la gustación del instante que no volverá.

Yo sentía, pues, fuertemente, en aquel tiempo, el disgusto por lo real. No aprobaba, no aceptaba el universo tal como era. Mi actitud era despectiva y fiera. Y tendía a negar lo real, a despreciar las reglas de la vida real, a rehacer por mi cuenta, a mi modo, una realidad distinta y más perfecta.

¿Qué era, en efecto, aquel espíritu de furibunda anarquía y de descansada irrespetuosidad hacia los hombres y los dogmas, sino reacciones contra lo pretérito, contra lo fijo, lo glorioso, lo disciplinado y regular? ¿En qué consistía mi pasión por lo absurdo sino en la náusea de lo banal, de lo ordinario, del buen sentido común? ¿Y el desprecio por las reglas éticas, la buena educación, los fetiches populares, los métodos prudentes y las virtudes burguesas, en que se basaba sino en el cansancio del hecho inmutable y maldito, y de todos los miramientos y de todos los lazos y de todas las creencias?

Yo combatía el positivismo porque los positivistas pretendían ser los notarios imparciales de la realidad; —me inflamaba por el idealismo y lo llevaba hasta el último extremo porque aquel incluirlo todo en el espíritu, y aquel poner en duda hasta la existencia del cuerpo olía a extravagancia y a paradoja. Por odio al presente me encerraba con unos cuantos muertos de genio; por odio a lo existente me abandonaba al sueño; por odio a los hombres buscaba la soledad de las campiñas y la silenciosa amistad de las plantas. Mi palabra preferida en aquella época era esta: *Liberación*. Liberación de esto y de aquello, de ahora y del después, de lo de acá y de lo de allá: liberación del todo.

Yo quería desvestirme y desvestir; volver a la perfecta desnudez, a la formidable libertad del ateo radical y universal. Y cuando me parecía estar desnudo y que los dolores y los pensamientos de la tierra no eran ya míos, quise fabricarme mi mundo. De dos maneras: con la potencia del espíritu y con la evocación de lo fantástico —con la voluntad y con la poesía.

El famoso pragmatista no me interesaba ya en cuanto a regla de investigación, cautela de procedimiento y refinamiento de métodos. Yo miraba más allá. En mí surgía entonces el sueño taumatúrgico; la necesidad, el deseo de purificar y reforzar el espíritu para hacerlo capaz de obrar sobre las cosas sin instrumentos ni intermediarios y llegar así al milagro y a la omnipotencia. A través de la «voluntad de creer» propendía a la «voluntad de hacer» —a la posibilidad de hacer. ¡Si la voluntad pudiese extender su círculo del mando del cuerpo propio a las cosas que lo rodean— y hacer de suerte que todo el universo fuese su cuerpo, obediente en todas sus partes a una orden suya, como ahora le obedecen estos pocos haces de músculos!

Fingía partir de un precepto de lógica (pragmatismo) pero lo más secreto de mi alma estaba sedienta y envidiosa de la divinidad.

Un instinto semejante me condujo hacia el arte. Yo no podía sufrir la literatura: todo lo que hay de falso, de elegante, de fingido, de acomodado y decorativo en esta palabra, me repugnaba. Aun amando entrañablemente a algunos poetas muertos, tenía invencible antipatía por la gente que reúne poesías, novelas y romances, para ajena diversión y propia utilidad.

La filosofía me parecía mucho más noble y elevada. Pero la misma filosofía me recondujo al arte. Para poder expresar más apasionada y eficazmente ciertos puntos de mis pensamientos me dio por hacer uso inmoderado de las imágenes; intenté la forma del mito; del mito extraje leyendas; empecé a inventar coloquios y visiones y poco a poco introduje como interlocutores tipos creados por la poesía y por la tradición, los cuales empezaron a vivir por cuenta propia, a hablar con otro lenguaje, a mezclarse en otras aventuras. Del desahogo lyricizante enderecé sin casi darme cuenta hacia el cuento literario, y la idea, que había sido el fin y el todo, convirtiéndose en una de las materias primas sometidas a la fantasía. El rumiar afanoso de mi pensamiento, la amargura de mis desencantos, el ímpetu de mi apostolado, se encontraron mejor y más fuertemente expresados en ciertas ambiguas creaciones poéticas. Y así nació en torno mío, sin querer, todo un mundo fantástico, opuesto al mundo real, donde podía retirarme a llorar y recordar, donde era rey, y señor sin leyes. En ese tiempo conocí al pálido Demonio de nuestros días; escuché las confesiones del gentilhomme enfermo y de la Reina de Thuek, y acogí los gemidos del dolorido Hamlet y las confidencias de Juan Buttadeo y de Juan Tenorio. Procedían de la sombra, de lo irreal y con todo, me parecían más vivos que los vivos que pasaban a mi lado, y solo con ellos me era dado entender y ser entendido, amar y ser amado; era aquel un mundo turbio y cerrado, donde la sombra empujaba a la luz y lo trágico salía de lo ordinario; un mundo habitado por jóvenes pálidos y sin ilusiones, por hombres poseídos y martirizados por ideas fijas y nuevos terrores; un mundo en que los actos eran raros, pero tumultuosos los pensamientos; y donde no se distinguían los confines de lo verosímil y de lo imaginario: era

mi mundo, oscuro, oscuro y terrible, sí, pero que por lo menos no era este mundo, el mundo de todos.

Y así, mientras esperaba doblegar y rehacer la realidad con los prodigios de la voluntad sublimada, iba creando el refugio de una realidad provisora poblada por los dóciles espectros de los sueños. La poesía es la escala para llegar a la divinidad y el trabajo del arte es ya principio de creación. Poeta y profeta por hoy —¡y Dios, quizás, mañana!

XIX

Los hermanos muertos

No aceptaba la realidad: no hay palabras más rigurosas para expresar mi asco del mundo físico, humano, racional, que me oprimía y no daba aire y espacio suficientes a mis inquietudes. Pero no son las que serían precisos: no dicen, ni iluminan todo. Yo no quería aquella realidad, porque deseaba otra (más pura, más perfecta, más angélica, más divina) e iba industriándome trabajosamente para que el esperado mundo espiritual y armonioso surgiese como la estatua que el cerebro vio y quiso formar del bloque tosco apenas arrancado de la montaña. Yo no aceptaba la realidad ordinaria, superficial, porque quería una realidad mejor, más verdadera, más profunda; renegaba del pasado, renegaba del presente para tender la vista, al deseo, el alma toda hacia un futuro más digno y milagroso. Y aun diciéndolo así, no lo he dicho todo: hay en mí una especie de remordimientos que no sé calmar. Reniego del pasado —¿pero no están acaso en el pasado los espíritus magnos, los hermanos sepultados y sin embargo vivos y presentes, que me han consolado en los años de soledad y en los años de éxodo; que me han enseñado los caminos de la liberación, y me han dado los pensamientos, las imágenes, las palabras que mejor representan mi verdadero yo, y me han hecho, por pequeño o grande que sea, lo que fui y lo que soy? ¿No son ellos los compañeros de los insomnios, los confortadores de las treguas, los animadores de las luchas, las sombras animosas de los días mejores? A ellos únicamente debo la

bofetada a los mediocres, la ansiedad de la perfección, el heroico descontento, los primeros impulsos de la ascensión, las escalas para la fuga, las picas para la revuelta, los hierros para destrucción y la misma idea de un universo celestial y de una beatitud sin peso ni suciedades. ¿Cómo podría renegar de ellos sin renegar de mi mismo y de lo mejor de mi vida?

Y efectivamente, los aceptaba, ¿pero qué digo? Los buscaba con más amor del que un hijo pudiese tener por un padre cariñoso y con más ternura de la que pudiese sentir un hermano por el hermano mayor. Estos muertos y mis apoyos: estos muertos y mis árboles; estos muertos y mi espíritu inquisitivo. ¿Contradicción? De ninguna manera. Aquella parte del pasado (aquellos hombres, aquellos muertos, aquellos maestros y aliados míos) era, precisamente, lo que me hacía despreciar todo lo demás y me daba ánimo y luz para triunfar. Aceptaba precisamente aquello, que me hacía inaceptable el resto. Les amaba porque me incitaban al odio, les buscaba porque me ayudaban a huir.

¿Pero qué necesidad tengo de tales excusas? Estas son, pensando bien, las cavilaciones póstumas de una simpatía espontánea y de primer impulso. Me sentía bien con ellos, solo con ellos; veía el mundo a través de ellos, de sus ojos de videntes; pensaba a la zaga de las sugerencias de sus pensamientos; me eran necesarios como el pan, como el cielo, como el agua, como todas las cosas bellas, puras, óptimas, que no cuestan nada y sin las cuales no se vive. Les amaba, en fin, más de lo que se puede amar a una mujer, porque en la mujer hay un rostro solo y una sola alma» y ellos me daban diez, mil almas; un alma para la alegría y otra para el dolor, una para la superación y otra para la santificación. Les amaba perdidamente, desmedidamente, inmoderadamente. ¿No he dicho pues, que siempre he buscado la grandeza, que quise siempre —pequeño, vil o loco, lo que fuese— ser grande, hacerme grande? Solamente con ellos, con los genios, con los grandes, podía hallar y sentir aquella ansia que me llevaba hacia las alturas, por encima de la manada bestial de las llanuras. Ellos me daban ese alimento que *solum* es mío; daban razón a mi instinto, me sacudían desde los ojos muertos de los retratos cuando oprimía con fuerza mi negra pluma entre los dedos secos y seguía sobre el papel, con mi desbandada escritura, la trabazón de una idea o el discurso de un fantasma.

Y los sentía tan cerca que los creía todos míos; y tan vivos en el espíritu, que no pensaba estuviesen muertos, y si recordaba que sus cuerpos eran ya polvo y ceniza y que sus voces se habían callado para siempre, sentía el pesar de haberles perdido demasiado pronto, de no haber nacido antes, de no haberles conocido. Nunca como en esos momentos he experimentado el odio contra la muerte. Y no he amado a ningún vivo que hablase, tanto como a aquellos cadáveres célebres, sepultados bajo los mármoles y los siglos. Algunas veces me parecía tenerles cerca de mí, en mi estancia, o encontrarles por los caminos más queridos, a lo largo de los ríos rumorosos o de las tapias agrietadas y he intentado hablarles y decirles toda mi pasión de solitario enamorado. Pero ellos me miraban en silencio y desaparecían si me acercaba.

Los libros donde por primera vez conocí sus amores, sus pensamientos y desdenes, los tengo presentes en los colores, en las formas, en el diseño de los caracteres de imprenta, y hasta por las manchas y dobleces de las páginas no los olvidaré jamás. ¡Qué tienen que ver las reliquias sentimentales de los amores terminados! Esas son verdaderamente las reliquias, las memorias de mi vida más bellas: Volúmenes baratos mal impresos y sin corregir; ediciones estereotípicas económicas; libruchos comprados de segunda mano, todos marcados con tinta y con lápiz desencuadrados y rotos; sólidos volúmenes cubiertos en piel y guardados aparte como cosas santas.

Y recuerdo también los lugares y los momentos, en que me embebí de ellos y los sentí más próximos y míos y se me aparecieron en la luz más encendida y aguda. Dante está unido en mi memoria a las estivales auroras transcurridas sobre un desconchado banquillo de piedra, en la altura, junto al sordo fluir de una fuente de una pila de agua turbia. A Shakespeare lo he leído las primeras veces, de noche, en invierno, en una habitación helada, incómoda y casi sin luz; a Baudelaire lo he comprendido en las avenidas más autumnales y desiertas de las Cascine, cuando el Arno enrojecía su plata para la fiesta del crepúsculo; Shelley me recuerda un sendero en medio de un bosque primaveral, lleno de acacias y de olmos donde he cantado en voz alta las más dolorosas invectivas del Prometeo; Taine me reconduce a la sala inmensa de la biblioteca, bajo la fría luz de los

ventanales polvorientos, atravesados de vez en cuando por un vuelo de palomas blancas; me he engolfado en el único stirneriano, sobre el lomo de ladrillo de un sagrario, blando de hierba y oloroso a incienso desvaído, junto a una iglesia que había en lo alto de una colina, bajo la sombra ventilada de un tilo frondoso; y he declamado los versículos de Zaratustra detrás de un muro de piedras hecho por mí contra el viento, junto a la cabaña de un pastor, en las cumbres herbosas y solitarias del Pratomagno.

Pero no fueron estos únicamente los compañeros de las vigilias de encierro, de los paseos meditabundos y de los magníficos descansos entre los árboles y bajo el cielo. No me olvido de vosotros, amados verdaderos de mis dieciocho, veinte y veinticinco años; uno a uno pasáis ante mí y recordáis a mi corazón una fecha, un paisaje, un verso, un pensamiento. Con todos vosotros tengo una deuda pendiente, una deuda que yo pago ahora, poco a poco, esforzándome en comunicar a los demás alguna chispa de este espíritu mío que habéis nutrido y resucitado.

Os soy deudor a vosotros, especialmente, poetas, que me llevasteis como Satanás, a las cumbres de las montañas y me dijisteis al oído: Mira: toda esta riqueza, frescura y belleza, puede ser tuya con tal que tú la veas y la comprendas. Y a ti, padre Dante, debo el afán de los paraísos y el gesto violento y plebeyo de los desdenes magnánimos; a ti, Leopardi, hermano, la voluptuosidad del dolor sin refugios y la nítida y despiadada visión de las ridículas infamias de los hombres; a ti, Shelley, corazón de corazones, anegado como un Dios en mar, la animación patética de la naturaleza, los refinamientos suntuosos de un mundo dorado, la piedad por los titanes en derrota; a ti, fraterno Baudelaire, el perverso e inolvidable gusto de las maldiciones y los abismos sin salida y sin cielo de la miserable vida de la carne y la estática transfiguración de la bajeza cotidiana; a ti, Heine, la risa sonora de la tristeza que no quiere hacerse ver y el jocundo desventramiento de los títeres de las varias mitologías; a ti, Walt Whitman de mi primera adolescencia, el amplio respiro del mar, de las multitudes, de la vida de los hombres, del abrazo conmovido y generoso de todo ser y de todo pueblo; a ti, Carducci de Maremma, los zarpazos de león que no descansa y el deseo de los torbellinos huracanados, de las revoluciones intransigentes, de las dianas combativas y de la grandeza de Italia. ¿Y puedo decir lo que debo a

Shakespeare, lo que a Goethe? ¿Fueron solamente poetas, autores de dramas, de tragedias, de misterios? ¿No me introdujeron acaso en universos inéditos, en escenarios más ilimitados, entre ideas hechas carne, coloquios de héroe, maravillas de islas felices, y no aprendí de ellos que la vida es sueño y que el sueño es realidad, y que los pensamientos más graves, más temerarios, más iluminatorios, no se encuentran en los libros de los filósofos? ¿No hablé más de una vez con el pálido Hamlet y no busqué la verdadera vida con el doctor Fausto? ¿No fueron, el uno y el otro, partes vivas y familiares de mi persona?

Se encontraron quizás Don Quijote y el Idiota, y alguna vez Julien Sorel y Peer Gynt, y frecuentemente el doctor Teufelsdröck en compañía de Dídimo Chierico y de Filippo Ottonierie. Son ellos los que me han hecho, los que me sostienen, los que me dictan. En Cervantes he adquirido la santa locura del ideal y el desprecio por la vulgar salud de los Sanchos; en Dostoievsky la santa locura del amor por los desgraciados y el funesto encanto de las tragedias interiores; en Stendhal, el estoicismo del hombre que ve lúcidamente las cosas del mundo, la inclinación, la investigación y la defensa de sí mismo; en Carlyle el descubrimiento del espíritu bajo el símbolo y el hábito, y el haber vuelto a encontrar la afirmación en la negación; en los dos hermanos italianos la melancólica argucia contemplativa que a duras penas refrena el llanto.

¿Pero por qué no recuerdo, antes que a los demás, a Poe, que me desvió hacia las complicaciones de los espantos; y a Novalis, que me sedujo con el misticismo de la potencia? ¿Y los filósofos? Platón: jóvenes bellos, viejos sutiles, mitos y sofismas, banquetes y pórticos cerca del mar. Berkeley: Hylas y Filonous, que destruyen ideas generales y materia en la calígne matutina de un parque inglés. Schopenhauer: descubrimiento del pensamiento y del dolor, de la voluntad y de la renuncia. Nietzsche: sol y destrucción; montañas nobles y blancas y la danza sonriente del genio liberado. Stirner: anarquía dialéctica, soledad atroz, egoísmo evangelizante y elocuente rebelión extremista del tímido. Pero sobre todo amé entre los que piensan, a los destructores de las costumbres, a los concedores desprejuiciados de los hombres, a los desilusionados heroicos y tranquilos; a los que rasguñan los frescos del idealismo para hacer ver los agujeros del

encalado, y deshacen el velo de plata para que el ordinario plomo sea pagado en su verdadero valor. A los razonadores rigurosos; a los sin ideales; a los aduaneros intelectuales de la humanidad. Especialmente a los franceses: el sabio balanceo de Montaigne: el relampagueante volcanizar de Diderot; el esquematismo límpido y animado de Taine y hasta el brioso escepticismo de Voltaire, el politeísmo moral de Brevoster (sic) y el unísono naturalista de Remy de Gourmont.

Este era mi mundo, mi verdadera patria y sociedad de hermanos. En esta divina ciudad del alma, hacían de fondo las montañas de Leonardo; de monumentos, los héroes de Miguel Ángel, tristes hasta en la victoria; y de machos, las luces y las tinieblas de Rembrandt. Y se oían de vez en cuando las cadencias solemnes de las sonatas de Bach y los tiempos más apasionados de las sinfonías de Beethoven y los motivos heroicos de los coros de Wagner. Únicamente entre aquellos pensamientos, aquellas imágenes y aquellos sonidos, sentía el mundo digno de mí.

XX

Los pequeños vivos

Pero más fuerte que el amor por los grandes muertos era en mí el desprecio por los pequeños vivos. Por todos: por los que conocía y por los que no había visto nunca; por los que me denigraban y por los que me aclamaban; por los que me venían al encuentro y por los que me huían.

—Ningún hombre —a excepción de tres o cuatro compañeros de odios y aventuras— me parecía mi igual. Ninguno me parecía digno de juzgarme ni tampoco de tenerle a mi lado. Creía seriamente en ser el único espíritu sin prejuicios ni anteojeras; sin falsedades, tonterías ni bestialidades, en la cabeza; el único capaz de descubrir los engaños y arrojar a los usurpadores; de despoblar al Wallhalla entero de los viejos dioses y de los idiotas modernos; de despojar a toda cosa, a toda idea, de los rufianescos velos de las costumbres y de los convencionalismos; de librar la humanidad de todas las oprobiosas servidumbres mentales que la entorpecen. Quería librar (es decir, según mi idea, ayudar) a los mismos que despreciaba precisamente porque no eran libres y precisamente porque eran despreciables quería liberarles. Quería elevarles hasta mí y no inclinarme hasta ellos. Para hacerles hombres, les hacía comprender que eran bestias; para demostrarles mi amor, les castigaba. Si me inclinaba, era solamente para zurrarles, para divertirme. Quería hacerles dignos de mí, de mi tipo ideal de humanidad enteramente libre, toda espíritu, completamente incrédula de toda fe. Como maestro grosero, no intentaba fascinarlos con música dulzuras, sino que

deseaba despertarles, sacudirles, excitarles. En ese tiempo había podido adoptar por lema de mi vida el verso de Petrarca:

Solo porque despierten otros vine

Pero no quería despertarles por las buenas y con caricias: contra la pared, para que con la ira y la vergüenza de tan rudo despertar tuviesen un arranque de energía, un gesto desdeñoso de virilidad. Me comportaba con los hombres como los domadores con las fieras medio atontadas y soñolientas de los zoológicos. Les punzaba, les quemaba y azotaba: les punzaba con los más feroces sarcasmos que pudiese encontrar; les quemaba con palabras duras y desagradables y con las acusaciones despiadadamente sinceras; les azotaba mostrándoles cuán cobardes eran en la vida, humildes en los deseos, primitivos en las ideas, ignorantes de todo y absolutamente incapaces de comprender a fondo y de razonar a derechas.

Ninguno escapaba a mis rápidas ofensivas. Si no había discusión, yo la hacía nacer a propósito, para improvisar dilemas y dar cintarazos sin compasión; si la disputa estaba ya comenzada, la torcía y desviaba de modo que quedase yo solo lanzando silogismos e improperios contra todos los demás; si un tímido llegaba, le obligaba a hablar para cogerle en falta y ridiculizarle; si me enfrentaba con un charlatán atrevido, experimentaba un placer indescriptible en repeler su osadía y reducirlo al silencio.

Si había que decirle a alguien una mala verdad en la cara, era el primero y el único en decírselo sin vueltas ni circunloquios; si me daba cuenta de un defecto, de una falta, de una debilidad, no lo echaba en saco roto para utilizarlo como motivo de acusación o blanco de ataque; cuando había que quitarse de encima un aburrido, un fastidioso, un pedante o un imbécil, los amigos recurrían a mí y raro era que este no se fuese para siempre, confuso y avergonzado. Bastaba que yo supiese cuál era la tara más escondida de un hombre, para que precisamente sobre ella yo hiciese girar la conversación, acusándole sin cumplidos *coram populo*; y apenas adivinaba el más vulnerable y desagradable punto de una conciencia, no esperaba más para decirlo y tocar aquel asunto. De una frase inocente, dicha sin pensar, era capaz de sacar las más impensadas consecuencias, las valuaciones

implícitas, las afirmaciones ocultas y sobre estas insistía y latía hasta que el infeliz pedía gracia o escapaba. Pocas palabras me bastaban para reconstruir la psicología de un hombre, y cuando la había reconstruido, se la ponía delante para que se viese como en un espejo y enrojeciese de vergüenza.

Todo me servía en esta guerrilla cotidiana contra todos: las citas eruditas, la idea nueva, el nombre de una autoridad desconocida, el argumento *ad hominem*, la descomposición dialéctica, el examen de la palabra, la contradicción cogida al vuelo, la chanza, la argucia, el espíritu, la burla, la mirada de compasión, la sonrisa humorística, el guiño, la carcajada, la injuria. Con tal de hacer sentir sobre los hombros de esos idiotas indecentes la superioridad de mi talento y de mi doctrina, toda arma, cualquier gesto, eran buenos. Y si las víctimas no venían a mí, iba yo a buscarlas y poco a poco trataba de conocer gentes nuevas para tener donde elegir almas viles.

En poco tiempo me hice una fama de terrible y de sobrador que me gustaba; fui mirado como un loco grosero y como el apóstol de la franqueza; como un sinvergüenza del que había que huir y como un héroe de la sinceridad. Muchos, los más viles, se apartaron de mí como de unapestado; algunos, más dignos, me buscaron, resistieron y reforzaron mi amistad. Pues este mi modo de proceder, no era solamente un desahogo necesario de mis instintos pendencieros y guerreros y un resultado natural de mi ilimitada soberbia, sino también un método para probar a los hombres, un cernedor para escoger los mejores y más fuertes. Quien tomaba a mal mis palabras, se marchaba y eso era lo que yo quería. Otros me odiaban y también era lo que quería, porque siempre he tenido más necesidad de enemigos que de amigos. Algunos me estimaban, atraídos por mi misma violencia; soportaban de buena gana los regaños y los insultos porque comprendían que con frecuencia decía la verdad, y que la verdad dicha así, crudamente, podía ayudar mucho más a las almas ajenas que a mis propios intereses. Me he conquistado algunos amigos a fuerza de palos y de malas palabras. Estos pocos, más agudos que los demás, se daban cuenta de todo el amor que había bajo mi desprecio, y sabían que bajo mi gorgonesca armadura de asaltante, había un pobre poeta sentimental mucho más capaz de amistad que los jovenzuelos y peripuestos.

Tanto más cuanto que no siempre mi actitud era la de un asesino o la de un pistolero. Me gustaba mucho, por ejemplo, turbar las conciencias con preguntas impensadas, graves, fundamentales, —con una de esas preguntas que nadie hace nunca y que parecen absurdas e inútiles, de esas preguntas que nadie osa dirigirse ni siquiera a sí mismo y que, sin embargo ponen en duda las más habituales ideas del mundo, todos los valores, toda la vida. Quería obligar a los demás, a reflexionar, a pensar, a examinar de nuevo la propia alma, su futuro, sus ideales, quería empujar a cada uno dentro de sí, allí donde no se desciende de buena gana, y poner a cada cual cara a cara con sí mismo, para que se vea, para tomar otra senda, para acelerar el paso, para no olvidar—, si todavía había tiempo. Muchos me deben un despertar de conciencia, una crisis de abatimiento que les ha vuelto a hacer hombres y les ha puesto en el camino con fuerzas nuevas. Entre estos eternos y perezosos durmientes que son los hombres, es necesario que alguien tenga el coraje de lanzar el ¡quién va! De la escolta, de tocar diana antes del alba y dar un restregón a los coloretos que pintarrajeaban el rostro para que cada cual vea con espanto su fealdad y su vejez. ¡El que no tenga la fuerza de mirarse la cara, caracterícese de nuevo y recite la parte del caballero aunque sea un canalla, y el papel del genio aunque sea un cretino! ¡No me importa: he cumplido con mi deber!

Odiadme y maldecidme y apartaos cuando paso. No se reforman los hombres con emplastos y con la homeopatía. Se necesitan curas radicales y feroces. Es menester cortar donde hay que cortar; quemar donde hay purulencia y sacar del blando nido de las costumbres al que no conoce la fresca furia del viento y la saludable gelidez de la nieve sino a través de los vidrios de su casa. Y si el aire os corta la respiración y os sofoca, tanto peor para vosotros y tanto mejor para los sepultureros.

Yo no me arrepiento de haber sido demasiado franco y sedicioso. No sé ayudar sino atormentando; no puedo amar sino despreciando.

XXI

Yo y el amor

Han pasado los veinte años: la juventud rebosa ya en su pleno vigor; la vida más verdadera, en contacto con la humanidad concreta, ha comenzado ya y no se basta a sí misma, antes bien, muestra deseos de querer volcarse y expandirse sobre los demás, sobre todos —y de amor no se habla. ¿Cómo es eso?

Sin embargo, esta edad es la primavera clásica de los idilios románticos que hace florecer y estallar hasta los corazones más tímidos: este es el pagano estío de todos los sentidos, el hercúleo julio de la lujuria irrefrenable en que cada mirada es un deseo de placer, en que todas las manos buscan un bello cuerpo para acariciar, y en que los besos son cálidos, como de fiebre, en labios que no saben, no quieren, no pueden separarse. Esta es la estación de los amores en el año breve de la vida. Este es el tiempo en que la mujer —con las trenzas largas y las faldas cortas de la prima o con los polvos de arroz de un rostro, hay de mil de treinta y cinco, entra en la vida del hombre y le planta los primeros y más resistentes recuerdos en la carne o en el corazón. De ahora en adelante el hombre ya no está solo y ya no es completamente suyo: la mujer, virgen o puta, la que sea, empieza a poseerlo y a cambiarlo.

Este, pues, sería el momento para las confidencias de los tímidos afectos, de los padecimientos sentimentales o de las pasiones furibundas. ¿Por qué no se habla, entonces, de amor?

—No, señora —solamente a las señoras, supongo, se les puede ocurrir tal pregunta—, no señora.

Renuncie por lo tanto a toda esperanza. De amor no se habla aquí ni se hablará nunca, hasta el fin. Si ha comenzado a leer esta vida de un hombre, con el deseo indiscreto de encontrarse con alguna mujer, tire lejos el libro y no vuelva a pensar en ello. Yo no escribiré de amor y no presentaré mujeres de ninguna especie.

Si este es un romance, será un romance sin amor.

Si esta es una historia, será una historia sin mujeres.

Será aburrida, manca, inverosímil; todo lo que usted quiera, mi siniestra señora, pero así será y así debe ser, y así lo quiero yo —yo, que soy el dueño de mi vida, de mi alma, de mi obra.

Y no es, cara señora, porque el amor no haya formado parte de mi vida; todo lo contrario. Y digo amor en todos los sentidos: platónico y sincero; espiritual y corporal; sentimental y sensual.

Ha habido mujeres en mi vida; no digo muchas, entendámonos, porque no he sido ni podía ser un Tenorio, pero las ha habido, y eran mujeres hechas y verdaderas, mujeres de carne y de nervios, como las que se admiran en los grandes romances y se desean en la vida.

Eran señoritas entusiastas y demasiado ardientes; eran, simplemente, muchachas sanas y sin ninguna mancha del literatura; eran, ¡ay de mí! Señoritas inteligentes, cultas, apasionadas y sin prejuicios; eran, y no me avergüenzo, prostitutas cínicas y melancólicas que hacían su oficio mucho más honestamente que otras... Y algunas de estas mujeres, eran bellas, y otras solamente eran graciosas. Únicamente simpáticas o únicamente interesantes. Y yo las he amado a todas, una después de otra, con el alma y con el cuerpo, o con el alma sola y con el cuerpo solo, y he hecho con ellas el ingenuo y el audaz, el tierno y el celoso, el magnánimo y el cobarde, como todos los hombres con todas las mujeres. Yo también he hecho mis patéticas declaraciones con la voz temblorosa y oprimiendo las pequeñas manos, intentando besar antes de tiempo la boca de fe cual aguardaba el lánguido sí; yo también he estado bajo las ventanas, en las montañas jóvenes de sol y en los crepúsculos malsanos, esperando la señal de una mano, el movimiento de una cortina, la aparición de una luz o de un

pañuelo; yo también he escrito centenares de cartas, líricamente, desesperadamente invocadoras y elogiosas, selladas al final con la eterna y vana palabra de los amantes: siempre; y he estrechado contra mi pecho otros pechos, y he besado más de una boca, y he hecho cerrar muchos ojos con mis caricias; y cada calle a trasmano me recuerda un nombre, una flor, una palabra —un nombre que ahora no digo más; una flor seca y marchita dentro de un libro puesto aparte; una palabra que quisiera olvidar...

Sí, mi querida señora. Yo también he estado enamorado y algunas mujeres han estado —supongo— enamoradas de mí. Y yo las he hecho gozar y sufrir como los demás hombres, y he conocido también yo las fiebres del deseo, las angustias de la incertidumbre, los tormentos de la duda, las tristezas de la espera, el abatimiento de los celos y la divina inconsciencia del abrazo violento cuando parece que las dos almas quieren escaparse de los cuerpos anudados para formar una sola.

Si no quiero hablar de amor no es porque no lo haya probado en todos los grados y estilos. Yo también tengo un alma, gentil señora, y tengo un corazón lleno de sangre, y no fui siempre insensible, ni nací impotente, ni me he castrado nunca. Conocí, joven apenas, las ansias de los amores castos; perdí ya grande, regularmente, como todos, mi virginidad; atravesé los amores ilícitos, las pasiones prohibidas y los noviazgos aprobados y he terminado (¡también yo!) en el seno de las alegrías legítimas del santo matrimonio. Y usted podría decirme, no sin cierta razón: «¿Qué más te falta?»...

¡Si supiese, señora mía, lo que me ha faltado! Me ha faltado solamente esto: la mujer ideal; la mujer que de veras toma el alma y la cambia.

Me ha faltado, en fin, la mujer que pueda hallar puesto en la historia espiritual de un espíritu, en el romance cerebral de un cerebro. «El eterno femenino nos lleva hacia la altura». Así será: hoy no tengo ganas de meterme con Wolfgang Goethe. Pero debo confesar, por cuenta mía, que el eterno femenino no me ha llevado ni hacia la altura ni hacia el llano, ni arriba ni abajo —nunca.

La mujer no se me ha aparecido ni como Beatriz que le toma a uno de la mano y le despierta de los sueños materiales para conducirlo a las maravillas celestes, ni como la Circe, que los hombres nacidos para las

virtudes y el conocimiento, transforma en cerdos gruñidores en los opulentos y ricos jardines llenos de sombras y de bellotas.

Las mujeres no me han corrompido, pero tampoco me han purificado. Han estado a un lado, huéspedes agradables o importunos en los momentos de reposo; tentativas de consuelo en los tiempos de náusea; vehículos deseados de alegría o de padecimiento; compañías queridas y afectuosas de mi pobre existencia; intermedios de voluptuosidad o de furor en mi dura vida de trabajador insatisfecho; admiradoras exageradas e injustas de mi obra, pero no, si debo ser groseramente sincero, guías, alentadoras o inspiradoras.

Me han quitado, me han pedido —y yo las he dado un poco de vida, de mi juventud, de mi tiempo, de mis ilusiones, de mis pensamientos— pero de ellas nunca he recibido nada. La historia interna de mi alma no se ha enriquecido ni cambiado merced a su presencia.

No me lamento; todo lo contrario. He dado porque podía dar, y me ha quedado lo suficiente —la mayor parte— para mí. Y a ellas nunca las he pedido nada para mi espíritu— y nada podían darme. Sé muy bien que la mujer es por su esencia y necesidad, una parásita, una aprovechadora, una ladrona. Yo la he aceptado tal como es, y la he tomado tal como está hecha, y me he dejado robar y he pagado puntualmente mis tributos.

En la cuenta de las alegrías y de los sufrimientos estamos iguales: si he gozado, he hecho gozar; si he hecho sufrir, también yo he sufrido. Por lo demás, ni pido nada, y lo que he dado, bien dado está. Pero por lo que sé, veo y recuerdo, a mí no me han dado nunca nada, absolutamente nada, ni una idea, ni un poco de fuerza, ni mucho menos un impulso hacia las divinas alturas a las cuales siempre ha querido llegar este inquieto espíritu mío.

¿Es que tales cosas no deben pedirse a las mujeres? Puede ser: yo también estoy por esta opinión. Pero entonces tengo pleno derecho de no hablar aquí de ellas, escribiendo tan solo del alma de un hombre y no ya del hombre entero.

¿O es que la culpa fue mía por no haber sabido encontrar o comprender a la Beatriz que podía elevarme a los cielos? Es posible, muy posible, y si fuese cierto, me arrepentiría de ello más que todos mis pecados, porque

debe ser verdaderamente una portentosa maravilla esta sublimadora de hombres ya sublimes por propio destino.

En fin, no la haya encontrado o no la haya comprendido, ella no ha descendido a guiarme y por lo tanto nada puedo decir:

He aquí explicadas en pocas palabras, —cara e impaciente señora—, las razones de mi silencio sobre un argumento que tanto le interesa. Comprendo demasiado bien que los motivos del silencio son más ofensivos que el silencio mismo, pero ¿cómo quiere que yo lo remedie?

Si yo supiese fingir y decir mentiras, habría podido revolotear sobre este particular, o habría podido contentarla entremezclando acá y allá de amorosos recuerdos esta desnuda narración de acontecimientos interiores. Pero es completamente inútil que lo intente; no lo consigo. No puedo escribir lo que no siento y ceder un puesto a lo que no fue.

Sin embargo, no quiero enemistarme irremediabilmente para con usted —y con todas las mujeres que por casualidad, quieran escucharme. Yo quiero dar aquí un ejemplo— un pequeño ejemplo, un mínimo ejemplo—, de lo que podrían ser mis reminiscencias sentimentales. Se trata de un recuerdo muy lejano; del primer recuerdo de amor con que cuento en mi vida.

¡Noche de un agosto remoto! Bajábamos juntos por la colina, después de una de las acostumbradas comidas en las afueras con toda la parentela. Había logrado quedarme atrás con ella, con la niña más pequeña, más abandonada, más triste, más semejante a mí.

La luna blanca sobre el polvo blanco del camino, sobre los caseríos blancos, sobre los olivos blanquecinos que asomaban por encima de los muros recién pintados con la cal blanca, prestaba una iluminación de ensueño un poco teatral a aquella hora.

Trataba de caminar por entre las sombras y cuando estábamos por llegar a la luz, mi mano, largamente hesitante, buscaba la suya, y enseguida la dejaba con el sentimiento de haber cometido un no sé qué de obscuro.

Mi corazón latía demasiado fuerte por aquella edad, y el canto insistente y patético de los grillos perdidos en los campos, casi me enternecía. E imaginábame las cabecitas negras con las antenas tensas, apenas fuera de los agujeros terrosos, junto a la hierba ya refrescada por la noche, y me

parecía que su verso isócrono era una pregunta vanamente repetida de amor y de felicidad.

También yo tenía necesidad, desde entonces, de un poco de felicidad. Y aquella noche, por fin, tenía el valor de decirle a ella lo que pensaba desde hacía tantos meses; el secreto de mis noches maníacas se desgranaba poco a poco, en frases breves e interrumpidas, bajo la blancura inolvidable de aquella luna de agosto. Ella me escuchaba, con el semblante blanco y tranquilo bajo las anchas alas del sombrero de paja. Me escuchaba como atolondrada, y de vez en cuando decía que sí, siempre que sí sin agregar otra palabra.

Ya coloreaba conmovido los particulares de mi quimera filistea: «Cuando apenas fuéramos grandes, nos casaríamos. Iríamos a vivir en una casa pequeña, toda para nosotros, en el campo, pero cerca de la ciudad. Necesitábamos un huerto, un jardín un poco grande, con muchas flores y un estanque en el centro con peces rojos y rositas amarillas entre los hierros de la verja. Pondríamos una buena sala, con el reloj pegado a la pared, y su buen péndulo reluciente de metal; una mesa redonda con tapete rojo floreado y los retratos de los papás y de las mamás en sus marcos negros fileteados de oro. Tendríamos muchos animales; un hermoso gato blanco con collarín celeste; palomas en el tejado; tres o cuatro gallinas para los huevos; un canario y un pinzón enjaulados para oírles cantar; un perro muy grande para que nos sirviera de guardia, y quizá una mona pequeña como la que tiene el pajarero a la entrada de su tienda... Y estaríamos juntos todo el día, divirtiéndonos y queriéndonos bien...».

Ella seguía diciendo que sí, siempre que sí. Para ella todo era natural, simple, fácil. Que hubiésemos de estar juntos toda la vida, nosotros dos — ¡precisamente nosotros dos!— no la asombraba lo más mínimo.

Yo veía nuestra vida futura como conquista fatigosa, ideal lejano, esfuerzo largo, hazaña seria. Ella no. Parecía como si oyese un cencerro, un cencerro ruidoso —un juego nuevo, inventado por mí: el juego del matrimonio, el juego de la vida. Estaba, sí, un poco meditativa, pero su rostro paliducho de niña poco acariciada, era plácido y tranquilo. No me comprendía. No nos comprendíamos. Me decía que sí porque no comprendía. ¡Y decir que mi sueño era tan atrozmente mezquino, tan

infantil, tan burgués! ¡Y yo, no sé por qué, quedé más triste que si hubiese dicho que no. Y nunca más la volví a decir nada.

Aquel fue mi primer encuentro con el alma de la mujer. Los otros fueron muy diferentes, —pero sin embargo...

Y ahora no volveré a hablar más de amor en este relato —ni siquiera una vez. Puede usted, querida señora, cerrar el libro y tirarlo. Y despreciarme profundamente— con plena conciencia.

Solenne

Yo pregunto:
¿quién es el que ha llegado más adelante?
¡Porque yo quiero llegar más adelante todavía!

WALT WHITMANN

XXII

La misión

Cuando hube conquistado con la actividad caprichosa y temeraria de tres a cuatro años, lo que para uno cualquiera (para muchos) hubiera significado un arribo y una victoria —tener un nombre, ser leído, discutido, seguido, temido— sentí más profundamente que antes un vacío vergonzoso en mí mismo.

¿Pero cómo? ¿Está todo aquí? ¿Este únicamente es el fin último de mis días y de mis noches de fatiga, la conclusión de mis esfuerzos tentaculares hacia una luz menos terrestre, el único y definitivo final de toda una juventud, de todos los ardores y furores de una juventud concentrada y comprimida durante largos años, llameantes a ratos como un fuego de júbilo sobre la montaña? ¿Solamente este? ¿Nada más que este? Ver impreso el propio nombre; repetidas las propias palabras; reproducido el propio rostro; puestas en la plaza las ideas más caras; arrojadas como pasto a los «cualquiera» las más celosas confesiones y los más inoportunos entusiasmos. ¿Y después? Tener alrededor unos cuantos monos que te imitan los gestos y algún papagayo que tartamudea tres frases; ver libros con tu nombre en la cubierta, artículos con tu firma al final; oír que se habla de ti y no se te comprende o se te desprecia o envidia sin que sepan siquiera molestarte. Convertirse en un autor; un autor conocido, tal vez valorado, buscado por los directores de los diarios, deseado por los editores;

perseguido por los gacetilleros de oficio; traducido a otras lenguas; candidato a la honesta celebridad de los cuarenta años.

¿Pero después? Empezaba a obtener todo esto y sentía que no me bastaba, que no me bastaría jamás. ¿Qué me importaba ser o llegar a ser un filósofo «brillante», un escritor «muy conocido en el mundo literario», un fabricante, un mercader más o menos afortunado de palabras y de pensamientos? ¿Dónde iba a parar? Se necesitaba poco para saberlo. Aun mirando a lo alto, con toda la locura permitida a los mediocres, no había más que esto: ser impreso por Treves, enseñar en la universidad, formar parte de una academia, obtener (viejo, decente, imbecilizado ya) el premio Nobel...

¡Pero de ningún modo! Sentía haber nacido para otras cosas, para desear otros fines. No era ambición la mía; no era vanidad, sino orgullo, orgullo bueno, orgullo diabólico, orgullo divino. Quería ser verdaderamente grande, épico, desmesurado: quería realizar algo gigantesco, inaudito, que cambiase la faz de la tierra y el corazón de los hombres.

De lo contrario, nada. Era mejor marchitarse en el ocio cretino de una subprefectura o bestializarse en el trabajo manual o —lo mejor de todo— ahogar los sueños fracasados y el peso del cuerpo en el agua amarilla del Arno.

Necesidad, antigua y continua de ser jefe, guía, centro: pero especialmente inestable en aquel tiempo de ascensiones y de deseos animosos.

Confieso: no me importa mucho el porqué, pero quería que los ojos de todos se volvieran hacia mí —¡al menos un momento!— y que las bocas de todos hubiesen repetido ¡mi nombre!

Fundador de escuela, iniciador de secta, profeta religioso, descubridor de teorías o de ingenios admirables, capitán de un partido nuevo, redentor de almas, autor de un libro de cien ediciones, maestro de cenáculo: cualquier cosa, pero el primero, el más célebre, el más grande en cualquier cosa.

Ser uno de esos que dan el nombre a una idea, a una muchedumbre de hombres que revelan una verdad nueva, imprevista, original; uno de esos a quien todos deben conocer y juzgar; un parágrafo en las historias y que

tienen su dominio propio, su campo aparte, su bandera reconocida. No me importaba el porqué, no me importaba el cómo —pero no quería quedarme a un lado, en segunda o tercera fila, entre las personas sencillamente interesantes, sencillamente curiosas, cultas e inteligentes. Hacer una tontería, hacer una locura— ¡pero ser el inventor de esta tontería, el héroe de esa locura!

Al principio me propuse la acción que a los poco profundos les parece más acción: la política. El socialismo iba ya declinando, pero no obstante era el máximo movimiento humano de mi país en aquella época, y yo, el hombre de la negación y de la contracorriente, me coloqué contra el socialismo.

Y fui socialista —¡socialista al revés! Acepté la lucha de clases. Pero que fuese verdadera lucha, guerra en términos verídicos, no ya agresión del hambriento enardecido (el pueblo) contra el patrono tembloroso y transigente. Lucha de clases; es decir, defensa de la clase que ha hecho y que ha vencido, contra la clase que quiere hacerla abdicar antes de tiempo. Defensa burguesa; poca piedad, política de hierro—; y todas las ideas asociadas: expansiones, (o sea nacionalismo —ejército y marina). Fui jefe de redacción del primer periódico nacionalista italiano: pronuncié un discurso para señalar el programa de un nuevo partido nacional. Me tropecé todas las semanas con los popularistas; me lancé a la polémica; mordí las glorias demagógicas, destripé las ideologías revolucionarias; quise devolver dignidad y coraje a quien solo atinaba a ceder. Queríamos que Italia fuese grande en el presente, incluso con las conquistas. Pensábamos en África, pedíamos acorazados y tratábamos de reavivar el poco espíritu imperial que pudiera haber todavía en Italia después de las derrotas de Abisinia.

Pero de este imperialismo colonial y militar, rápido pasé por mi cuenta a mi nacionalismo espiritual. Italia me parecía un país sin vida, sin unidad ideal, sin un fin común. Todo mortecino, todo sin eco. Cada cual para sí y un poco de camorra para todos. Me pregunté cuál era en aquel momento, el oficio, la misión de Italia en el mundo. Y no supe responderme. Entonces comencé, con mazziniana intempestividad, mi *Campaña por el obligado despertar*. Débiles llamamientos, (artículos, opúsculos, cartas) en un mundo rumoroso y distraído. Quería que mi país hiciese algo suyo, que

representase algo suyo entre los demás pueblos. Quería que los italianos, arrojada la retórica de los pasados resurgimientos, se propusiesen una gran finalidad común, un fin realmente nacional. Después de 1860 no había habido un sentimiento, un pensamiento único, italiano. Era tiempo de ponerse en camino. Una nación que no siente en sí la pasión mesiánica, está destinada a deshacerse.

¿Pero cuál podía ser esta meta nacional? Yo mismo no estaba bien seguro. Gritaba y llamaba y luego interrogaba a los mismos que habían acudido a mis reclamos. Decía: la preparación del dominio espiritual de las cosas. En Italia el espíritu había sido siempre privilegiado: en este país debía comenzar el reino definitivo del espíritu.

¿Pero podía ser este un lazo nacional? Bien pronto me di cuenta de que no. Este problema del señorío absoluto de la voluntad trascendía cada vez más al fanático patriotismo. Era necesario dirigirse a todos los hombres y trabajar para todos. No más los intereses físicos de un puñado de tierra, sin los intereses espirituales de toda la humanidad.

Creía con toda la fuerza de mi alma tener una misión en el mundo, — una misión mía una gran misión. Me parecía todos los días que yo era llamado a hacer lo que otros no hacían, ser yo llamado a transformar de punta a cabo hombres y cosas, a desviar el pacífico curso de la historia.

¿Quién me llamaba? No lo sabía, no lo sé. No creía en Dios y, empero, en ciertos momentos, me sentía como un Cristo que a toda costa debía prepararse para otra redención; no creía en la providencia, y sin embargo me veía en el futuro como el mesías y el Salvador de las gentes. Eran voces interiores; eran voces subterráneas que parecían subir de otro hemisferio, de otra tierra. Imaginábame que esta vida nuestra era ya otra vida y que esta tierra era cielo paja otros que gemían abajo, no muertos todavía allí abajo, no nacidos aún aquí arriba y pensaba yo que me llamarían para que les salvase, para que les levantase hasta mí y les hiciera partícipes de nuestras alegrías más divinas, de nuestras verdades más ciertas. Algunas veces mi estado de ánimo se asemejaba al de un Dios que oyera a una multitud dolorosa implorar a sus pies invocando felicidad y liberación, muerte y redención. Y me conmovía como nunca me había sucedido leyendo a

Marcos, a Laura (sic), a Mateo y a Juan, y una vez lloré sobre una simple y desnuda vida de Mazzini.

Me sentía misteriosamente empujado a hacer algo por los hombres — por todos. Me parecía haberlo prometido ya antes y que había llegado la hora improrrogable de cumplimiento. Me había hecho a mí mismo: debía hacer a los demás. Había destruido: debía reconstruir. Había despreciado la realidad: debía cambiarla y purificarla. Había odiado a los hombres: debía amarles, sacrificarme por ellos, hacerles semejantes a Dios.

De otra suerte: ¿de qué aprovecha el haber venido a la tierra? ¿De qué sirve haber renegado crudamente del pasado? O rehacerlo todo y empezarlo todo y sublimarlo todo con un esfuerzo colosal de amor y de voluntad, hasta hacerle habitable, cansado de ver, de comentar, de juzgar lo que otros hacia a todo (?) —desde las alegrías instintivas de la vegetación a las satisfacciones de una regular celeridad europea y americana. Volvía en mí, también para la acción, el peligroso dilema infantil: o todo o nada.

El saber solamente, no me bastaba ya: quería obrar. No me contentaba plenamente el escribir: quería grabar mis voluntades en las cosas y en las almas. Quería salir de esta contemplación sin fin; de este batallar de palabras y de conceptos muertos: de estos fuegos artificiales de ideologías efímeras, de cohetes paradójales y de girándulas fantásticas. Estaba cansado de ver, de comentar, de juzgar lo que otros hacen; de criticar y deshacer solamente. El mundo puramente cerebral, verbal y papelístico en que me debatía, se me aparecía árido y sin esperanza. Érame preciso salir de él para alguna empresa más vasta, más fecunda, más concreta.

Pero no ya para sumirme en la vida primordial y animal de todos, en los asuntos habituales, en los quehaceres ordinarios, en la acción que es simplemente lucha por el pan, por el lecho, por el dinero, por la mujer o por la autoridad. Quería obrar, pero no obrar humanamente —como los demás, como todos. Muy otra cosa había que hacer, pero nadie pensaba en ello.

Vivir, sí, pero no la vida de costumbres y siempre igual; obrar, sí, pero no para los antiguos fines. Mi paso sobre la tierra debía dejar una huella más profunda que la de una revolución o la de un cataclismo. Quería, en suma, que *comenzase conmigo, por obra mía, una nueva etapa de la historia de los hombres*. Inaugurar una nueva era, un período absolutamente

distinto, un tercer reino. El hombre había sido, en los tiempos primitivos, bestia pura, fiera vegetativa. Después había ascendido a la humanidad: había construido instrumentos; se había enseñoreado de las fuerzas de los animales, del viento y del fuego; había desatado poco a poco el pensamiento de los lazos de la pura conservación; se había sublimado e iluminado en el arte. Pero su vida estaba todavía llena de supervivientes animales; la barbarie quedaba en él bajo la indumentaria del *gentleman* y las perfecciones de la vida mecánica, los fines últimos y comunes de la vida eran los mismos de los antepasados: comer bien, gozar las mujeres más bellas, mandar a los más débiles, robar a los demás todo lo más posible. Las alegrías supremas y verdaderamente superanimales del pensamiento por el pensamiento, del pensamiento puro y desinteresado, de la contemplación y de la creación artística, eran para muy pocos, y en esos pocos reducidas frecuentemente a pocos momentos. La humanidad estaba, pues, en un estado intermedio, entre la fiera y el héroe, entre Calibán y Ariel, entre lo bestial y lo divino. Era menester arrancarla de aquella ambigüedad, de aquella contaminación. Matar, extirpar todo lo que había aún de infrahumano en el hombre para hacerlo sobrehumano —no más hombre. Acercarlo a Dios, hacer de él la verdadera divinidad, infinitamente viviente en el espíritu y para el espíritu.

¿Cuál es la parte más alta, más última, más noble y pura del hombre? El alma. Queriendo obrar sobre el hombre en sentido elevador, era necesario obrar sobre el alma. Solo en la dirección espiritual es posible esperar en un cambio radical de ruta, en una evolución total de los seres y de los valores. La parte más elevada del hombre, es la única guía hacia la altura. En la vida presente del espíritu, está ya la semilla, el principio de la futura vida divina del hombre. La contemplación del filósofo, el éxtasis del místico, la creación del poeta —todo lo que aleja de las humillantes necesidades de la conservación corporal, del asqueroso gozo de los intereses terrestres— está el espíritu. Y el espíritu es dúctil, es maleable, perfectible. Reserva en sí promesas indefinidas y sorpresas indefinidas y sorpresas inesperadas; da señales de poseer el germen de otras facultades y el primer movimiento hacia admirables desenvolvimientos. Si algo de nuevo y de grande ha de surgir en la vida del hombre, surgirá del espíritu; si queremos perfeccionar

al hombre, es preciso perfeccionarle el espíritu. Todos los valores están en él, como están también todas las razones de la vida exterior y todos los motivos de los actos. Si él cambiara, toda la vida cambiaría. Si se propusiese fines diferentes, si destruyese en sí algunas preferencias, y conquistase otras, la existencia de la humanidad se convulsionaría y se renovaría. Todas las cuestiones —nacionales, sociales, morales— son en el fondo, nada más que cuestiones de alma, cuestiones espirituales. Mudando lo interior, se muda lo exterior; renovando el alma, se renueva el mundo.

Y el mundo se iba renovando absolutamente. La vida de los hombres —lenta, pesada, atormentada, vulgar, física, infernal— me asqueaba siempre más. Deseaba que también los demás experimentasen este asco y encontrasen la fuerza para salir, para relucir, para renegar de la vida del cuerpo, de la vida tradicional, de la vida bárbara y salvaje, enmascarada malamente (y hecha más atroz) con hierro, carbón y electricidad.

Una última ascensión era indispensable. El nuevo volumen de la historia universal debía, por fin, abrirse. El hombre había sido primeramente, todo carne, —luego carne y espíritu, conjuntamente— y ahora debía ser todo espíritu, solamente espíritu. Después de la edad ferina y de la edad humana —la edad heroica, angélica y divina. Después de la época de la fuerza— la época del ingenio al servicio de la fuerza —y por último, la época del ingenio liberado, de la voluntad dominante, de la mente, señora de toda fuerza.

Guiar a los hombres hacia ese reino, anunciar esa nueva edad, realizar esa época: he aquí el deber que me impuse voluntariamente. Mi misión era doble: disgustar y alejar a los hombres de la vida presente y preparar y hacer visible la superior y sobrehumana vida que yo presentía y entreveía con la exasperada tensión de los máximos deseos.

¿Pero de qué modo? ¿Y era digno de dedicarme a tamaña empresa? ¿Estaba yo mismo tan imbuido, tan dominado por el alma para tener el derecho de despertar otras almas y de imponerlas una existencia menos desenvuelta en lo feo y en el mal?

¿Y aunque mi alma estuviese limpia, fuese virtuosa y no tuviese debilidades, tendría el intelecto suficientemente grande y animoso para inspirar a los demás, con el arte, la voluntad de la evasión necesaria de lo

cotidiano inconsciente y conducir a término la elevación de cien pueblos hacia la esfera de lo divino?

Para dar principio a mi misión debía estar seguro de mí mismo: pulirme y engrandecerme —llegar a la perfección y engrandecerme— llegar a la perfección moral y a la sublimidad intelectual: ¡transmutarme en santo y en genio!

XXIII

El perfecto

¿Pero cómo? ¿Pero no hay nadie entre nosotros que tenga el valor de venir aquí, a mi casa, a hablarme claramente en la cara y descubrirme sin compasión y sin azucaramientos qué soy yo? ¿No hay nadie que quiera decirme sin piedad, como verdadero amigo, lo que he hecho de malo, lo que no he hecho o hubiera debido hacer; mis defectos, mis vicios, mis delitos? ¿Sois todos hipócritas y cobardes como las señoras bien, de cincuenta años? ¿Tenéis miedo de que no lo diga en serio? ¿Teméis de que tome a mal lo que me digáis, y que en lugar de abrazaros y de besaros os rompa la cabeza u os ponga en la puerta?

¡Pero venid, adelante por Dios! ¿Nunca habéis visto la cara de un hombre franco que dice la verdad? ¡Yo os llamo e invoco con toda el alma, con toda la desgraciada alma mía! Tengo necesidad de saber qué cosa fea he cometido para arrepentirme de ella y descontarla —tengo necesidad de todas maneras, de conocer mis defectos, para rasurarlos, quemarlos, deshacerme de ellos una vez para siempre. ¿No habéis comprendido todavía qué es lo que me agita y me muerde noche y día?

Yo quiero hacer un alma grande —quiero convertirme en un hombre grande, un hombre puro, noble, perfecto. Sé que no debo vivir nada más que esta sola vez y quiero vivir bien. La vida de todos vosotros me disgusta. Quiero ser grande o matarme. No hay ninguna otra elección para uno como yo. Necesito estar más arriba que vosotros para elevaros todavía más. Pero,

para llegar a ser grande se precisa rehacer, atormentar, pulir, agigantar esta sola alma que nos ha sido dada no sé por quién, para estos años breves de paso o de exilio sobre la tierra. Para que el alma sea grande, hay que conocer todas sus pequeñeces— para hacerla pura hay que ver todas las suciedades—; para hacerla fuerte y animosa, todos los temores y las villanías.

¿Creéis, vosotros, que me he mirado a mí mismo? ¿Os imagináis que no he estado espiando todos los movimientos, los resplandores, los refugios, las reconditeces, los temblores y palpitaciones más ocultos de mi alma?

Sin embargo —maravillaos cuanto queráis y tratadme de mentiroso, incluso— no he encontrado nada, ¿comprendéis?, no he encontrado nada que me cause náuseas o deshonor. No he podido, en tantos años, sorprenderme un verdadero defecto, un vicio declarado —no he logrado nunca detenerme en el umbral de un acto y decir: «¡Esta es una canallada!»». No me ha sucedido ni siquiera una vez murmurar dentro de mí el remordimiento por alguna acción no cumplida o mal hecha o contraria a alguna ley de los hombres o de Dios. ¡Pero, decidme al menos una vez la verdad, en nombre de vuestras madres, decidme si es posible hallar sobre la tierra un hombre tan puro! ¿Seré, quizá un santo sin pecado, el único virtuoso, el alma sin mácula, el hombre perfecto? No lo penséis ni siquiera un momento; es imposible, la cosa más imposible entre las imposibles. ¡También yo, soy ciertamente un ser malo, sucio, bellaco, embustero, débil, falso y sin corazón! Yo también, a no dudarlo, pecho setenta y siete veces al día y tengo el alma negra y pestilente como una alcantarilla. Si no fuese así, no sería un hombre. Si no fuese así, ¿por qué sentiría hervir continuamente en todo mi yo esta voluntad enorme de ser grande, de tener un alma grande, un alma bella?

No, amigos: es inútil querer tentarme con palabritas al oído. No os creo ni os creeré jamás. Puede ser que yo sea puro y perfecto para vosotros, para esa torcida moral de holgazanes y de traidores, de vergonzantes cansados y de cerdos enmascarados. Pero, no para mí, no para mí soy puro y grande; ni para ti, ¡oh, ideal indescriptible de mi vida!, soy como quisiera ser y como debo ser para acercarme sin rubor a la muerte.

Lo que hay, es que nadie puede conocerse a sí mismo —nadie puede ver con severidad y decir con franqueza todo lo que siente piensa o hace. El astuto amor propio, la agudísima vanidad, el calculador interés, la temerosa vergüenza, la desfachatada soberbia, están siempre allí, para esconder, para velar, para cubrir, para excusar, para justificar. Debe ser por esto que yo me doy cuenta de la podredumbre que llevo en mí y creo ser el cisne de una absurda perfección.

Ahora comprenderéis por qué resisto de vosotros y por qué no puedo prescindir de vuestra severidad. Los demás ven todo lo malo que hay en un hombre: la natural malignidad humana tiene los ojos agudos y la mente pronta. Nada escapa a su maldita vigilancia. Lo que no ve, lo adivina; lo que no puede adivinar, lo sospecha. No es de hoy el hecho de que los hombres vean la paja en el ojo ajeno.

No os hagáis los inocentes. Aquí no se trata de subterfugios ni de cumplimientos, Vosotros veis ciertamente dentro de mí, os asqueáis y tal vez os horrorizáis. ¿Pero por qué no hay ninguno que me hable, al menos uno, uno solo, que venga a decírmelo todo? Os repito que yo no soy como los otros. De las alabanzas me chanceo; odio las adulaciones; no puedo sufrir las palabras de doble sentido.

¿Es que tenéis miedo quizá? Os juro que el primero que me haga pecar de un defecto, será mi salvador, mi más caro amigo, mi verdadero hermano.

¿Es que mi alma, quizás es demasiado horrenda y os falta el aliento para proclamar en voz alta su falsedad? Hacedos de coraje y hablad. Os recompensaré como pueda. Os daré todo lo que poseo; iré a robar para haceros regalos; me arrastraré en vuestras casas para servirlos y adorarlos.

¿No sois capaces de descubrir el mal? Entonces sois unos estúpidos y unos imbéciles, porque si el mal existe, vosotros, extraños, debéis verlo a primera vista. ¡Aguzad la mirada, hacedos más malignos, acechadme, preguntadme a quemarropa! Haced lo que queráis, pero, de cualquier modo, yo quiero que me denunciéis y acuséis sin piedad. Mi vida y mi muerte, mi grandeza y mi abyección están en vuestras manos.

¿Qué es lo que estáis murmurando entre vosotros? Ya sé, ya sé que no sabéis hacer otra cosa que hablar mal de los hombres en secreto,

calumniarles en voz baja, acusarles cuando no están. Pero, conmigo debe acabar esa infamia. ¡Venid a la luz del sol, hablad con toda la voz! Yo no me avergüenzo. No huyo. Quiero ser acusado e infamado para poder subir adonde yo sé.

Pero quizás... —Perdonadme si os ofendo—, pero, quizás vosotros no queréis revelarme mis vicios y mis pecados, para que no pueda purificar mi espíritu, para que no me sea dado llegar a la perfección que espero.

¡Yo me encomiendo a vosotros, hombres, a todos vosotros, amigos y enemigos, tened piedad de este pobre hambriento de grandeza! No le neguéis la amargura de la acusación y la dureza de la condena. Hablad sin reparo, condenad ferozmente. No os detengáis si me veis llorar, no os conmováis si me veis que me pongo blanco. Yo me mataré, si no me hacéis ver cuán pecador y culpable soy, si no me decís en seguida cuán despreciable y miserable soy. Yo me encomiendo de hinojos a todos los hombres de la tierra.

¡Tened una sola vez el coraje de decir la verdad cara a cara!

XXIV

El ingenio

Me dicen estos hombres de alrededor que tengo ingenio, y creen hacerme un gran honor y darme un gran placer, estos buenos muchachos. Hay alguno que llega hasta decir que tengo mucho ingenio, un gran ingenio, y son los que creen amarme más y estar más cerca de mí.

Queridos hombres. ¡Os agradezco y me inclino ante vosotros y que Dios os lo premie! Haced y decid todo lo que podáis hacer y decir hasta vencer por fin vuestro natural amor propio y mi incrédula hosquedad.

¿Pero no hay ninguno absolutamente entre vosotros que se dé cuenta de cuánto me ofendéis y amargáis con esto del ingenio?

¡Al diablo vuestro ingenio! ¿Qué es eso? ¿Creéis concienzudamente que yo me pueda contentar con ser un hombre de ingenio, un jovenzuelo esperanzado hasta la tumba, un buen camarada espirituoso y que sabe interesar a la gente? ¿Por quién me habéis tomado, por Dios? ¿Es que tengo la cara insulsa y sonriente de un hombre que se contenta con lo que todos tienen y es feliz cuando tiene diez ideas en la lengua y cien francos en la billetera? ¿No os habéis dado cuenta, urracas de mal agüero, que el ingenio es la mercadería más común que se encuentra en las ferias de los hombres? ¡Y especialmente en Italia! Decidme, contestadme a esta pregunta, si podéis: ¿quién es el que no tiene ingenio en este feliz país, bendito de los dioses? Si me traéis uno, os lo pago a peso de oro. El ingenio, imbéciles

míos, corre por las calles, llena las casas, inunda los libros, emana de todas las bocas, regurgita hasta de las cantinas.

—¡Qué muchacho ingenioso! Es un pecado que no tenga voluntad para hacer nada.

—Ese es un malhechor, un embrollón, ¡pero qué ingenio tiene!

—Dice unas bestialidades muy grandes: de acuerdo. ¡Pero no puedes negar que tiene un gran ingenio!

Estas son las opiniones que se oyen todos los días en Italia, por todas las aceras, en todas las casas y en todas las tabernas donde se reúnen los sedicentes intelectuales.

Quien sabe hacer una baladita o una cancioncilla, con una cadencia simpática y rimas pasables, tiene ingenio. Tiene ingenio el que sabe pintar florecillas a la acuarela que parecen de verdad —tiene ingenio el que golpea con garbo el piano ante un Beethoven de yeso— tiene ingenio quien sabe describir con sentimental elegancia los estragos de un terremoto —tienen ingenio hasta los cultores de castañas de Indias y de diletantes futuristas que gozan la inteligencia de los otros, haciendo humo paralelamente con las ideas y con los cigarros habanos.

Os lo pregunto otra vez: ¿quién no tiene ingenio entre nosotros? Hasta aquellos que no hacen nada tienen ingenio —hasta los políticos— hasta los periodistas...

Sea dicho, pues, una vez para siempre: quien me dice que tengo ingenio, me ofende. Quien me dice que soy un hombre de ingenio, me entristece.

Yo reniego de vuestro ingenio y lo pongo junto con los periódicos en el w. c. Os hablo claro: para mí el ingenio no es otra cosa que el grado sublime de la mediocridad. El ingenio es esa mixtura sabrosa de facilidad, de investigación, de espíritu, de lugar común acaramelado, de filisteísmo un tanto brillante que place a las señoras, a los profesores, a los abogados, a los hombres de mundo, a las famosas personas cultas, en fin, a todos aquellos que son término medio, que están entre cielo y tierra, entre el paraíso y el infierno, lejanos igualmente de la profunda animalidad y del genio grande.

(¡Mira qué cosa se me ocurre!). *Ingegno*, en toscano, no significa solamente inteligencia feliz y mejor que mediocre, sino también ese especial dentellón o sinuosidad de hierro que tienen las llaves para abrir.

Estos dos sentidos no son vecinos únicamente en el diccionario. El ingenio es lo que abre. Con el ingenio se entra en todos los sitios, se comprende casi todo y se complace a muchos. Es el pasaporte de la vida. Es la ganzúa universal de las bolsas y de los puestos donde puede labrarse una posición. Uno tiene ingenio para hacer cosas bellas, —otro tiene ingenio para dar a entender que las cosas feas que hace, son bellas. Son dos ingenios diferentes, pero ambos ganan.

Y allá ellos. Que ganen, que gocen, que se diviertan y diviertan a todos los hombres de ingenio. Yo no soy de ellos y de ningún modo quiero serlo.

Es inútil: en cuanto a lo que a mí concierne, siempre me agradan los extremos. En punto a seres vivos, no quiero bien sino a los animales o vegetales perfectos, a los que realizan honradamente su trabajo, sin comprender más, sin revolotear de acá para allá en las charlas y en las ambiciones, —o al verdadero genio, al alma grande, al héroe gigante y solitario como un monte de noche.

O un campesino o Dante —y, ¡fuera de en medio todos los demás, fuera a puntapiés los hombres de ingenio, los hombres graciosos, los hombres hábiles y los odiosos intelectuales! ¿Qué sois vosotros ante un aldeanote sucio que muele el grano para daros de comer o ante un poeta que exprime de su alma las palabras que hacen estremecer y pensar a mil generaciones? ¿Qué hacéis? ¡Palabras y palabras, mixtificaciones y juguetes!

Por mi parte, la elección ya está hecha. No podría, aunque quisiera, convertirme en un árbol o en un azadonero, pero quiero, lo quiero desesperadamente, llegar a ser un gran hombre de veras —digamos directamente la palabra que espanta: ¡un genio! Y si caigo en mitad del camino sin ser lo que quiero y espero, aceptaré de buena gana el doloroso destino, lloraré por mi cuenta, no putearé con los que he despreciado, y moriré solo, en un rincón del mundo, como el bravo lobo de De Vigny.

Y no me arrepentiré de nada: estoy seguro de que experimentaré tales alegrías —aunque no triunfe— que experimentaré tales alegrías de sentirme el alma limpia y tensa hacia algo absurdo y majestuoso; estoy seguro de que no sentiré siquiera los guijarros del camino, ni las carcajadas del que cultiva su pequeño huerto y lo cree un mundo.

Y no tomes a mal, ¡oh, valiente yo mismo!, si muchas veces pareces estúpido e ignorante. El genio no hace gracias, no saca a bocadillos las ideítas ingeniosas, no va detrás de los últimos números de las revistas ni de los libros que se venden. No, no.

El genio es infantil y loco, y es genio porque tiene la valentía de ser infantil y alocado, y, además, no puede por menos hacer alguna vez la figura del ignorante y del idiota, que se maravilla de todo y habla sin sentido común.

Pero solamente son del genio, ¡oh, yo mismo!, esas horas maravillosas en las cuales parece que Dios habla por boca tuya, en las cuales todo es luz, todo se abre, todo es límpido y armonioso como el agua de un hermoso río —esas horas en las cuales el alma se convierte en fuego, como el fuego, en aire, como el aire en amor, como el amor—, esas horas en las cuales, por una misteriosa locura, todo es posible y todo es sagrado y no se sabe decir cuál es el mundo y cuál es tu alma.

¿No sentís qué pálido y flaco pasatiempo es vuestro ingenio ante estos instantes? Por una de esas horas, por una sola de esas horas, daría todo mi ingenio, todo vuestro ingenio, todo el ingenio de todos los bufones de toda la tierra, y después, quizás, me parecería haberla robado.

XXV

Dies irae

Llamamientos desesperados en el vacío. Dirigidos a los demás, pero que me decía a mí mismo. Esfuerzos, disciplinas, remordimientos. Intenciones sublimes, ahogadas luego en las cuatro columnas de un artículo. Gran ser de pureza, olvidado al poco tiempo entre los blancos muslos de una mujer. Cabalgata hacia lo sublime; envidia de los cielos; amor por la peligrosa aventura, de la gran tentativa (salto del hombre hacia otra vida más allá de la vida; derrocamiento de los Júpiter; la promesa de la serpiente, finalmente mantenida; redención verdadera, sin la cruz ni la sangre cayendo de las blancas manos que bendijeron); sueño taumatúrgico vertiginoso, invencible —y la pequeña y espiávida cotidiana: en la pequeña habitación, en el pequeño café, en la pequeña ciudad, entre los pequeñísimos hombres.

No obstante, luchaba. Luchaba fieramente, gallardamente, con todas las esperanzas en el corazón, con toda la voluntad en el cerebro. Había empeñado todo mi yo. Ser así; hacer *aquello* —o desaparecer. Me debatía entre las tentaciones, hacia la mediocridad necesaria, buscaba hacer a mi alrededor un soledad despiadada de espíritu, si no de cuerpo; me combatía, me castigaba; me educaba en el dolor para las pruebas próximas y terribles. Sentía la necesidad de recogerme íntegramente, en lo íntimo, en lo más hondo de mi yo, en un silencio que me hiciese escucharme solamente a mí mismo, y nada más. Yo debía ser el primer hombre de la nueva humanidad — yo debía dar el ejemplo inicial de una vida enteramente interior,

independiente del cuerpo, de la materia, de la animalidad. Me daba cuenta que estaba lejos de la meta por mí señalada y de que no era aún el espíritu sin mancha ni debilidad, predestinado a acompañar a los hombres en el gran paso al más allá de la vida presente.

Pero no por eso me acobardaba. El entusiasmo engendrado por la misma absurdidad de la empresa; el ardor que me hacía aparecer miserables todos los fines mayores de los hombres; la certidumbre loca del triunfo lejano; la soberbia colosal de sentirme instrumento de una misión tan insólita y tan maravillosa en la imaginación; la necesidad absoluta de apartarme de esta realidad, de este mundo, de esta vida humana, me cegaba día por día en mi carrera hacia el encuentro del más funesto despertar de la vida de un mortal. Me parecía andar sobre la tierra como un gigante invisible que posase un pie sobre la cima de una montaña y el otro sobre otra cima; que saltase los mares verdes y solitarios como un charco; que tuviese la cabeza entre las estrellas del cielo y se calentase al sol como un pobre al calorcillo de un horno.

Propósitos increíbles y visiones de apocalipsis me atravesaban el alma en aquellos tiempos, y la más grande arrojaba paulatinamente del nido a la más pequeña con un crescendo paroxista de manía sin freno.

Pero, el pensamiento fijo era uno solo, siempre el mismo. Hacer posible, deseable, próxima la palingenesis género humano, la transfiguración del hombre-bestia, advenimiento universal del hombre-dios. Pero era necesario, ante todo, que también los otros comenzasen a sentir lo que yo sentía, y que el desprecio, el asco, el rubor, el terror de la ambigua y anfibia vida nuestra, estuviese en todos como estaba en mí. Y entonces pensé en el arte. Solo el arte podía hacer el milagro. Solo la poesía habría podido recrudescer la sensación tremenda de la vida tal cual es, tan frecuentemente amortiguada por la inconsciencia de la costumbre; solo ella podría renovar los espantos, atizar todas las tristezas, despertar las vergüenzas y crear la pena de la insoportabilidad allí donde es más dulce la inquietud de la adaptación. Las teorías no influyen. Las teorías no convencen sino a los menos, cansan a los más, pero el arte vivo, la poesía potente y avasalladora (la poesía poética, con todo su color, su armonía y su irresistible eficacia) obligaría a los hombres a retirarse de allí horrorizados —súbitamente atacados del deseo

de huir, de *ser distintos a cómo son*. A Narciso, el mirarse en el estanque encuadrado de margaritas, le ocasionó la muerte; para la humanidad será ocasión de nueva vida.

La obra poética no podía ser —en mí, en aquellos momentos— minuciosa, episódica, limitada. Vivía en una atmósfera de grandeza, pensando cosas grandes: también la poesía, (como instrumento inicial de redención y nada más) debía ser grande, grandísima. Grandísima al menos en el concepto —como tela, como cuadro. Un poema cósmico, un drama universal, una escena infinita. Dirigiéndome hacia atrás, no veía más que dos libros dignos de atención en ese sentido: la «Divina Comedia» y el «Fausto». Reseñas gigantescas ambas de la vida y de la historia del más allá y del más acá. En Dante, el mundo subterráneo y supraceleste para juzgar el terrestre; en Goethe el mundo del mito y de la metafísica para juzgar el de la realidad. Dolor y Amor; lo Alto y lo Bajo; los Santos y las Madres, y un torbellino que acompaña, entre cielo y tierra, el viaje de un pecador mortal deseoso de salud.

Pero ni el libro del prior florentino ni el del consejero framfortés eran lo que yo quería. Las dos leyendas —de la vida eterna, de la juventud eterna— no eran motivos suficientes para poner en derredor la vida de todos los hombres en todos sus aspectos y momentos. Era menester algo más. Algo más grande, más grande todavía. En el cristianismo había otro mito que hacía mejor a mi caso: el juicio universal. Y esboqué entonces en la mente y en el papel la única tragedia consentida a mi demencia: el *Dies Irae* el día de la ira, del espanto, del crujir de los dientes, de la última condena del primero y del último hombre.

Cuando el sol fue blanco como la luna en el cielo, que parecía más vasto y más negro, y la tierra se secó como un fruto olvidado, los hombres se ocultaron en las cavernas y en la catacumbas, más cerca de sus muertos, y se apretujaron unos contra los otros como las ovejas al acercarse el invierno. La primavera volvió y no dio más flores; el último ruiseñor murió en su nido solitario; los bueyes, cansados de su milenario trabajo, no fueron más que huesos blancos, reposando en los campos desiertos; y las ciudades de piedra, de mármol y de hierro, se deshicieron poco a poco en el abandono de las tinieblas silenciosas.

Un hombre solamente no quiso dejar el cielo. Todos sus hermanos habían renegado desde hacía mucho tiempo de la superstición palestinese que tomó el nombre de Cristo, pero él creía todavía. El último cristiano esperaba sobre una altura las señales prometidas por los libros para antes del gran fin. Y he aquí que su fe vencía y el Apocalipsis de Juan se desarrollaba bajo sus ojos cansados de vigilante. Los caballos negros galopaban a través de la tierra devastada; los mares lanzaban sus aguas contra el cielo y lamían las montañas; los cielos se abrían y por las heridas de la negra bóveda llovían rápidas e innumerables flechas, casi hasta sumergir los continentes que quedaban en un diluvio de fuego. Entonces, cuando las señales parecían ciertas, el último cristiano descendió a los subterráneos a anunciar el fin a sus hermanos.

«El día temido ha llegado. El libro no mentía. David y Sibila eran testimonios veraces. Era necesario prepararse a morir. El juicio estaba cerca: he aquí la víspera del día de la ira».

Pero los hombres no querían morir; no querían creer en la muerte, en el fin, en el juicio. El cristiano gritaba demasiado fuerte. Nadie quería escucharle, pero sus palabras turbaban los corazones. Y, entonces, algunos se acordaron de que el Dios de aquel hombre murió crucificado, y por hacer irrisión de su fe también él fue clavado en una cruz de madera para que callase. Mientras el hierro le desgarraba las manos y la sangre caía en pesadas gotas y el tórax desnudo se henchía agonizante, anunció una vez más todavía el fin cierto, el fin inminente. Cuando la muerte le cerró la boca, todos los hombres se sintieron libres y felices, y la orgía de la alegría se desenfrenó allí abajo y el último día fue como un infierno de malos placeres. Pero, bien pronto se abrieron los abismos bajo sus pies; las montañas se derrumbaron con el fragor de mil truenos; las bóvedas de los subterráneos se hundieron y toda la tierra no fue más que un despojo sin vida, un interminable cementerio sin sobrevivientes.

Todo calló.

Hubo alguna hora (¿o siglo?) de silencio —como antes. El sepulcro redondo giraba en la nada con la paz de sus osarios. Todas las voces callaban; todos los problemas estaban resueltos y los muertos podían

descansar, al fin, porque nadie vivía junto a ellos; nadie les recordaba, les lloraba, les lamentaba.

Mas, he aquí de pronto las trompetas —las trompetas terribles de la resurrección. Las trompetas agudas, las trompetas mágicas, las trompetas inimaginables, las trompetas de sonido tan fuerte, tan penetrante, tan profundo, tan imperativo que despierta a los muertos— hasta a los muertos que duermen hace mil y diez mil años. Las trompetas celestes, sonadas no se sabe por qué bocas poderosas como la más dulce palabra de Cristo; tan enérgicas, incansables, insistentes, que hacen temblar los huesos ocultos en la tierra y en el fondo de los mares; que hacen encarnar de nuevo a los esqueletos; que devuelven la vida, la respiración, el movimiento a todo el ilimitado ejército de muertos.

He aquí el valle de Josafat, grande como el mundo, abierto de un mar a otro; cubierto, lleno, rebotante de toda esta humanidad resucitada, de estos hombres, de estas mujeres, de estos viejos, de estos niños de todos los países, de todo color, de toda edad, de todo tiempo, que son todos hermanos y nacieron todos bajo la misma estrella y se encuentran ahora por primera vez —y gritan, y temen y esperan.

Los más no saben por qué está allí y preguntan sin entenderse. Hay quien llora aparte y quien se tapa la cara para no ver. Algunos se encuentran, se reconocen, se acuerdan. Comienzan los coloquios —los primeros coloquios verdaderos de los hombres.

Los deseos del sueño se ven cumplidos. César puede hablar con Alejandro; Dante abraza a Virgilio; Carlos V interroga a Salomón. Los soldados se reúnen con los soldados; los reyes están con los reyes; las bellas mujeres con los amantes perdidos; los campesinos que nacieron y murieron solos en las cumbres montañosas, se acurrucan juntos y hacen la señal de la cruz.

Todos, por fin, supieron por qué se les había despertado y supieron lo que les esperaba. Los verdaderos cristianos estaban exultantes. Verían dentro de poco a su Cristo bajar de las nubes del cielo para condenar y premiar. Ya empezaban acá y allá las disculpas y las plegarias, las invocaciones de piedad, las desesperadas demandas del último perdón. Alguien tenía todavía el coraje de amenazar a los dioses ausentes. Hubo

quienes dijeron que esta kermesse postuma era el último esfuerzo del destino antes del aniquilamiento verdadero. Hubo quien propuso construir casa y nombrar un gobierno; y se vieron hombres y mujeres abrazados por el suelo para olvidar el terror de su pecaminosa intimidad.

Nadie se entendía; nadie entendía a los demás. A cada instante, una voz se alzaba, intentando hacerse oír; otras mil voces respondían y el tumulto se hacía tan insoportable que a nadie podía persuadirse que estuviese en silencio. Los profetas trataban aún de hacer sus negocios; había uno encaramado en una altura que predicaba incesantemente, sin que nadie le prestase oídos.

Luego se cansaron. El juicio no empezaba. Y esperaron en silencio, largas horas, largos días —quizás años. Y nadie vino. Y entonces todos juntos gritaron:

¡Cristo! ¡¡Cristo!! ¡¡¡CRISTO!!!

La voz única de toda la humanidad, de todos los hombres que habían estado en la tierra para amar, para sufrir, para esperar, se alzó contra el cielo como un desafío. Querían ser juzgados; la incertidumbre de la espera era más espantosa y dolorosa que un infierno.

Un pobre dijo la vida de los pobres y pidió morir una vez más: un rey dijo la vida de los reyes; un poeta dijo la vida de los poetas; un obrero la vida de los obreros; una prostituta la vida de las prostitutas; un marinero la vida de los marineros. Los esclavos egipcios, los campesinos chinos, los guerreros de América, los legionarios de Roma, los mineros de Inglaterra, dijeron sus vidas y cada cual pidió piedad; cada cual pidió morir otra vez.

¿Quién de ellos había sido feliz? ¿Quién de ellos había sido culpable? La vida ¿no le había dado nunca a nadie lo que había hecho así? ¿Y qué era esta comedia de la resurrección? Dios había hablado únicamente a los elegidos. Si no está preparada una vida mejor, más bella, es preferible la muerte —¡es mucho mejor la muerte!

Y después de las súplicas de aquellos millones de infelices, volvió sobre todos el silencio. Hasta los cristianos titubeaban. ¿Por qué Cristo no aparecía triunfante en medio del cielo despejado, sobre su trono de fuego, circundado por los ángeles y los santos, como en las pinturas de los sacerdotes antiguos?

Pero, por fin, sobre la muda multitud, se oyó una voz que dijo: Cristo no está en el cielo. Cristo está entre vosotros humilde y solo. El también fue un hombre, él también fue culpable, también él espera ser juzgado. Que el hombre juzgue al hombre y que cada uno posea lo que esperó. Los que creyeron en el paraíso serán bienaventurados y los que crean solamente en la muerte, volverán a ser polvo y ceniza.

Y una vez más, todavía, los hombres reposaron para siempre.

¡Cuántas cosas se me escapan hoy! Cuán ridículo es ahora este recuerdo mutilado de una tragedia por primera vez absolutamente trágica. ¡Qué tiene que ver el «*Fausto*»! Mil diálogos, cien mil escenas —y toda la vida con todos sus milenarios personajes. La historia universal transformada en drama; la infernal tragedia, la divina comedia conducidas a término y agigantadas hasta lo imposible.

Yo soñaba representarla en un teatro grande como un desierto, con montañas verdaderas por escenario, y que las palabras sonasen tremendas como las de Dante y las figuras pareciesen de Miguel Ángel y la música fuese más divina que la de Wagner. Hubiera querido el viento como respiración, el mar por orquesta, razas enteras por coros y una lengua nueva, formidable, perfecta y clara, donde se reuniesen todos nuestros sonidos: desde el mugido de un mamoncillo hasta el eco solemne de las cascadas. Gemidos capaces de conmover los cielos; alaridos de naciones arrodilladas —y el silencio, ¡el verdadero, el inabarcable silencio!

Todos los hombres temblarían leyendo, viendo, escuchando mi obra; y reconocerían allí, en aquella última ficción, toda su vida, todo el bien y todo el mal —y la carrera sin resurrección hacia aquel último instante (el día de la ira) en que todo sería juzgado— *por ellos, mismos, bajo el cielo deshabitado.*

Y del terror de esta representación monstruosa hubiera nacido la necesidad de una nueva vida —de la vida prometida por mí.

XXVI

¿Hacer?

¡Filosofía! Deseo y esperanza de una certidumbre reposadora; puerta santa de las verdades difíciles: filtro de ascético entusiasmo en las tebaidas despobladas de los sistemas; dulzura soberbia de una vida fracasada; sucedáneo dionisiaco de la normal empiria, de las alegrías fisiológicas, de las distracciones (¿consolaciones?) de pago.

¡Filosofía! Simpatía de la infancia; amor de la adolescencia; pasión de la juventud. Fe sin sagradas escrituras; culto sin ceremonias; adoración sin plegarias —¡y no obstante, más cara, más vecina, a mi corazón que todas las religiones! Pensamiento abstracto, desnudo como las obras maestras de los mayores genios; idea más armoniosa y perfecta que toda criatura; concepto immaculado y lineal, como un diseño creador, sobre la tela intacta del ser.

¡Filosofía! ¡Mundos aladínicos de fantasmas más vivos que los vivos; de sombras más serenas que los cuerpos; de palabras más pulposas que las cosas; de fórmulas más inflamantes que una estrofa!

Yo te conocí, te amé, te violé. Tú fuiste el banquete sin fin de mi vida abstemia, la fiebre de mi excesiva salud; el himno inolvidable en mi árido corazón. Cerebro, cerebro, todo cerebro. ¡Teoría, principios, dialécticas, nada más que abstracciones! Viví de sistemas; viví los sistemas; me nutrí de metafísicas; soñé metafísicas.

Las selvas de las más ásperas ideologías fueron mi edén —y no había ni siquiera una hoja verde! El sol deslumbrador de la celeste unidad caía sobre mi cabeza, ya caliente de sangre y de razonamientos; hería mis ojos alucinados y los cerraba a fuerza de luz. En aquellas soledades llenas de zarzas y matorrales, conocí yo también, como los anacoretas, las tentaciones carnosas de las bellezas sensibles y terrestres. Las mujeres me miraban con sus ojos negros, grandes, abiertos y fijos, y en las riberas soleadas de los mares, las amarillas naranjas de Goethe se bamboleaban en la brisa impregnada de sal y de infinito. Y durante largos años (¡tantos años, tantos meses, tantos días y tantas noches!) te fui fiel como un caballero de *chanson de geste* y no tuve otro Dios que tú. Te busqué en todos los libros; te veneré en todas las formas; te extraje de cada palabra; te conquisté en los grandes, te defendí en los pequeños. Grandes fiestas del espíritu por cada descubrimiento; largas luchas cuerpo a cuerpo para cada posesión de verdad; ¡veladas de delirio meditabundo para cada iluminación!

A ti, filosofía, lo debe todo; el anhelo de los mundos purificados; el éxtasis de las ascensiones en lo inteligible; el ejercicio de la destrucción; el silencio de mi superioridad sobre los hombres de la calle. Yo fui todo tuyo y tú lo fuiste todo para mí.

Sin embargo, llegó el momento en que te me apareciste tal cual eres: cábala afanosa de signos en torno a la nada; orden vano y mutable sobre la diversidad fluyente y desbordada; carrera irónica hacia la destrucción de ti misma.

Y yo te repudié, te desprecié, te licencié, te traicioné. Para lo que yo quería hacer, tú no eras más que un obstáculo. No cumpliste lo prometido. De lo que cumpliste no sabía qué hacer. Yo buscaba la acción, al hacer, el caminar —la realidad del hoy en devenir hacia la realidad del mañana— y tú no me dabas más que la contemplación inútil, la quietud de los absolutos o la fiebre fatigosa de las galopadas impacientes hacia una meta sin fondo.

La filosofía había sido conocimiento (contemplación) y búsqueda de lo universal (unidad).

Yo quería, en cambio, acción (mutación), creación y por consiguiente la realidad, (realidad inmediata, concreta; lo particular). Derrocaba del todo a la nada el concepto milenario de la filosofía; cortaba la tradición y volvía a

la prefilosofía. Y creía, con esto, beneficiar a la filosofía de los filósofos. Cada problema, para mí, era un problema de instrumentos, de transformación de instrumentos. Todo filósofo se había preocupado únicamente de encontrar nuevas soluciones a los problemas antiguos, pero todas las soluciones, las antiguas y las recientes, habían partido de las mismas premisas, respetando las mismas leyes, cayendo en los mismos paralogismos —productos, en suma, de estructuras mentales muy semejantes. Era inútil proseguir todavía de otro modo por aquellos caminos, demasiado andados. Una experiencia continuada durante siglos nos advertía —con la vanidad y la vanidad de los resultados— que allí no había nada más que hacer ni que esperar. Los mejoramientos del vocabulario, los retoques a los métodos, las reformas parciales de la máquina lógica, los cambios de terminología eran expedientes mediocres de gente que no sabe dejar el camino real de sus padres. Para cambiar los productos, para tener el derecho de esperar en alguna verdad definitiva, para obtener un resultado que fuese verdadera y radicalmente distinto de los habituales, era necesario tomar la resolución difícil —pero única— de recomenzar por otra parte. La filosofía es una construcción erigida con instrumentos; los instrumentos de la filosofía son los cerebros de los filósofos; para mejorar los productos es menester mejorar los instrumentos; y por lo tanto, para mejorar la filosofía es imprescindible mejorar los cerebros de los filósofos. Es necesario cambiar las almas.

—Es decir: *hacer* algo, obrar, transformar, —no solamente reconocer, describir, contemplar.

Los filósofos (no todos: algunos) han pensado en cambiar uno solo de los instrumentos: el lenguaje, y no han pensado en el más importante de todos: en el alma suya.

El mismo principio podía adoptarse en moral. ¿A qué multiplicar las normas, los mandamientos, los imperativos si luego los hombres se ciscaban en las cantinelas éticas y seguían siendo los mismos canallas de antes, tal vez menos feroces, pero sin duda más hipócritas? ¡Encontrad el modo de cambiar los gustos, los valores internos de las almas, y las acciones virtuosas fluirán naturalmente, sin necesidad de prédicas, de consejos ni de reglas! ¡Cambiad su personalidad, directa, eficazmente, y el

más quintaesenciado sistema ético será el punto superfluo! ¡Haced que los hombres sean espontáneamente virtuosos, en vez de aburrirlos con disertaciones sobre la virtud!

También por este camino volvía, pues, a mi sueño fijo de revolucionario espiritual: cambiar los hombres, cambiar las mentes. Pero no quería únicamente cambiar los espíritus, sino también las cosas. Pero para cambiarlas no basta tener los nombres escritos en los libros; no basta haberlos clasificado y genealogizado; no basta haberlos reducido a ideas generales y las ideas generales a conceptos universales, y haber formado las relaciones de causa entre los diversos grupos de conceptos. No basta haberlos puesto en las vitrinas y haber escrito en la muestra de cada vitrina el artículo (¿inviolable?) de la ley. Para cambiar la realidad no basta conocerla desde fuera a través de las formas del intelecto razonador y los símbolos del diccionario.

Hay que entrar, penetrar, en ella, formar parte de ella, ser átomo de su masa, momento de su duración, chispa de su llama, gota de su corriente.

Hay que entrar en contacto con todos sus aspectos (hasta los más recónditos, los más transitorios, los menos visibles); fundirse en su plenitud; abandonarse a su curso, perderse en su inmensidad; hacerse realidad viva en la viva realidad. No ya permanecer en su contemplación como un mecanismo cerebral, como una lente reticulada, como un nomenclador y un medidor, sino arrojarse en ella de cabeza, hacerse penetrar por ella y penetrarla; sentir en nosotros su eterno fluir, multicolor, multísono, multisabroso; concertado con el pulso de nuestra sangre, con el latido de nuestro corazón. Hacer de modo que sea toda nuestra y nosotros enteramente suyos.

Nadie aspira ni tiende a este místico ensimismamiento. Ni siquiera los artistas: también ellos, aunque expresan lo particular, eligen, descartan, empobrecen. Hay momentos y lados de las cosas que nadie ve, que nadie busca: ¡nada de saltos acrobáticos hacia las vacías unidades de los monismos! Esta paciente excavación de lo concreto particular deberían hacerla los filósofos, en vez de divertirse todavía con los juegos froebelianos de la definiciones *a priori* y con las arquitecturas simétricas. Este sería el camino hacia el dominio del mundo.

Cuando el hombre, en vez de separarse de lo real, como algo en sí que le juzga y le mide, se deshaga en lo real de modo que se sienta hermano de cada átomo y de cada apariencia, entonces el cuerpo limitado del hombre desaparecería en el cuerpo inconmensurable del universo; el microcosmos sería efectivamente el macrocosmos, y cada parte del mundo sería una parte de su persona —y como la voluntad mueve a su placer cada miembro de la persona, podría entonces mover cada elemento del mundo.

De este fermento de ideas nació en mí aquella especie de filosofía que fue denominada pragmatismo y que en otros tuvo orígenes y caracteres del todo diferentes. No obstante esto, me uní a los fragmentistas y me dediqué a difundir la verdad de la nueva doctrina. En mí fue un misticismo mágico; en los otros una metódica precaución. Nos confundimos todos, pero se echó cierta levadura en los pacíficos hornos de las doctrinas conservadoras y tradicionalistas.

Hombre de teoría, no podía olvidar a los teóricos. A ellos especialmente me dirigía en mi pensamiento para tenerlos de compañeros en la gran obra. Con el arte despertarla de sobresalto a los sensibles; con la teoría quería preparar y arrastrar a los intelectuales. Para un fin semejante nadie podía ser dejado aparte; nadie podría despreciarlo. El mito y la intuición, la imagen y el concepto debían servirme. Todas las formas del espíritu, para la elevación del espíritu —todos los instintos y los poderes de los hombres, para la creación del hombre nuevo.

XXVII

Hacia el nuevo rumbo

Jefe de una filosofía: legislador, apóstol y máximo representante de una filosofía. Filosofía de la acción, del hacer y rehacer, del transformar y crear. No perder más tiempo tras problemas insolubles, por caminos sin salida y entre las redes y los cepos de los dialécticos visionarios. Verdadero —útil. Saber— hacer. Entre varias verdades inciertas escoger aquella que más eleva el tono de la vida y nos promete los premios más duraderos. Y lo que no es verdad todavía deseamos que lo sea, se hará que llegue a serlo: con la fuerza de la fe.

Evangelio de fuerza, evangelio de osadía, evangelio práctico, optimista y americano. No más miedo: osar y saltar. No más duda; todo grueso folio teórico ha de ser cambiante en la moneda suelta de hechos particulares, de resultados deseables. ¡Fuera las metafísicas y bien venidas las religiones! Aquellas nos dan los secos contornos conceptuales del mundo; estas nos ofrecen las perspectivas cálidas y reconfortantes de vidas que no pueden ser interrumpidas, de valores que no pueden ser negados.

¿Qué hacer de un conocimiento que no sirve siquiera para conocer y que por añadidura no entra ni de soslayo en nuestra vida ni la cambia en un ápice? Queremos la teoría-instrumento, la idea-martillo, la filosofía industrial, el aprovechamiento práctico del espíritu.

Tomada así, en un tono un tanto lírico y exagerado, esta escuela me inspiraba. La tomé por mi cuenta, la desarrollé, la hice popular, la impuse a

los demás, escribí apresuradamente apologías y resúmenes de ella.

Pero no me conformaba: no era todavía bastante mía. Había que sacarla de aquel pie de casa anglosajona, de aquel pietismo de misioneros vestidos de paisanos —arrastrarla por los cielos del absurdo: hacer de ella una cosa grande o tirarla.

Tomé, pues, la parte más sugestiva —la que enseñaba cómo hacer verdaderas, por medio de la fe, las creencias no correspondientes con la realidad. ¿Para qué restringir esta acción a las creencias? ¿Por qué crear solo la verdad de ciertas fes? El espíritu debía ser dueño de todo: la potencia de la voluntad no debía tener límites. Así como el conocimiento científico creaba, en cierto modo, los hechos y la voluntad de creer creaba, la verdad, así el espíritu debía obrar sobre todo, crear y transformar a capricho; sin intermediarios. Nasta ahora, para obrar sobre las cosas externas, teníamos necesidad de otras cosas externas como instrumentos, y nuestra mente debe mandar a nuestros músculos, y estos deben poner en movimiento otras partes de realidad material para poder mover o mudar esas realidades que consideramos. En cambio, yo quería que el espíritu pudiese hacerlo todo por sí mismo, con su sola voluntad, sin ninguna intermediación. También el espíritu, pensaba, es una fuerza de la naturaleza, la más noble, perfecta y refinada. ¿Por qué no la más poderosa? Basta entenderla y dirigirla. Del mismo modo como podemos obrar directamente sobre ciertas partes de realidad— las que forman parte de nosotros o más directamente se refieren a nosotros— debemos obrar sobre toda la realidad, sobre toda sin excepción. Estudio y ejercicio son suficiente con tal de que se quiera, se espere y se busque. Y si obtenemos la victoria, todo el mundo será nuestro y será substancia plástica y manejable para nuestra voluntad, y la palabra de la primera serpiente se verá cumplida: ¡Seréis semejante a los Dioses! ¡*Ser Dios!* ¡Todos los hombres Dioses! ¡He aquí el sueño grande, la empresa imposible, el fin soberbio que se busca! Y lo puse como programa —a mí mismo y a los demás. Imitación de Dios: omnisapiencia y omnipotencia. Camino para llegar: el espíritu perfeccionado, agigantado, con nuevas cualidades y facultades.

Grande, grandísimo el sueño, pero no desesperado el acercarse. ¿Qué hombre se propone ser Dios con deliberada voluntad? Charlatanes, sí;

«profetas y taumaturgos», sí; —pero dioses, no. Algunos de estos fueron creídos Dioses— pero *después* y por los otros. No fue su objeto la divinidad, sino efecto de la fe circunstante e imprevista. Emperadores de Roma hubo, locos tranquilos, que se creyeron Dioses —pero creían serlo ya, no se proponían llegar. Yo no. Buscaba ser Dios y reconocía estar lejos de ello todavía.

Hubo quien se propuso confundirse en Dios —místicos ascetas, santos — pero volver a entrar en Dios, como parte, gota, átomo de una infinita divinidad que a todos genera y recoge, emite y reabsorbe con el ritmo de su respiración.

Pero yo no quería ser parte, sino todo yo mismo —no quería ser parte, sino que todo fuese parte mía, toda cosa obediente a mí, como si las montañas, las estrellas y los mundos fueran miembros obedientes de mi cuerpo. Yo no creía en Dios. Dios no existía para mí ni había existido antes. Quería crearlo para el porvenir y hacer de mí, hombre débil y miserable, el ser supremo, soberano, riquísimo y poderoso.

Sobre esta, mi expectativa y preparación del hombre-dios pensé fundar una religión. ¿Dónde? No ya en la vieja Europa, pobre e intimidada por las desastrosas civilizaciones. En América, en la vasta América septentrional, de posibilidades infinitas, donde se acepta todo lo nuevo, donde cada credo encuentra un templo y cada Moisés un capital. Había hallado un compañero digno de mí, loco como yo, determinado a acompañarme y a compartir conmigo los insultos y los triunfos.

Habíamos pensado en todo: en aprender bien el inglés, en estudiar las condiciones de América y en el dinero para empezar. Habíamos decidido prepararnos durante algunos años, en la soledad, estudiando el problema de la potencia del alma —experimentando, reforzando nuestra voluntad, descubriendo los secretos de la acción espiritual directa, de suerte que pudiéramos ofrecer milagros y prodigios si los hombres de allá, duros como Pedro e incrédulos como Tomás, nos los pidieran. Todo estaba establecido: hasta el nombre de la nueva iglesia, hasta los puntos del maravilloso y mágico credo. Nosotros dos, italianos, pobres y filósofos, iríamos allá, solos y audaces, a ofrecer a todos la omnipotencia, la riqueza, el prestigio, la salud, la eternidad, todo lo que los hombres desean y ansían con mayor

avidez e insistencia. Nosotros dos solos, atravesando el mar, transformaríamos aquella tierra ya descubierta por un italiano obstinado y sin escrúpulos. Y de allá volveríamos a Europa, seguidos por millares de fieles, con la aureola de la gloria sobre nuestras cabezas y con la certeza de poder desafiar desde esta esquirla de materia a todos los otros mundos sometidos a nuestra voluntad.

XXVIII

La conquista de la divinidad

Ahora sí que el ingenio y la bondad —ni la poesía ni los sistemas— alcanzaban.

Antes de atravesar el Atlántico como profeta del nuevo reino, yo debía *ser* —realmente, efectivamente ser— lo que en la larga vigilia había soñado para mí y había propuesto a los demás: un santo, un guía, un semidiós.

Ya no era el momento (¡demasiado lento!) de las proposiciones, de los afanes, promesas, esperanzas, programas.

¿Cómo se podía concebir un santo sin milagros, un fundador de fe sin prestigio, un Dios sin poderes? Si la única razón de la vida era para mí aquella y no otra, no podía retardar su cumplimiento y conclusión. La mariposa angélica debía romper la oscura crisálida; el fruto debía madurar después de la ligera prodigalidad de las flores. Romper los lazos, cortar los puentes; cambiar vida, carácter, alma, poner el sello del hecho a la oración prolija de las intenciones.

No podía ilusionarme de hacerlo todo por mí de la nada. Yo también tenía que volver, con mi altivo desprecio por el pasado, a cualquier tradición: fiarme de las otras enseñanzas, aprovechar las viejas experiencias. Pero ¿a qué parte volverse con mayor esperanza de socorro?

Mi objetivo inmediato era uno solo: aumentar hasta lo infinito el poder de mi voluntad; hacer que mi espíritu pudiese dominar a los hombres y a las cosas sin necesidad de actos externos. Es decir: hacer milagros. Nada más.

Los santos y los magos (o los que eran un poco de cada cosa), los profetas hebreos, los fakires hindúes, pretendían haber hecho milagros. Los primeros sin buscar, casi sin querer, los otros, sujetándose a una rigurosa disciplina y ayudados de doctrinas secretas y de fuerzas extrañas. Pero los milagros, en suma, eran posibles —y existía ya un principio del arte del milagro. Un principio, una radiación, un rudimento; era necesario constituir este arte, encontrar las reglas seguras y aplicadas. Aun no siendo verídicos los que los historiadores de los santos y teóricos de la magia llaman milagros; es decir, propiamente milagros en el sentido riguroso y filosófico de la palabra, no me importaba. Eran hechos extraordinarios; ejemplos de poderes no comunes; manifestaciones de voluntad insólitas, de hombres dotados de cualidades divinas: me alcanzaba.

Estudiando estos hombres, penetrando en sus vidas, observando por qué medios habían llegado a hacer lo que habían hecho, se debía sorprender al cabo su secreto —el muelle primitivo y común de los prodigios. Después era solamente cuestión de voluntad y de pertinacia. Reconocido el camino, el paso no debía ser difícil: ¡yo también pasaré por donde los otros han pasado!

Los santos me llevaban hacia las religiones; los magos hacia las ciencias ocultas. Caminos aparentemente divergentes; religión y magia habían nacido juntas en los primeros tiempos. Los santos habían sido taumaturgos (¿y Cristo mismo?) y los magos (los verdaderos), habían sido, habían debido ser puros y ascetas. Conocía ya los dos caminos: el celeste, hacia los paraísos consagrados; y el subterráneo, hacia los infiernos malditos.

Después del fracaso escéptico de mi *autklarung* había vuelto con cierta simpatía hacia la fe; es decir, hacia el cristianismo, hacia el catolicismo. Había leído los evangelios sin la petulante animosidad volteriana de los primeros años; había vuelto a entrar en las iglesias no solo para admirar la arquitectura y para contemplar los cuadros de los altares y los frescos de las capillas. Había vuelto a leer los evangelios para buscar en ellos a Cristo; había vuelto a entrar en las iglesias para encontrar en ellas a Dios.

El culto me atraía, y no solo por la belleza de las ceremonias y por la música de las misas cantadas. Algo ambiguo —la necesidad de creer, de volver a ser niño, de sentirme en comunión con la cristiandad de la cual

había salido— se agitaba débilmente en mí, sin querer decidirme claramente. Leía a San Agustín: meditaba a Pascal; saboreaba las Florecillas. Llegué hasta la Intcoduction a la *Vie Dévotte* y los *Ejercicios espirituales*. ¿Curiosidad psicológica? ¿Deseo de información?

En gran parte, sí. Pero había también un fermento de voluntad de creer, un deseo tácito de tomar parte en el magnífico experimento religioso que desde Jesús acá había dado al mundo tantas obras maestras de almas y realizaciones. La apologética me interesaba; y el misticismo, incluso para ejemplo de amigos, me atraía, Comencé a frecuentar los místicos antiguos y modernos: desde Plotino hasta Novalis. A los alemanes sobre todo (Meister, Eckchart, Suso, Böhme) y a los españoles (Lulio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz). Los especulativos y los sensuales —y no me olvidaba de los solitarios, de los anacoretas, de los desesperados amantes de Dios que habían pasado la vida en perpetua oración, entre las piedras de las montañas. En todos hallaba algo que convenía a mi caso: elevación, diluimiento en el ser, abandono, esperanzas de suertes más altas.

En algunos místicos heterodoxos, —como Novalis— encontraba hasta las más explícitas promesas de lo que buscaba; pero nada más que promesas y expectativas. Los demás conducían hacia las alturas enrarecidas del más abstracto amor, pero querían que yo renunciase a mi conocimiento, a mi conciencia, a mi persona. Me invitaban al abismamiento, a la fusión, pero no ya en el movable y agitado océano de los particulares, sino en la infinita indeterminación de un Dios único e invisible. Cierto es que algunos de estos, diluyéndose en tal indefinible e inefable divinidad, habían logrado realizar precisamente lo que yo quería: los milagros. Renunciando a todo, incluso a sí mismos, a su individualidad, lo habían obtenido todo. Todo le será dado a quien todo lo da. Era una espiral sobre el secreto del poder divino, —pero estrecha, incierta.

Había ya reconocido, haciendo la teoría de la investigación de lo diverso, que es necesario compenetrarse del todo para que el todo nos obedezca. Mientras nos sentimos *separados* no tenemos el derecho de dar órdenes a aquel que sentimos destacado de nosotros, y si las damos, no surten efecto. El misticismo era, de hecho, una destrucción de barreras, una negación de lo separado, un impulso hacia la inseparabilidad absoluta y

eterna. El místico no se siente como algo separado del mundo, del ser, —de Dios. Y entonces, convertido en parte mínima e integrante del mundo, todo resto suyo de voluntad se refleja en el ser; al abdicar de su voluntad particular, se convierte, sin pensarlo, en una especie de voluntad universal, y las más rígidas leyes de los físicos caen ante el amoroso deseo de un extático.

Pero también el poder de los santos es limitado, y en el modo de alcanzarlo está el principio mismo de su imposibilidad. La potencia perfecta se podría alcanzar únicamente con la renuncia perfecta del propio yo. Pero cuando esta renuncia hubiese llegado, todo recuerdo de pensamiento, toda huella de voluntad, todo estímulo de deseo habría desaparecido y no podría resurgir más. Y entonces no serían concebibles y posibles las órdenes. Quien hubiese alcanzado el poder máximo, precisamente por eso no podría servirse de él.

Pero yo no podía, no quería renunciar a mí mismo. ¿Qué me importaba una plena posibilidad perdida en la inconsciencia? Yo quería obrar sobre las cosas particulares: conocer, saber, prever. No perderme a mí mismo, no abolir el pensamiento. Y entonces me volví valientemente del otro lado: hacia el ocultismo.

No era la primera vez que intentaba penetrar en el atrio del templo maldito. Ya en los últimos años del enciclopedismo excesivo había llamado también a aquella puerta. Lo maravilloso me había lisonjeado siempre (¡oh *Mil y una noches*, obra maestra de todas las poesías!) y todavía no me estomagaba buscarlo en los golpes de una mesilla redonda o en las palabras inconexas de un médium no del todo sumiso. Por el vulgar camino maestro de las sesiones espiritistas (gabinetes ridículos, viejas histéricas, lámparas rojas, tropiezos de piernas y pies, risas contenidas, ¡silencio penoso en espera de los golpes fatales!) había hecho algún conocimiento entre los espías del más allá. Algunos —los más infantiles— no buscaban más que la certidumbre de una continuación cualquiera después del último suspiro. Otros, más idealistas, aspiraban a una regeneración moral del mundo nuestro por medio del conocimiento de las leyes del otro. Otros, en fin, más heroicos o más tercos, daban a entender que todos los pequeños prodigios físicos del medianismo y las disquisiciones y compilaciones

abracadabrantos de la teosofía, no eran nada: el principio, todo lo más. Impulsaban a doctrinas superiores, o tradiciones secretas, a maestros invisibles o lejanos, a esoterismos de primer orden, reservados a quien puede vencer las mil terribles pruebas —y prometían vagamente la potencia, aquella misma potencia que yo buscaba por todas partes. Con algunos de ellos hablé largamente; leí las turbias fuentes de su sabiduría ratonil; frecuenté algunas reuniones de olor diabólico; me inicié, a las cansadas, en la teosofía; probé las experiencias respiratorias de las varias joyas indoyankis; pedí insistentemente los secretos; me ofrecí, como discípulo. No es que yo tuviese plena fe en aquel barullo teológico y simbólico, del cual, según ellos, debía brotar la luz (la luz que debía traernos la nueva vida, una vida rica en poderes, pero creía que algo de verdad había en las instrucciones a los discípulos por un régimen mental y físico) distinto al común. De los sistemas confusos, de las ceremonias de momo y de las fórmulas mecánicamente repetidas me reía, pero en todo aquel amasijo de enseñanzas y de experimentos que por decenas de siglos se habían transmitido e intentado entre oriente y occidente, algo sólido debía haber. El núcleo, la semilla, el primer fragmento de un arte del milagro. Y con mi antigua fogosidad me sumergí en las investigaciones, en las lecturas y en las meditaciones. Veíanse efectos físicos de causas espirituales, si es que no mentían todos los médiums y medianistas. La telepatía era ya una anticipación de las futuras relaciones entre los hombres una vez suprimidos los intermediarios lentos y pesados— los movimientos de los objetos a distancia, las llamadas materializaciones (no negadas por todos), los primeros ejemplos de posibilidades trascendentales, de señorío directo, mental, sobre el mundo de lo inerte. Estos milagros eran realizados únicamente por hombres anormales en estados extraordinarios; era menester hacerlos posibles para todos, incluso en los estados más ordinarios. Eran a menudo involuntarios; debían trocarse en voluntarios. Eran pocos; debían llegar a ser comunes.

Para obtener estas victorias y afianzarlas era necesario proceder con método. ¿Quiénes eran los actores, los agentes de estos fenómenos maravillosos? Los santos, los magos, los médiums; nombres diversos de los hombres super-potentes que habían realizado prodigios muy similares con

creencias diferentes. El secreto no estaba, pues, en las doctrinas. El santo, impregnado de teología católica: el mago, repleto de teología cabalística, alejandrina, paracélsica: el médium, embebido de teología espiritualista tipo Allan Kardec, hacían, esperaban o prometían hacer las mismas cosas. La verdadera causa residía, pues, en el propio ser de estos hombres, que únicamente por casualidad o impulsados por algún frenesí teórico manifestaban salutíferamente sus potencialidades. El punto estaba allí: en estudiar profunda, minuciosa, íntimamente sus vidas, sus sistemas de vida, sus constituciones, sus tendencias y anomalías. Construir la fisiología y la psicología del hombre poderoso. Hecho este trabajo, fácil sería deducir una especie de método para la sublimación de la voluntad, y posible el educar y adiestrar artificialmente a los hombres para concederle sistemáticamente a cada uno su parte de divinidad. Era fiel a mi idea; transformar el instrumento en vez de cambiar solamente palabras y terminologías. Fijados así, exactamente, el plan y el camino, me dediqué desesperadamente al trabajo. Psicologías generales y particulares, normales y patológicas; leyendas de santos y autobiografías de videntes; relaciones de sesiones mediúnicas y catecismos de iniciados; propedéuticas mágicas e historias de taumaturgos; todo lo engullí y digerí con mi vieja e impaciente voracidad.

Reuní innumerables notas; seguí pistas falsas; inicié experiencias; creí haber encontrado algo; fracasé, renuncié, volví a empezar... El tiempo apremiaba, la juventud se iba; el deber, el más solemne deber de toda la vida, estaba señalado. A todo trance era preciso descubrir el secreto: de cualquier modo debía apoderarme de él o desaparecer. Vivía en una ansiedad perpetua; demacrado, desfigurado, como en sueños. Una fiebre continua me excitaba, el cerebro se negaba a seguir trabajando... Mi cabeza era toda un dolor martillante y perpetuo; me desmayé varias veces, muchas perdí el sentido de la dirección, del significado de las cosas, de las palabras. Los amigos se asustaron; les respondía de mal modo. Vi la muerte de cerca, busqué la soledad, todos me parecían enemigos. Decidí partir sin avisar a nadie. Allá arriba, en las montañas, más cerca del cielo, lejos de las murmuraciones y del bullicio de la ciudad, vencería más fácilmente el misterio. Mi debilidad crecía y se hacía inquietante; íncubos atroces me

asediaban todas las noches; la locura estaba en acecho, pronta a saltar sobre mí; todo estaba descolorido a mi alrededor, en torno a mi mente afanosa que se tambaleaba dolorosamente tensa hacia lo imposible.

Partí solo para la última tentativa, con mi loco sueño en el corazón. Bajaría nuevamente de la montaña victorioso y tremendo como un Dios —o no volvería nunca, jamás.

—Pero volví...

Lentisismo

Allí abajo están los buitres
que devoran los corazones inconsumibles

MATEO PALMIERI

XXIX

El descenso

Volví... No puedo pensar en aquel regreso. No puedo decir lo que fue en mi vida. Una llamarada infernal de vergüenza me quema el rostro. Un estremecimiento de frío me invade los riñones. Se me nublan los ojos; aprieto los dientes; el corazón parece que quisiera detenerse, pero luego vuelve a latir y palpitar más fuerte, como queriendo cubrir las palabras interiores de los remordimientos... No fue un retorno, sino una fuga, una derrota —un fin. Sentí que lo mejor de mi vida estaba vivido, que mi parte en el mundo terminaba allí. Hubiera podido, después, comer, dormir, escribir y quizá agradar (interesar a los demás, hacerme un nombre, etc.), pero el curso metafísico de mí mismo estaba cortado de raíz. No terminaba un período, terminaba una persona. No se cerraba una experiencia; se extinguía un alma.

¡Esperanza, orgullo, perfección, divinidad! ¡Oh mis sueños verdaderamente soñados! ¡Oh entusiasmos verdaderamente sentidos! ¡Oh amores insaciados e impacientes como primaveras que tienen ya la sequedad de los agostos! Quien no ha experimentado algo semejante; quien no ha esperado largas noches en la oscuridad a que las puertas se abriesen y fuese la luz; quien no ha acercado la boca seca y sedienta a la fuente que debía brotar; quien no se ha visto grande en la cima de una alta montaña, rival de Dios, dueño de los hombres, señor de la tierra, más allá del bien y del mal, de lo útil y de lo inútil y de todas las pequeñas y las grandes, las

viles y las gloriosas hazañas de los hombres, solo consigo mismo, solo en el cielo, no podrá comprender lo que yo siento recordando aquel regreso.

Descendía. Venía de lo alto, de los montes, de las colinas. Pero no descendía, como el fiero pastor, del zarzal ardiente, con las leyes de la verdad grabadas en el corazón y en la piedra. No descendía, como el buen pastor, de los olivos nocturnos, hacia un suplicio que era promesa de eternidad, hacia una muerte que era principio de vida. Descendía solo y ciego. No descendía: me despeñaba. Ni siquiera la sonrisa de una esperanza me iluminaba la faz. Todo había terminado. Recomenzaba lo mediocre, lo bajo, lo vil —y para siempre. ¡Adiós juventud! ¡Adiós grandeza divina! ¡Adiós verdadera vida!

Había ido a las montañas pensando estúpidamente que subiendo mil o dos mil metros iba a estar más cerca del cielo. Me había encerrado en la soledad, imaginando que hubiera otra soledad fuera de aquella que el espíritu fuerte, recogido en sí mismo, puede crear en el propio interior. Y con la cabeza posada sobre las hierbas rasas de los altiplanos, con los brazos extendidos como un titán crucificado, no viendo otra cosa más que el infinito celestial de la poesía y de la fe, cara a cara con el abierto cielo, empezando a temblar cuando las estrellas empezaban a temblar en el fosco azul del crepúsculo, había esperado el momento, el instante, el estallido, el brote —la revelación enceguecedora: el milagro. Las cosas habían permanecido sordas a mis llamadas: todo había seguido siendo como antes. Y a mis invocaciones nadie había respondido, nadie había venido al encuentro de mi espera. Los hombres, aunque lejanos, parecían como si se burlasen de mí. Los sentía hacer muecas, como satisfechos.

—Quería ser más que nosotros. Salir de la humanidad. Tenía horror de nuestra miseria. Y ahora, también él, si quiere vivir...

(Solo una mujer, lejana lloraba). ¿Pero lloraba de veras? ¿Sinceramente? ¿Acaso por vanidad traicionada?

Enfermé. Hasta la poca fuerza que tenía me abandonó. Volví a las casas, a mi casa —entre los vecinos, entre los lejanos. Volví como vuelve entre los prisioneros aquel que se cree, por una hora, indultado. No era más el de antes; no era el que había querido ser. Era un monstruo: un monstruo infeliz y rígido. Pálido, flaco, hosco, de todos huía. Nada más que reclamaba en el

mundo de los valores comunes. Dejé también a los amigos. Dije que no quería ver a nadie, que durante algún tiempo quería volver a estar solo, salvajemente solo, como en los años de la adolescencia. Me encerré en casa. Cambié de ciudad. No hice nada: no contesté a las cartas, no repliqué a los insultos, no correspondí al amor.

¿Qué otra cosa podía tentarme y retenerme después de lo que había intentado? ¿El arte? ¿La gloria? ¿El pensamiento? ¿No eran, acaso, aquellas las alegrías que había dejado atrás, las felicidades a las cuales había renunciado, los fines que había sobrepujado sin alcanzarlos porque me parecían demasiado próximos y pequeños?

Quien lo ha querido todo, ¿cómo puede contentarse con poco? Quien investigó el cielo, ¿cómo puede complacerse en la tierra? Quien se aventuró en la senda de la divinidad, ¿cómo puede resignarse a la humanidad?

Todo se ha acabado, todo está cerrado, todo está perdido. Na hay nada más que hacer. ¿Consolarse? Tampoco. ¿Llorar? ¡Pero, para llorar hace falta energía, se necesita un poco de esperanza!

Yo ya no soy nada, no cuento ya, no quiero nada: no me muevo. Soy una cosa y no un hombre. Tocadme: estoy frío como una piedra, frío como un sepulcro.

Aquí está encerrado un hombre que no pudo llegar a ser Dios.

XXX

Me acuso solamente a mi mismo

Yo no hago alboroto contra ti, Destino, eterno y abstracto, cirineo de las anemias humanas, ni me la emprendo con la casualidad y maldad de los hombres que han impedido el florecimiento y la fructificación de mi espíritu y no me han concedido el triunfo que quizás merecía.

Quedémonos en este quizás, amigo. Ya que he sido débil, tratemos de no ser injustos. Dios quiera que yo tenga el último coraje: el de mirar con los ojos abiertos en mis ojos abiertos; el de leer sin pausas, sin paréntesis ni reticencias en el libro de la memoria; el de agujonear y hurgar las llagas hasta el fondo, sin miedo al tormento y a la purulencia...

Yo no he logrado hacer lo que me había propuesto, no he cumplido lo que había prometido, no he llegado a esa elevación de ánimo, a esa gloria, a esa potencialidad que he soñado, deseado y querido en los años que fueron. ¿A quién echar la culpa? ¿Acaso a los propósitos, a las promesas, a los deseos demasiado grandes? De ningún modo: no es que las alturas sean demasiado altas, sino harto cortas las alas. Yo aspiraba a alguna de esas cosas que se dicen imposibles y que en realidad hasta ahora no han sido posibles para ningún hombre, pero ¿no consistía precisamente en eso la razón de mi soberbia y mi embriaguez? ¿No me había colocado yo mismo, voluntaria y alegremente en la banda pequeña de los buscadores de lo absurdo y de lo no factible?

No, no: no es para gemir con estas excusas. ¿Salvaré los obstáculos invencibles, interpuestos por la gente, la miseria, la mediocridad de los tiempos, la envidia de los prójimos, el desprecio de los extraños, la indiferencia de los más? También estas son historias. No hay fuerza que no pueda ser vencida por otra fuerza más grande; no hay enemigo que no pueda ser derribado por uno más vigoroso que él; no hay miseria que impida la conquista de maravillosas riquezas; no hay hielo que no se pueda derretir, calentar y hervir. Cuando uno comienza una empresa, debe echar cuentas de todo lo que se requiere para terminarla. Si no tiene poderes suficientes, debe conquistarlos antes de ponerse a la obra o arrinconarse en la sombra o hacer lo que todos hacen.

No, caro: tampoco esta es una defensa. Lo malo es —ahora lo puedo decir— que los más débiles son los que se proponen las empresas más difíciles, los más cobardes las más temerarias, y el que tiene el pecho estrecho y las piernas cortas, las carreras más largas. ¿Por qué? Hay más de una razón: el amor del contraste que se encuentra en todas las cosas humanas, la necesidad de exaltarse y aturdirse con alardes de fuerza y borracheras de grandeza. Así, con la apariencia de querer hacer más que los otros, se hace menos que todos y se prepara para una bella y gloriosa derrota: se había propuesto cosas tan grandes que las fuerzas no le bastaron; ¡quién sabe qué cosa hubiera hecho si su ambición hubiese sido menor!

Yo conozco tan bien estas coqueterías y escapatorias de vencido, que no sé qué hacer. Que no se diga que escondo mi vileza tras los reflejos de un sofisma y que disimulo mi pobreza de ánimo con barniz de rosa patético.

No he triunfado porque no quería ni sabía triunfar seriamente: he aquí la pura, desnuda y simple verdad. No he triunfado porque no he tenido fuerzas bastantes, y porque no he tenido tampoco la fuerza de querer encontrar y crear las fuerzas que me faltaban, y porque no he tenido siempre en mí, como eje de mi vida, como fuego central de mi alma, el sueño que magnificaba con palabras.

Muchas veces, en vez de estarme encerrado en mi habitación, solo con mis pensamientos, me he dejado vencer por un momento de tedio y he escapado a la calle, me he detenido en los escaparates, he seguido las luces encendidas sobre mi cabeza, he montado en los tranvías, me he sentado en

los cafés a mirar las figuras de una revista burguesa; he buscado a los amigos, y he tenido con ellos no sé cuántas tontas conversaciones, malas o ingeniosas; he ido a hacer visitas, a charlar con señoritas forasteras y con viejas damas afectuosas.

Y muchas veces he dejado a la mitad una página en un punto difícil para tumbarme sobre un diván y leer un libro cualquiera, que me diese la ilusión de pensar por mí y hasta he buscado los chistes de los diarios. La haraganería, la duda y venenosa haraganería que tiene cien caras y cien sonrisas, me ha arrastrado, seducido y corrompido casi siempre. Ella, con la excusa del frío y del sueño, o de la falta de papel o de plumas, me ha apartado del trabajo; ella me ha retrasado durante años y años las curas radicales del alma y las resoluciones decisivas. Luego, me he dejado vencer por el cuerpo, por la sensualidad, por el vientre y por el pene. Y he comido demasiado, tanto que en muchas horas no podía trabajar; y he bebido hasta caer en ese estado de placentera embriaguez en que nada parece serio y todo parece fácil, alegre y lejano; y he perdido horas y horas; tardes y noches enteras junto a las mujeres, abrazado, enardecido y feliz.

Algunas veces, el miedo al ridículo me ha detenido a mitad de camino cuando iba a comprometerme con el mundo del cuerpo y de la bolsa —y los respetos humanos y la fácil casuística burguesa me han hecho tímido, incierto, tibio y desmemoriado— y los intereses, las necesidades de dinero han enderezado hacia otras cosas mis escasas fuerzas, han turbado mi espíritu, lo han constreñido a mentiras, a compromisos, a rémoras. Poco a poco las hermosas horas de exaltación han ido desapareciendo; nuevos cuidados me han ocupado toda el alma; la pereza me ha llenado de algodón los oídos para que no oyese los reclamos y los remordimientos; placeres más bajos y fines más mediocres me han mantenido en ese estado de somnolencia negligente e inquieta, enemiga de hacer nada, en que seguía aún prometiendo con palabras, pero en que se había perdido la gran voluntad que se mostraba a ciertas horas, y las llamas de un tiempo no eran más que restos de brasas apenas rojeando de vez en cuando bajo la ceniza gris.

Y así he llegado poco a poco a reconocer francamente mi impotencia y he arrojado a un lado los planes divinos y los juramentos heroicos para

narrar con melancólica serenidad, la derrota de un alma. Yo no me acuso más que a mí mismo, y espero que me sea perdonada, por esta franqueza, alguna pasada cobardía.

XXXI

Días vergonzosos

Yo creo ser, muchas veces, uno de los más jesuíticos perezosos de Italia. Duermo diez horas seguidas sin despertarme, sin soñar. Me despierto con la cabeza pesada y la boca pastosa; salgo a la calle para no hacer nada; vuelvo a casa para descansar; como vorazmente, como un muchacho que se masturba todas las noches; sorbo una gran taza de café; fumo cinco o diez cigarrillos; me tumbo en una poltrona y extendiendo las piernas una sobre otra; leo un periódico de pies a cabeza, como un pensionista achacoso; vuelvo a la calle para encontrarme con algún escéptico conocido, con el cual hago un poco de esgrima de ironía estúpida y amarga; entro en un café, engullo una taza de chocolate harinoso, como con disgusto tres o cuatro pastelillos de hojaldre o rellenos de sucias conservas de frutas; hojeo un haz de periódicos sobados y estropajados, y casi casi sonrío al ver de pasada las caricaturas jocosamente coloreadas; vuelvo a la calle bajo la gran luz teatral de los focos eléctricos; sigo a una prostituta empolvada y encaminada como si fuese mi primer amor; entro en una librería para comprar con poco dinero libros sin cortar y que no leeré jamás; me detengo ante las tiendas de comestibles y contemplo los quesos untuosos y las latas de sardinas, con apetito; voy a una casa donde me dan el té y me bebo cuatro tazas, esperando que me venga un poco de talento; o subo a un burdel si tengo gana y también si no la tengo —así, para matar los minutos y las horas, para no acordarme de lo que debo hacer y no hago, para embrutecerme, para

envilecerme, para acallar el remordimiento, para amordazar la conciencia... De vez en cuando, si no puedo hacer menos, escribo una o diez cartas, para pensar más, para desembarazarme de todos, y alguna que otra noche, cuando me siento verdaderamente colmado e inconsolablemente melancólico, empuño mi gruesa pluma negra y escribo lo que se me desborda del alma; lleno de prisa diez, veinte, cuarenta carillas blancas con mis desahogos, con mis actos de contricción, con mis refinados e ingeniosos absurdos.

¿Pero qué queréis que salga de un hombre que vive entre el sueño y el café, entre la mesa y el lecho, holgazán y soñoliento, bueno solamente para tocar a diana, pero en cobarde fuga el día de la verdadera batalla? E incorporándome en las sábanas tibias o levantándome de las sillas hundidas, grazno como un águila porque el espíritu ha sido insultado y esbozo para mis semejantes una vida solitaria, austera, desdeñosa, noble y miguelangelesca.

Y no hay que decir que yo no siento la infamia de esta doble vida mía. La siento y cuanto más duramente la siento, tanto más me abandono y me hundo para adormecer la vergüenza. Encuentro un poco de confortación al confesarme, pero, cuando he reflejado en el espejo de las concitadas palabras mi lívida imagen de traidor de sí mismo, para que todos la vean y escupan encima, me creo perdonado y salvado, me elevo con aire de triunfo como si la desgraciada exhibición me hubiese purificado y transformado. Y al día siguiente, empiezo como antes; me voy presto a la cama, duermo diez horas sin despertarme, sin soñar; me levanto con la cabeza vacía y la boca amarga y hasta la noche vivo en ese estado que confesé temblando el día anterior. Y vuelvo ¡ay de mí! Cuando ya no puedo más, a verter convulsamente palabras en el papel ya cantar con versos de sílabas infinitas la terribilidad del ascético héroe que ve las cosas humanas con ojos divinos, y soy de tal como abyecto, que ni una vez se me ocurre la idea, de echar arsénico en mi rubio té, pródigamente endulzado.

XXXII

¿Que queréis de mi?

Sin embargo, todos me buscan, todos me quieren hablar, todos preguntan por mí a los demás. Uno me pregunta cómo estoy, si me he mejorado, si me ha vuelto el apetito, si voy a pasear, —otro me pregunta si trabajo, si he terminado tal cual libro, si comenzaré uno nuevo. Aquel enclenque monito alemán quiere traducir mis obras; aquella alocada muchacha rusa quiere que le escriba mi vida; la señora americana quiere saber, a toda costa, mis últimas noticias, el señor americano me envía su coche a la puerta para que vaya a comer y a confiarme con él; mi compañero de escuela y de charlas de hace diez años quiere que me quede quieto ante él durante horas y horas para hacerme el retrato; el periodista quiere saber dónde está mi casa; el amigo místico en qué estado se halla mi alma; el amigo práctico cómo anda mi billetera; el presidente de la sociedad ordena que yo pronuncie un discurso; la señora espiritual, desea que vaya a tomar el té en su casa todas las veces que pueda para conocer mi parecer sobre Jesucristo y sobre el quiromante llegado en estos días...

¡Pero en qué me he convertido, por Dios! ¿Qué derecho tenéis vosotros de entorpecer mi vida, de robar mi tiempo, de husmearme el alma, de succionarme el pensamiento, de quererme hacer vuestro compañero, confidente, informador? ¿Por quién me habéis tomado? ¿Soy, quizás, un actor asalariado para recitar todas las noches ante vuestras caras estúpidas la comedia de la inteligencia? ¿Soy acaso un esclavo comprado y pagado, que

deba inclinarme ante vuestros caprichos de desocupados y ofrecerme en homenaje todo cuanto sé y hago? ¿Soy, tal vez, una puta de prostíbulo que haya de alzar la falda y la camisa a la primera indicación de un macho vestido decentemente?

Yo soy un hombre que quisiera vivir una vida heroica y hacer a sus ojos más soportable el mundo. Si en algún momento de debilidad, de abandono o de necesidad, arrojó al mundo mi desdén traducido en palabras o algún sueño embutido en imágenes, cogedlo o tiradlo al camino —pero no me importunéis.

Soy un hombre libre —necesito la libertad, necesito estar solo, necesito rumiar entre mí todas mis vergüenzas y mis tristezas, necesito gozar del sol y de las piedras de la calle, sin compañía y sin palabras, cara a cara conmigo mismo, con la sola música de mi corazón. ¿Qué queréis de mí? Lo que quiero decir lo imprimo; lo que quiero dar, lo doy. Vuestra curiosidad me empalaga; vuestros cumplidos me humillan; vuestro té me envenena. No debo nada a nadie y tendría que ajustar cuentas solamente con Dios, si existiese.

XXXIII

La gloria

Y aunque triunfase, aunque os echase en cara a todos vosotros que me habéis despreciado, angustiado, escarnecido, destrozado, perseguido e ignorado, la obra que soñé y deseé, la obra maestra que hiciera llorar a vuestros secos ojos de avaros y cerrase vuestras bocas obscenamente risueñas e hiciese latir con fuerza el plácido corazoncito que tenéis olvidado bajo la camisa; aunque llegase, en fin, a confundiros, a batiros y derrotaros con la fuerza poderosa y resplandeciente de mi genio, ¿que me daríais? ¿Qué podríais ofrecerme, de qué modo pensaríais recompensarme?

Todas las historias del dolor de los hombres están llenas de vuestro reconocimiento. ¡Buena cosa, por Dios, vuestra gloria!

¡Cómo! Después que he dado la mejor parte de mí, un pedazo vivo de mi carne, la flor de mi sangre, el secreto más celoso de mi vida, ¿no encontráis más medios que este? ¿No sabéis hacer otra cosa que hablar de mí en los periódicos, sin comprenderme; señalarme con el dedo si salgo a respirar o si me siento en un café o en un teatro, obligarme a seguir escribiendo, aunque no lo quiera, ni sepa hacer otra cosa que repetirme; pedirme cartas, juicios, autógrafos y artículos por todas partes; espiarme y contar a dónde voy, con quién estoy, qué es lo que hago; reproducir mi fea cara por doquier, en libros y en diarios, en las esquinas y en las postales; y, finalmente, después misterios de mi vida, pasear mis últimos despojos,

elevanto de muerto, ir a revolver mis papeles, sacar a la plaza una mala copia de mi cuerpo, de mármol o de bronce, en medio de cualquier mercado?

La vanidad es fuerte hasta en los grandes —lo sé. ¿Pero, es que no hay, también, almas delicadas? ¿No hay, también, espíritus que se sienten pura y exclusivamente espíritus y que se sienten ofendidos y manchados por adoración de santurriones? Lo que vale en mí, si algo vale, es el alma, ¿y por qué, pues, copiáis y eternizáis mi cuerpo? Si soy grande, es porque he tenido la fuerza de ser solitario: ¿por qué dais vueltas en torno mío y me turbáis con vuestros alientos y con vuestras miradas de bestias curiosas? Si he dado algún ejemplo, os he enseñado que la cosa más grande que un hombre puede hacer, es la de agregar naturaleza a la naturaleza, vida a la vida, espíritu al espíritu, y no rumiar, triturar y remasticar las obras de los demás: ¿por qué, entonces os fatigáis en hacer comprender lo que yo he dicho en vez de sentir encendida el alma para superarme y destruirme en otras creaciones?

Si he dicho bien lo que he dicho, ¿por qué lo repetís peor? Si los demás no comprenden mis palabras, ¿vale la pena de que alguien las haga comprender? ¿Y las hará comprender tal cual yo las he fijado en las noches más espumantes de mi inspiración?

Cierto es que estos lamentos son ridículos, especialmente en mi boca. ¿A qué buscar fuera la recompensa que tú tienes dentro de ti? Si la creación de tu obra, si la vida de las personas nacidas de ti, si la plenitud de las imágenes por ti inventadas, no bastan para contentarte y alegrarte, ¿qué es lo que vas buscando entre los hombres? ¿Podrán darte ellos, pequeños, fríos, mediocres, lo que tu mismo genio no te ha dado? Crea sin pensar en ellos, arroja tus cosas entre los hombres para espantarles, y luego sigue creando hasta que te queden fuerzas. ¿Eres acaso un albañil que espera el salario todos los sábados, después de haber hecho su labor? Tus casas no son casas de cal, sino de palabras y de sangre —ni gloria ni dinero pueden pagarlas.

Ni gloria ni dinero: pero el dulce dolor, sí, pero la gloria silenciosa sí. ¡Oh, si yo pudiese hablar junto a esos, aunque sean tres o siete o diez solamente, que leen con toda el alma, no con los ojos únicamente, que viven con el escritor y le quieren bien, como a un hermano, aunque no le

hayan visto; que sueñan con él, que hablan de él, entre sí, durante los melancólicos paseos del domingo, y se nutren con su pensamiento, se emborrachan con su poesía, tiemblan por su suerte y esperan su palabra como los profetas esperan la revelación de Dios, entonces sí que sería feliz, entonces me sentiría recompensado del silencio pasado y del insulso rumor presente! ¡Si pudiese estrecharte contra mi pecho, oh, joven pálido, triste, desconsolado y enamorado lector único y primero a quien he descubierto yo solo y antes que nadie el amargo sabor de la grandeza y la alegría febril de la poesía! Una sonrisa tuya, un latido más fuerte de tu corazón, una mirada tuya amplia y feliz, un sueño agitado tuyo, serían para mí regalos más suaves y substanciosos que todas las charlas de papagayo y que todas las coronas de hojas doradas. No los aplausos, los estrépitos y las bocas abiertas, las alabanzas forzadas y la envidiosa adulación. ¡No, no: lejos de mí ese estruendo; hacedlo para vuestros cantantes, para vuestras bailarinas, para vuestros gordos tenores! ¡Dad las bellotas a los puercos, si no tenéis gemas para los héroes!

XXXIV

Y si aunque...

¿Y aunque hubiese obtenido el poder? Aunque hubiese llegado a ser una especie de semidiós terrestre, señor del cielo y de la tierra, dueño de los hombres y de los espíritus: ¿qué hubiera hecho de mis poderes? ¿De qué modo hubiera empleado esa universal soberanía?

Mientras duraba el místico tirocinio hacia el soñado mando, no había pensado casi nunca en él después. Corría tras el medio, sin saber a qué fin encaminarlo. Quería ser Dios, sin tener en la mente mi creación y mi ley. El mundo ya estaba creado y su ley era tal, que todo se hubiese desatado y deshecho a un simple toque mío. ¿Y entonces?

Poderlo todo —absolutamente todo. ¿Qué hacer? No se puede obrar sin escoger. ¿Pero cómo escoger ante las infinitas posibilidades de mis deseos? Para escoger hay que preferir algo; amar a este más y a este otro menos; tener presente un objetivo cualquiera; sufrir en el corazón por un ideal. Entonces hubiera podido destruir lo que despreciaba y hacer prevalecer lo que quería: dirigir la corriente de las cosas hacia mi meta y modelar mi ideal en el dócil fango de lo concreto.

Pero yo no tenía nada de eso: ni amores, ni fines, ni sueños. El único amor mío era el poder: único fin la potencia, último sueño el poder. ¿Pero, y después del poder? Estaba vacío —me sentí espantosamente vacío como un charco que parece un abismo, solo porque refleja la profunda lejanía del cielo.

¿Qué hacer? La respuesta es, desde luego, difícil para un hombre de cierta superioridad, completamente cercado por todas partes de imposibilidades y de impotencias. Sabe que debe renunciar a este y al otro camino: el itinerario que resta es menos largo pero más seguro. Mas para quien no tiene murallas ni resistencias por ningún lado, y es teóricamente libre, teóricamente omnipotente el «¿qué hacer?» es mil veces más enigmático y amenazador.

¿Qué hacer? Para ejercitar mi fuerza, esto o aquello es idénticamente bueno. Para el que demasiado alto, no tiene ya las humanas necesidades, intereses, amores y verdades, todo está en el mismo plano. Destruir un pueblo y crear una especie nueva son equivalentes. Dar la felicidad al miserable y precipitar en el horror del mal al dichoso, son, a esa altura, la misma cosa. Lo justo y lo injusto, el arriba y el abajo, para él, carecen de sentido. Apenas elevados sobre la humanidad sus diversos valores se confunden y desaparecen. Todos los sentimientos de los hombres están movidos por la impotencia —apenas se ha conquistado la plena potencia, uno se deshumaniza, se superhumaniza, pero queda insensible, muerto: ya no se tiene el timón, ni voluntad, ni dirección. Todo es igual, un nido de pájaro y una ciudad, un grano de arena y una península, un imbécil y un genio son igualmente considerables y ridículos. ¿Qué me puede importar una parte de la realidad más que otra, cuando todo es mío, cuando todo está a mi disposición, bajo mis órdenes?

Gran parte del placer que se experimenta cuando se logra hacer algo — cambiar, poseer algo— depende del esfuerzo que el hacerlo nos ha costado. «¡Qué valiente soy! ¡Qué fuerte soy! ¡Otro no habría obtenido lo que he obtenido yo!». Y después de tanto trabajo, el objeto conquistado, aunque sea un juguete despreciable —una mujer, una casa, un trapo de fama— nos parece algo precioso, un premio de dulce para nuestro sudor victorioso. Pero, aun cuando el poder hacer no costase trabajo, aunque bastase el conato de una voluntad, el murmullo de una orden, un rápido fruncimiento de cejas para obtener la obediencia inmediata e ilimitada de las cosas, ¿dónde está la gloria, dónde está la victoria?

Quizás, pienso, ha sido una gran fortuna para mí, el no haber conseguido triunfar de aquella manera material y ciega que yo creía.

Hubiera sido más infeliz de lo que soy. Y, tal vez me hubiese bastado saber que hubiera podido hacerlo todo y no hice nada. Me hubiera quedado sin movimiento para siempre, impotente por demasiado poder. Y hubiera deseado desesperadamente los afanosos días de la vigilia cuando quería, elegía, seguía algo.

¿Que todas estas consideraciones no son otra cosa que consolaciones póstumas del gran fracaso? ¡Oh, desvergonzado Adán, arrojado antes de pasar la cancela! ¿mezquinas hasta el olor y el sabor de las frutas que no pudiste morder?

XXXV

¿Soy un imbécil?

Toda mi vida está planteada sobre esta fe: que soy un hombre de genio. Pero ¿y si me equivocase, si por el contrario fuese uno de los tantos bobos que toman las reminiscencias por aspiraciones y los deseos por obras, y fuese, en una palabra, un imbécil? ¿Qué habría de extraño? ¿Es, quizás, la primera vez que un majadero se imagina ser un héroe, que un literato se cree poeta y que un idiota se pone las ropas de los grandes hombres? ¿No es posible, mil veces posible, que yo no sea otra cosa que un frío lector de libros, recalentado de vez en cuando por el fuego ajeno, convertido en ingenioso por los demás y que haya equivocado el callado borboteo de un alma ambiciosa con el rumor de una vena pronta a estallar y a fluir, a abreviar la tierra y a reflejar el cielo? Cuanto más lo pienso, más común, más natural, más verosímil me parece. ¿Quién me da derecho a esperar en mí y en el genio? ¿Lo que he hecho? ¡Pero si soy el primero en renegar de ello y despreciarlo! Residuos literarios de todos los países, desahogos nocturnos de un onanista sin amigos, juegos de destreza intelectual... ¡Nada más, nada mejor!

Toda la fe de mi genio reside en la expectativa larga e inútil de un golpe de inspiración revolucionaria y triunfante, está en esta mi perpetua inquietud que con nada se conforma y de todo se asquea, excepto de un mundo celestial y platónico que por momentos me parece entrever entre las nubes del verdadero mundo; está en esas iluminarias que vuelan en seguida;

en esos tenues movimientos líricos; en esas rápidas imágenes que luego se truecas en frases amables que a menudo me pasan por el alma cuando piensa sin mirar, cuando de noche atravieso mis puentes, entre el río y el cielo, temblorosos de luces.

¿Pero, esto qué prueba? ¡El desencanto es tan a menudo una excusa de la más clorótica debilidad! Y todos esos breves soplos fantásticos no llegan a ser el vendaval huracanado que barre el mundo y levanta a los hombres hasta los ángeles y las estrellas; todas esas impresiones desligadas, esas pequeñas ideas sin compañía, esos brincos relegados luego abajo esos pequeños apuntes, esas expresiones felices que no logran ordenarse, organizarse, vivir juntas, fundirse en una obra maestra de vida, en una obra plena y cumplida, no aprovechan ni cuentan nada. Es menester bastante más para tener derecho a tutear a los muy poderosos creadores y subir a la torre o a la montaña para escupir o para llorar sobre la procesión de los orgullosos satisfechos. Las chispas fugitivas, los fuegos fatuos, las fosforescencias engañosas, los resplandores velados, los relámpagos lejanos, las chispas que surgen y se apagan en un instante, no son la llama—son promesas, tentaciones, halagos; son la yesca siempre renacida de la vanidad, son la confortación extenuante del maldito infecundo, son los guiños agónicos de un aborto. No hay que esperar en eso. Antes bien, sería mejor que no hubiese nada. Esos resuellos de flaca genialidad, son la marca de infancia y de tortura del hombre mediocre— del que no es bestia perfecta, ni genio supremo, que no es planta tranquilamente vegetativa ni alma furiosamente creadora, ni sordo montón de materia, ni columna de fuego ante los pueblos. Soy el mediocre, el infame mediocre que odio con todo el cuerpo; soy el que no será nunca nada cuando la sangre se detenga y los pulmones se hinchen por última vez. Acaso fui algo tiempo ha, por algún momento; acaso gasté todo el genio que me fue dado en una sola noche, en una sola partida de ese juego que desconozco. Y ahora estoy aquí como un hebreo que habiendo probado la uva de la tierra prometida en un día de apresurada vendimia, se quedara solo, con la boca seca, en medio del desierto polvoriento— soy como quien está suspendido entre el cielo y la tierra, demasiado etéreo para arrastrarse por el suelo. Sedimentos de cultura, reminiscencias de poetas, bullicio de pensamientos, hacen de mí un hombre

inadaptado a la vida de la práctico y mecánico y no han sido suficientes para hacerme digno de ser rey de las mentes. ¡Si al menos no hubiese experimentado ni siquiera de lejos, ni siquiera por un instante, la espasmódica alegría de la creación! ¡O si hubiese nacido y permanecido resuelta y definitivamente siendo un imbécil sin conciencia, un modesto cretino sin remordimiento, un buen idiota sin pretensiones! Pero no. Sé que soy un imbécil, siento que soy un idiota, y eso me distingue de los idiotas enteros y contentos. Soy superior hasta el punto de comprender que no soy bastante superior a nada más. Tal vez con el andar de los años, mi imbecilidad sea más profunda, y entonces, si no soy más feliz, estaré menos atormentado. Y espero trocarme en árbol o en piedra y yacer, al fin, en la bienaventurada inconsciencia del todo.

XXXVI

Soy un ignorante

Y luego, en el fondo, digamos toda la fastidiosa verdad: ¡soy un ignorante! He husmeado por todas partes, he revuelto en todo, he desflorado y abusado de lo cognoscible, me he golpeado la cabeza contra lo incognoscible, pero nunca he profundizado nada. No hay doctrina, arte, filosofía en que pueda decir verdaderamente que soy un déspota absoluto. No tengo una especialidad, no tengo un campo, aunque sea pequeño, aunque sea un huerto doméstico y pequeño, en el que me sienta de verdad en lo mío, en el que pueda tratar de arriba abajo a quien se me coloque delante.

Puedo dar a los demás, a muchos, la impresión de ser uno de esos hombres anfibios, eunucos y desvirilizados que se llaman, con ultraje a la agricultura, «hombres cultos». He leído bastantes libros, muchísimos, quizás demasiados, y sin embargo, puedo decir que no he leído nada. Tengo en la mente una infinidad de nombres, una horda de títulos, un almacén de apuntes, pero los libros que en realidad conozco por dentro y por afuera, en las palabras y en el espíritu, por lecturas repetidas, mediadas y reposadas, son poquísimos, y me avergüenzo de ello aunque no sea yo solo el único en este miserable estado de quien pierde tiempo escribiendo en la arena, palabras que se llevará el viento. El hombre de un solo libro es fúnebre y siniestro; pero, cloaca que retiene de lo que pasa por ella solamente lo peor, lo extremo. Yo soy uno de estos hombres. *Mea culpa.*

Soy el autodidáctico nato, y el autodidáctico es grande solo si logra madurarse y formarse. Soy el enciclopédico, el hombre de los diccionarios y de los manuales, y el enciclopédico es maravilloso cuando sabe ligar con los anillos de hierro de las ideas madres, los haces marchitos y sin flores de los hechos regados acá y allá por las librerías. Puedo asombrar a más de unos con la biografía; puedo sostener conversaciones decentes hasta con especialistas. Pero después de cinco minutos o cinco días, héteme a secas: mi panera está vacía. Tengo muchos sacos en mi casa, pero ninguno a la medida. Me falta siempre más de una fanega y lo que queda no ha sido pasado por la criba. A dondequiera que me vuelva no soy un profano, pero, tampoco un iniciado. No tengo ni asiento reconocido entre los doctos ni llevo rótulos en la frente. Soy un desarraigado que puede estar en cualquier parte mientras no lo echen.

Judío Errante del saber, no me he detenido en ningún país; no he tomado domicilio estable en ninguna ciudad. Perseguido por el demonio de la curiosidad he explorado ríos y selvas sin rumbo y sin paciencia: apurado, al vuelo. Tengo muchas reminiscencias, pero pocos fundamentos. Soy como un rey que posee un gran imperio compuesto de cartas geográficas.

He comenzado a hacer muchas cosas y no he concluído nada. Apenas emprendido un camino, he vuelto por la primera senda que se me abría a diestra o siniestra, y de esta, por los atajos, he ido a dar a los senderos y por los senderos he ido a parar a otra carretera maestra.

Cuando alguien se maravilla de mi saber, de mi «erudición», me vienen ganas de reír. Yo solo sé cuántas lagunas espantosas hay en mi cerebro. Yo solo, que he querido saberlo todo, sé cuán próximos están los confines de mi ciencia. Las hazañas de la antigüedad, las lenguas muertas de las grandes naciones, las ciencias de la luz, del movimiento, de la vida me están casi cerradas. Conozco el vocabulario y algún párrafo; tengo una idea del conjunto y no sé caminar con mis piernas. Soy ignorante — desmesurada e incurablemente ignorante. Y lo peor es que mi ignorancia no es la pura y natural del hombre de los bosques o de los campos, que puede ir unida con la frescura, con la paz y hasta con una cierta ingeniosidad. No: yo soy el ignorante que se ha revolcado entre los libros, soy un burro de

biblioteca, soy el que ha aprendido tanto, que ha perdido la espontaneidad sin conquistar la sólida sabiduría.

No obstante he tenido el valor de querer enseñar a los hombres, de improvisarme maestro, de trazar para otros caminos y senderos. He escrito libros con notas y bibliografías, he sentenciado acerca de los libros ajenos, he dado la impresión de poseer mis argumentos y de conocer mis temas. Tengo cierta reputación de sabio, de trabajador, de fichador. ¡Cuán grande debe ser la ignorancia de los demás para que crean de mí tales cosas! Yo solo puedo decir cuán fácil y falsa es la fama que ciertos doctos obtienen con poco gasto de la ciega holgazanería de los hombres. Yo, que conozco el derecho y el revés de mi sapiencia y que sé cuán leve y sutil es la tela de mis erudiciones, qué falta de preparación hay bajo la seguridad y cuánta timidez tras la arrogancia, me avergüenzo de mí mismo y de los demás y siento la necesidad de confesarme en voz alta con el que me quiera escuchar.

¿Qué cosa grande podrá nunca surgir de un hombre de tal modo sumergido y enfangado en la ignorancia? Saber es poder: ¿qué maravilla hay en que mi potencia se haya quedado en tormentoso recuerdo y remordimiento, en la barredura de los deseos muertos? ¿Y a quién deberé acusar de esta necesaria derrota?

A mí mismo, siempre a mí mismo. Si yo hubiese sido más débil (para no soñar) o más fuerte (para vencer), no estaría aquí humillándome ante aquellos a quienes desprecio.

XXXVII

No conozco a los hombres

No soy únicamente un ignorante de las cosas, sino también de los hombres.

¿Cuál era el gran designio de la vida? Influir sobre mi especie, transformarla hondamente, conducirla desde la bestia al hombre, del hombre a Dios, inaugurar una nueva época en la historia del mundo, fijar la hégira mística de la humanidad. Pero para influir sobre los hombres hay que conocerles; para cambiar sus almas, hay que haber sabido entrar en ellas, haberlas penetrado con la simpatía y con el amor. Sin un contacto directo y cotidiano con todos, con los hombres de la ciudad y del campo, con los niños colegiales y con los obreros de la fábrica, con las mujeres que esperan y con las que sufren, con los grandes de la tierra y con los mendigos descalzos, no es posible producir un movimiento que les arranque de la vida tal cual es para lanzarles violentamente hacia lo mejor. Quien quiera encontrar los caminos de su corazón y descubrir el resorte de sus actos, debe haber conocido sus más secretos pensamientos, sus necesidades más graves, sus más ocultas preferencias. Existe el Hombre de los filósofos que la psicología puede exponernos en las trescientas páginas de un libro o en las treinta palabras de una definición; existe el hombre exterior de toda fachada, que por sí y ante sí se ofrece a los demás para hacerse ver y valer frente a los compañeros, y que puede reconocérsele en pocos momentos y describirse con unos pocos rasgos. Pero el hombre verdadero, el hombre real y concreto, no es el monigote simétrico de los filósofos ni el disfraz

exterior de nuestros conocimientos. El apóstol, el profeta, el mesías, debe conocer al hombre que hay bajo las palabras y las caracterizaciones; debe conocer a los hombres y no al hombre —a este y a aquel hombre, a millares de hombres, uno por uno, con todas sus íntimas fisonomías sentimentales y mentales.

Yo no les conocía y por fuerza tenía que fracasar. No podemos hacernos escuchar por aquellos a quienes nosotros no hemos querido escuchar. Fui extranjero ante ellos, y ellos no comprenden los lenguajes de los extranjeros. No pueden amar a quien no se ha consumido de amor por ellos. La humanidad es una mujer que solo se conmueve por el que la adora o por el que la atemoriza.

Por eso intenté yo también conocer a los hombres; me esforcé en mezclarme con ellos, en tomarles del brasete, en escuchar sus discursos, en recibir sus involuntarias confidencias.

Quise experimentarlo todo: entré en la casa de los pobres para recoger sus acusaciones; me detuve ante el hombre que cavaba, ahondaba o golpeaba, para entrar en el espíritu de su trabajo, para adivinar su idea de la felicidad; seguí a los desconocidos a través de las calles populosas para espiar sus vidas; quise acercarme a los señores elegantes y corteses, y temblé de rabia en sus cálidos salones; me entretuve con el camarero y con el mucamo; hice hablar a los niños y a sus madres; frecuenté las iglesias y me senté junto a las beatas vestidas de negro que murmuraban a la Virgen sus recomendaciones pueriles; estuve con los curas en las sacristías y con los frailes en los conventos; pisé las escuelas de los estudiantes secundarios y los estudios de los pintores desconocidos; me incliné sobre el mostrador de los comerciantes y charlé con los empleados; hice que las putas me relataran sus vidas y respiré el aire grasiento y maloliente de las fondas económicas y de los cafés de segundo orden para oír las conversaciones de aquellos a quienes quería redimir.

Yo mismo probé mezclarme en la vida de los demás; escribí cartas a máquina junto a los escribientes; tomé apuntes con los estudiantes; despellejé trozos de muertos con los médicos; seguí el grano con los campesinos; tiré de la cabezada de los borricos con los arrieros; comí,

charlando, con duques y marqueses; empuñé el nivel con los albañiles y la azadilla con los peones.

Empero, todo fue inútil. Me he acercado a vosotros, hombres, y sin embargo, no os amo. No puedo amaros. Me indisponéis, me repugnáis. Y puesto que no os amé, no os conocí, y no habiéndonos conocido, no pude salvaros. Estuve solo y completamente mío en medio de vosotros y vosotros me habéis dejado solo. Mis palabras os dejan mudos y mis promesas no os conmueven. Habéis hecho bien.

Un tremendo contraste hay en mí, como en todos los que han buscado cambiar vuestro destino. Yo me acerco para conoceros, y apenas empiezo a conoceros, me disgusto. Y para salvarme de este disgusto tendría que cambiaros, pero no puedo hacerlo porque no sé cómo estáis hechos. En un círculo doloroso en el cual muchos fueron destrozados y triturados. Cada uno ama con inmenso amor a la humanidad, encerrado en la soledad de su casa. Apenas sale y empieza a tener que ver con Pedro y con Judas, hombres que hablan y andan, su amor se trueca, en desprecio o en odio. Y se aleja de nuevo y en el desierto vierte su amor por todos los hombres, por Pedro y por Judas, inclusive.

Este es mi caso. Yo os amo, hombres, como pocos os aman. Toda mi vida interior rebasa de este amor profundo. Querría veros más grandes, más felices, más puros, más nobles, más poderosos. Mi sueño más caro era el de ser vuestro mayor y verdadero redentor.

Pero este amor es celoso, oculto, extraño. Apenas intento expresarlo las palabras se me hielan en los labios; apenas intento abrazaros, se transforma en disgusto; apenas respiro entre vuestros alientos, se envenena y se esconde. Es un amor íntimo, completamente mío —un amor solitario, egoísta, impotente. En vez de encenderse a la vista del amado, cae y desaparece; en vez de manifestarse en actos amorosos, en palabras cordiales, toma la forma de la mordacidad y la fusta de la invectiva. Mi amor está hecho de esputos y de bofetadas. Vosotros no podéis comprenderlo ni aceptarlo.

Yo no puedo reproducíroslo en estos momentos de despiadada sinceridad. La culpa es mía: soy demasiado frío para poder confundirme verdaderamente con vosotros, como el amante con la amada. Leed la burla

en mi sonrisa; en mi apretón de manos hay un puño que tiembla. También la humanidad es de los violentos y yo no supe ni amarlos ni pegarlos bastante.

En mí existen solamente intenciones sin fuerza y debo despedazarme sin tener el derecho de pedirlos el consuelo de una palabra. Soy un pequeño Prometeo que tiene en su pecho el buitre del remordimiento, porque con el fuego robado solo supo quemarse a sí mismo.

XXXVIII

La inspiración

¡Oh, si de improviso estallase dentro de mí, como una vena largamente interceptada y cerrada por fuerza, la majestuosa y profunda corriente de la inspiración, y las ideas brotasen como chorros fantásticos hasta el cielo, y las imágenes y los sentimientos, y las caras palabras definitivas, cayesen, como lluvia para refrescar mi corazón, para consolar, para despertar, para enternecer todos los corazones de los hombres! ¡Oh, si mi alma de improviso se inflamase como en un campo de malezas, como una selva árida y frondosa, y los pensamientos iluminasen el cielo como cohetes desplegados y las palabras quemasen como fuego verdadero, y las ideas surgiesen al correr de mi pluma como chispas de un leño encendido, y pudiese luego iluminar y caldear las almas de todos los hombres!

¿Por qué me ha de ser negada, precisamente a mí, que la espero, deseo y quiero esta alegría, esta felicidad, esta gracia?

¡Oh, si en estos días, después de tantos años de esperas impacientes y de invocaciones desatentadas, oyese fluir una inundación de palabras nuevas, me sintiese invadido por una oleada nunca sentida, y en vez de escribir las mismas historias, de decir las mismas palabras, de arrastrarse penosamente sobre las huellas de los cansados y remendados pensamientos, se me viniesen a la boca palabras inesperadas, maravillosas imágenes y acentos, armonías y pasiones que nunca ningún hombre hubiese descubierto, hallado o sentido! ¡Cuántas veces, por la noche, a la luz roja y ondulante de una

vela o a la más tranquila y blanca de una lámpara encendida, he esperado la llegada de la hora divina, como los amantes desilusionados esperan a media noche a la bella que al fin se les promete! Y poco a poco rompía las cuartillas no llenas del todo aún de gruesas letras negras y apresuradas y me atormentaba los ojos con las manos, y miraba estúpidamente alguna cosa estúpida, trazaba casi soñando perfiles de monstruos y de viejos barbudos, y rompía otras cuartillas y me maldecía a mí mismo hasta que me incorporaba de pronto y tirando silla y pluma, me arrojaba en la cama, sin poder dormir, sin poder soñar, sin poder olvidar.

Así cien y mil veces: el espíritu permanecía siempre duro e impasible, el alma siempre fría y muerta, el papel siempre blanco, la gloria siempre lejana. El genio no existe, el eco no responde, el estro no despierta: oscuridad, silencio, tortura.

¡Qué no habría hecho y no haría por ser sacudido y despertado un instante, para recibir de pronto el misterioso dictado de una revelación!

Que me inspire Dios o el demonio, no importa: pero que alguien más grande que yo, más sano que yo, más vidente que yo, más loco que yo, hable con mi boca, escriba con mi mano, piense con mi pensamiento.

XXXIX

Mis deudas

Pero Dios no quiere hablar con mi boca; no escribiré un libro santo. Y el demonio, que se complace con literaturas, me engancha hacia el interior de los espantos.

Pero tengo miedo de que alguien hable lo mismo con mi boca. Tanto me he repetido, que mi alma está ahora dividida y despedazada, sin vida, con todas las fibras descubiertas y confundidas como en tantas mesas de anatomía. No me conozco. No reconozco mi voz. No sé, cuando hablo, si las palabras vienen de mí o si algún maligno apuntador se ha ocultado detrás de mis hombros.

Siento que soy un deudor. Todos los hombres son deudores, pero muy pocos reconocen sus deudas y muchos se niegan a pagarlas. La historia del espíritu humano está llena de cheques protestados. Nos comemos a los viejos, como los salvajes del Pacífico, y no siempre sabemos digerirlos. Con todo, reconocemos como nuestros los vómitos que siguen a tales comidas.

Me siento infinitamente deudor. Yo puedo decir, como San Pablo: «Soy deudor de griegos y de romanos, de los judíos y de los gentiles». Podría agregar otra media docena de pueblos y la cuenta no se saldaría. Soy como los hombres de la edad de oro: no distingo lo tuyo y lo mío. No he robado con la idea deliberada de robar. Los plagios no me gustan: solo los muy pobres o los muy ricos los pueden hacer, Pero he respirado, he absorbido,

he masticado e ingerido todo cuanto ha caído en mis manos y ahora no sé hacer la separación de bienes. Estoy todo impregnado de teorías ajenas, embutido de libros, saturado de artículos, atiborrado de palabras e imágenes. Soy hijo de la cultura y de los demás, mientras que quería ser genio y yo mismo.

Esta indeterminación me irrita: quisiera saber qué es lo que yo soy en realidad, cuál es mi parte personal en lo que he hecho. Quisiera regalar a los demás, después de haberles robado, quisiera añadir algo a esa civilización que me ha nutrido. Quisiera encontrarme a mí mismo: hacer las cuentas de caja, irme con el bagaje mío, aunque solo pesase una onza. Pongo mi nombre al frente de mis libros, pero quisiera saber de veras lo que me pertenece y lo que he tomado en préstamo. Me parece haberme empastado de tal manera con los demás, que no puedo usar mis propios miembros. Canto en coro y no logro hallar el timbre de mi voz.

Estoy disgustado. Esta comunidad me fastidia; esta sospecha de hurto, me turba. No quisiera tener deudas con nadie, y con gusto vería que mis acreedores no me reconocieran.

Quiero ser yo, yo solo, separado, independiente, sin lazos, único y legítimo propietario de mí mismo y de mis cosas. Soy un Robinson sin la isla.

Por el contrario, cuando releo lo que escribo, me parece estar siempre en casa ajena. Aquella palabra la puedo haber tomado de aquel escritor antiguo; aquella imagen puede ser reminiscencia de otro; aquella idea puede ser el disfraz y la prolongación de una teoría ajena; aquel tipo puede haberme sido sugerido por la lectura de una novela o por un mensaje vivo; aquel apunte puede ser que lo haya tomado de la conversación de un amigo. Las sombras de los pasados y de los presentes se me reúnen alrededor, y yo quisiera arrojarles a todos a la cara su haber, con frutos e intereses. Los otros no tienen estos escrúpulos; les envidio.

No quisiera tomar nada, ni siquiera de la realidad; quisiera ser como la araña, que extrae del vientre todos los hilos de su obra. La abeja me es odiosa y su miel me empalaga. Quisiera ser el deudor de mí mismo, solo de mí mismo. Ni siquiera los aspectos del cielo, los rostros de los hombres, las plantas de los bosques ni las casas de la ciudad me deberían dar nada. No

puedo por menos, y sin embargo, me ruborizo al encontrarlos en mí, en mis escritos. Me parece que sin aquel cielo, aquel rostro, aquel árbol, aquella casa, no hubiera sido capaz de decir nada, y eso me entristece. Quisiera hacer el vacío en torno a mi espíritu para ver de qué cosa es capaz cuando se le deja actuar por sí mismo. Es un deseo absurdo, un empeño ridículo, un imposible: ¡muchas gracias! Pero no puedo menos de sentirme así: el antideudor por excelencia hasta la locura.

Y luego hay algo peor; hasta tengo temor algunas veces de deber lo que llama mi ingenio a cosas absolutamente extrañas a mí —y físicas por añadidura. Si soy más agudo después de haber bebido dos tazas de café; si tengo más facilidad para relacionar después de haber vaciado una tetera; si me pongo alegre y paradójal después de algunos vasos de espumante; si me siento más noble sobre una cumbre de mil metros; si una música de café, una fanfarria de soldados o un tiempo de sinfonía me hacen más poético y me hacen nacer pensamientos, imágenes y períodos que no sabría evocar en el silencio, entonces una estúpida vergüenza me invade el alma y tengo la cruel sospecha de que yo no soy otra cosa que una máquina cerebral que consume lo que en ella se introduce, que necesita de combustibles y de esencias para trabajar, y que no soy el que piensa, sino que el café, el té, el vino, el oxígeno y los sonidos, piensan y sueñan por mí. Es un temor estúpido, quizás: hay gente que bebe y escucha lo que bebo y escucho yo, y no obstante no hace lo que yo hago. Pero no importa. Esta cosa negra o rubia que me echo al cuerpo surte cierto efecto en mí: si no la tomase no escribiría lo que escribo o no pensaría de este modo. Estas sustancias físicas y extrañas son una parte de mi inspiración, son las colaboradoras de mi obra y esto me produce rabia e ira. Ser deudor de Shakespeare es ya bastante enojoso pero deber algo a una infusión de Puerto Rico y Santo Domingo o de té de Ceylán es demasiado humillante.

No sé cuántos experimentarán este malaventurado tormento de no encontrarse a sí mismos. Los griegos con su *yumbo coautov* (conócete a ti mismo), e Ibsen con el «sé tú mismo», me irritan de un modo increíble. ¿Cómo haré para conocerme a mí mismo si no sé encontrarme en esta multitud humana que me estruja y penetra por todas partes? ¿Y cómo

llegaré a ser verdaderamente yo mismo si no me sé reconocer, si no sé cuál es el centro irreductible, el último residuo de mi personalidad?

Yo no busco un hombre, no busco el Hombre: quiero a mí mismo, únicamente a mí mismo. Y no sé quien es, ni dónde está, ni qué piensa, verdaderamente. Con este yo, atado, vestido e inspirado por los demás, debo vivir —debo vivir para siempre, como un desconocido. Y este, entre otros, es uno de los suplicios de mi dura vida.

XL

El bufón

Antes de morir de hambre y de frío como un gato extraviado haré todos los oficios. Iré a recoger trapos por las calles, con un saco al hombro. Iré por las puertas de las iglesias y de los cafés a pedir un céntimo por amor de Dios; seré guarda de letrinas públicas; haré bailar un oso en las plazas de campaña y si no me queda otra salida, haré el de joven abogado. Pero hay un oficio que no haré nunca, aunque me lo ordenasen con la pistola al pecho.

El del escritor bufón, del escritor que escribe para divertir a la gente, para hacer pasar el tiempo a los aburridos y vagabundos, el infame oficio del hombre que de un enero al otro inventa historias, fabrica intrigas, busca aventuras, refresca recuerdos, desarrolla novelas, improvisa cuentos y construye sus comedias para hacer reír o lagrimear a quien le paga y le bate palmas.

Es inútil que estos públicos divertidores hablen de belleza, finjan hacerle hocicos a la plebe y reciban bajo la capa, por la noche, en la oscuridad, el precio de sus pasatiempos. Son, aunque no lo quieran, los cortesanos de la multitud soberana que quiere olvidar la torpe vida del día; los bufones asalariados del pueblo; los ministriles de la burguesía que entre una bocanada de humo y un paseo, quiere leer. El que vende ficciones es un lacayo del que tiene tedio y dinero —una especie de rufián que ofrece vida fingida a los que no tienen vida suficiente dentro de sí. ¿Qué diferencia hay,

en cuanto al efecto, entre un cigarro y un relato; entre un drama y una botella de vino? Fumando y leyendo pasa el aburrimiento de la espera— escuchando una comedia y emborrachándose bien se entra a vivir en otro mundo, a soñar y ver lo que no existe.

Hay una diferencia: el arte. Y concedo que se puedan decir bellísimas cosas también de aquella manera, y que se podrán crear obras que se grabarán, quien sabe por cuánto tiempo en el corazón de los hombres. Pero, resumiendo, en todas estas cosas hay siempre, en el fondo, la idea de que ante todo es preciso distraer a los hombres y tenerles alegres, y que es bueno contarles historias para que no se adormezcan, para que respiren más de prisa, para llegar más seguramente a sus almas, y hacerles comprender, de un modo directo alguna gran verdad.

Pero ¿qué me importa dar gusto a los hombres? ¡Yo no quiero ser el bufón de nadie! Y afirmo que todos los autores de novelas, de historias, de cuentos, de comedias y de dramas son bufones, gente que vive para aguijar la imaginación de los hombres, como los concertistas acarician sus oídos y las mujeres sus cuerpos.

Los hombres son casi todos niños, hasta los de sesenta años, y tienen necesidad de estos quitapesares; tienen necesidad de las invenciones y de las aventuras, de lo pintoresco y de lo patético. Los escritores, aunque ellos mismos no fueran precisamente niños, les han contentado y se han puesto a andar a cuatro patas por el suelo, a sonar la cornetita y a cabalgar en un palo. Siento mucho que entre ellos haya hombres como Homero, como Cervantes, como Shakespeare, como Dostoievsky a los cuales quiero bastante. También ellos son bufones como los demás ¿qué queréis que yo le haga? También yo, cuando les veo y me divierto escuchándolos, soy un niño mimoso que sigue teniendo necesidad de los cuentos de la madre.

Me doy cuenta de que soy descontentadizo, fastidioso y puritano. ¿Quién ha pensado nunca que aquellos que iluminaron nuestra infancia y nos acompañaron con tantas de sus criaturas parlantes en las veladas melancólicas y libidinosas de la adolescencia y de la juventud, fueron bufones? Yo también, cuando no me toma esta oscura rabia que me hace vomitar condenaciones y ofensas, dudo de mis palabras y estoy a punto de crearme injusto, desatento, malo. Pero, por el contrario, no. Pensad en lo

que quiere decir bufón: hombre que divierte a los hombres. Y ¿cómo les divierte? Frecuentemente haciendo reír con las desgracias ajenas, o por lo menos sirviéndose de los males y de las desventuras, no para despertar la compasión y el horror, sino para entretener la curiosidad. El caso lastimero de dos amantes muertos antes de gozarse, es un remedio para bostezar diez veces menos en una hora —la desesperación de una madre, la traición de una mujer, la ferocidad de un vengativo, la tristeza de un desilusionado, la locura generosa de un exaltado, el triste fin de un inocente: no hay cosa en el mundo que el cuentista de profesión no asalte y no haga suya para aparejarla ante los señoritos y las señoritas que no tienen bastante desahogo en la vida natural, y ante los papás y las mamás que se ríen de buena gana a espaldas de Don Quijote y vierten una lagrimita por las cosas que le suceden al Rey Lear. Todo su arte, que muchas veces es grandísimo, tiene la finalidad de interesar profundamente a los ociosos, lectores o espectadores, de modo que estos se sientan en verdad transportados fuera de sus pequeñas vidas personales, oscuras, mezquinas y humillantes.

Entended asimismo la palabra bufón en el sentido más noble, más grande y más heroico que queráis, pero dejadme llamar así a todos aquellos que con la esperanza de una recompensa —sea esta una rama de laurel, un epígrafe glorioso, el batir de palmas o diez mil libras contantes y sonantes — escriben algo con el fin de procurar a los hombres un entretenimiento agradable.

¿Os parece que esta sea acción de hombres que tienen conciencia de su puesto en este misterioso y adorable universo? ¿Os parece que los pocos que ven unos cuantos pasos más allá que estas bestias infantiles y saben el fin que nos espera si no sabemos vencer valerosamente al destino, creando una vida más pura ante la amenaza de la nada, os parece, digo, que estos deberían animar esta infantilidad y ese juego de los hombres para tenerles quietos en los teatros de papel donde se mueven los títeres de los sueños, y para hacerles escuchar las peripecias imaginarias de fantasmas imaginarios?

¿Para qué tenerles tanta compasión fuera de lugar y emplear tanto genio para adormecerles y acunarles, cuando sería mucho más bello y peligroso despertarles a fuerza de alaridos, ponerles de cara a la oscuridad, hacerles columpiar cabeza abajo y forzarles así a elevarse, a descubrirse, a hacerse

así más atormentados pero más altos ante el universo, que ahora apenas les soporta?

¡Qué tantas historietas, tantas leyendas, tantas tragedias! El que se aburra, que juegue a la escoba o se tire al mar. Y no se emplee más el genio para regalar lecturas divertidas a los desocupados y para dar nueva vida a quien existió en el pasado o no existió nunca, sino para anunciar nuevas vidas, vidas mejores; para preparar una tierra que solo conozca los dolores del espíritu, habitada por hombres que no piensen en olvidar, sino en recordar y prometer.

XLI

Un poco de certidumbre

Yo no pido pan, gloria, ni compasión. No pido abrazos a las mujeres, dinero a los banqueros o elogios a los «geniales». Estas cosas, o no me importan o las gano o robo por mis propios medios. ¡Pero pido e imploro, humildemente, de rodillas, con toda la fuerza y la pasión de mi alma, un poco de certidumbre; una sola, una pequeña fe segura, un átomo de verdad! Yo os ruego y os conjuro por todo lo que tenéis de más caro y precioso, por vuestra vida, por vuestra amada de hoy, por vuestra idea preferida, que me digáis si está entre vosotros quien tenga lo que busco, si hay alguien que esté cierto, que sepa, que viva y se mueva en la verdad. Y si lo hay, si no yerra y no se engaña, si es generoso cuanto afortunado, que me diga lo que conoce y lo que sabe, que me lo revelen bajo juramento y se haga pagar cuanto quiera, como quiera, su verdad.

Tengo necesidad de un poco de certidumbre —necesito algo verdadero. No puedo pasarme sin ello, no puedo vivir. No pido otra cosa, no pido nada más, pero esto que pido es mucho, es una cosa extraordinaria: lo sé. Pero de todos modos, la quiero— a toda costa me debe ser dada, si es que hay alguien en el mundo a quien mi vida importe.

Yo no he buscado más que esto. Desde niño no he vivido más que para esto. He llamado a todas las puertas, he interrogado todos los ojos, he preguntado a todas las bocas y he sondeado mil y diez mil corazones en vano. Y en vano me he arrojado a la vida, a punto casi de asfixiarme y de

vomitarse; en vano, siempre en vano, me he estropeado los ojos sobre los libros viejos y modernos, y me he zumbado la cabeza con los alaridos de los filósofos rivales, y en vano, eternamente en vano, he provocado los ecos interiores y preparado con humildad los caminos de la revelación. Pero nadie, pero nada ha sucedido y nadie ha respondido.

Nadie ha respondido de modo que apagara todo deseo y toda necesidad de continuar pidiendo todavía; nada ha sucedido que haya calmado el corazón demasiado impaciente y haya saciado esta alma mía, sedienta como un desierto. Todas las tentativas, todas las pruebas y todos los esfuerzos no han sido inútiles, sin embargo: muchos muros han caído, muchas murallas han sido derribadas y deshechas, algunas despacio, como vena que se desangra, otras con gran rumor, como si una nueva tierra surgiese de la antigua. Pero detrás de cada pared estaba el vacío; detrás de cada muralla estaba la oscuridad y el eco era de tal modo singular, que a cada sí de esperanza devolvía un cansado no sin fin.

Nadie podrá decir que yo no haya tenido valor. Recuerdo todavía las noches largas, serenas, veladas al aire libre, con la ilusión de lo infinito en el alma, bajo aquellos cielos y aquellas estrellas que le llenan a uno de santidad y le limpian el pensamiento de los bestiales colores del día... Y me he inclinado sobre el cristal del microscopio ¿y qué he visto? Lo que veo diariamente con los ojos desnudos; pequeños seres en un pequeño mundo, devorándose unos a otros.

Vinieron también los hombres de la fe y los encargados de guardarla. Y todos sus discursos no lograron infundirme la fe que había en sus palabras, donde había palabras, no había hechos; donde había palabras mi espíritu maldito entreveía los engaños, los orgullos, las ilusiones, las ignorancias, las ficciones, los comodines, los cálculos y todo lo que quiere hacer de Dios un servidor del hombre.

Tampoco tuve fortuna con los filósofos: los mejores eran gramáticos, que a fuerza de afilar la hoz hacían caer seca a tierra la mies antes de segarla y los demás eran poetas extraviados, energúmenos sin gracia, que diseñaban día y noche, en imaginarias ciudades celestes donde nadie podía vivir, largas, altas y ricas fachadas sin habitaciones detrás.

Y de ninguna parte ninguna verdad. Una verdad, entiendo, de las que hacen caer de bruces a tierra como los fulgores divinos, e iluminan con luz inextinguible lo de fuera y lo de dentro: el hombre y su imagen. Y por ninguna parte ninguna certidumbre. He visto de cada cosa el pro y el contra y el pro del contra y el contra del pro; todas las ideas eran diamantes y prismas, como letrafrontes y esfinges con mil respuestas a diez preguntas. De ninguna cosa puedo decir: es así y no de otro modo. A ningún problema se puede responder de una sola manera, solo y únicamente de aquella manera. Cada hombre que habla tiene una razón suya, quien habla contra él tiene la suya y tiene la suya también el que habla contra el primero y el segundo y un posible cuarto. Tócanos asentir por turno: hasta el loco tiene sus argumentos y es necesario escucharle con prudencia.

—¿Escéptico yo? —No desgraciadamente. Ni siquiera escéptico. El escéptico es afortunado: le queda una fe, la fe en la imposibilidad de la certidumbre.

El puede estar tranquilo, y si le acomoda, puede ser dogmático. Pero yo no. Yo no creo ni siquiera en la vanidad de toda investigación, y ni siquiera estoy cierto de la inexistencia de la certidumbre. Entre las cosas posibles existe también esta: que la verdad existe y que alguien la posea.

¿Qué quiere decir que yo no la haya encontrado y que no la posea? No quiero vivir más así: abatido, como ahora, entre la duda y la negación, afanoso por el deseo siempre renaciente, agobiado por la derrota siempre repetida. Quiero que alguien me ayude y que el que se haya calmado me dé también a mí un poco de su paz.

¡Pero nada de palabras, eh!; ¡nada de engaños, nada de artificios, nada de esperanzas de muchachos o de charlas de mujeres!

Quiero una certidumbre cierta —¡aunque sea una sola!— quiero una fe indestructible —aunque sea una sola. Quiero una verdad verdadera, aunque sea pequeña, aunque sea mezquina— ¡una sola! Pero que sea verdad que me permita tocar la substancia más interna del mundo; el sostén último, el más sólido; una verdad que de por sí se plante en la cabeza y no haga concebir lo que la contradice; una verdad, en fin, que sea un conocimiento, un conocimiento veraz y preciso, perfecto, definitivo, auténtico, indiscutible.

Sin esta verdad ya no puedo vivir y si nadie tiene piedad de mí, si nadie puede responderme, buscaré en la muerte la bienaventuranza de la plena luz o la quietud de la eterna nada.

XLII

¡Quiero el mal!

Hay momentos en que me parece estar bien, en que me siento feliz, en que tengo el vil coraje de olvidar toda la bajeza y el desastre de mi vida, y me tumbo despacito, lentamente, hipócritamente, en las comodidades, en las costumbres, en la vida sin agitaciones, gorda, tranquila de todos vosotros ¡oh compañeros a quienes odio! Es una cosa vergonzosa y experimento cierta repugnancia al confesarla.

Yo no estoy hecho para la alegría, no debo buscar el placer —¡hay de mí si caigo en los tibios y adormecedores brazos de la felicidad! Si quiero ser fiel a la razón de ser de mi alma—, al juramento que hice al nacer por segunda vez— al pacto que hice con la vida y con la muerte, no debo disolverme y endulzarme en el lácteo biberón del común y ordinario bienestar.

Harta regularidad, hasta paz, harta bonanza hay ahora en mi vida. Mientras los hijos del hombre no tienen donde posar la cabeza, yo tengo una casa de cinco habitaciones, en un palacio antiguo, cercano a los jardines siempre nuevos, y en ella da el sol, y hay buenas camas para dormir, amplias poltronas para sentarse, grandes platos para comer. Soy pobre y sin embargo nada me falta. Todos los días la sopa humea sobre la mesa y el pan bien cocido cruje entre los dientes. Hay sobre la tierra un poco de sonrisa, hasta para los que quieren alejarse de ella como un hijo maldito.

Hoy toda mi vida es ordenada y regular. Temprano me meto en cama, duermo hasta la mañana, el estómago digiere, los amigos me quieren bien, las mujeres me buscan, chicos y grandes se quitan el sombrero cuando paso. Todo va bien —nada falta. Todo va bien y nada falta para aquel que solo mira el exterior y juzga a los demás tomándose a sí mismo por medida. Pero no había venido al mundo para eso, no para eso he aceptado vivir, no para eso me he martirizado y flagelado el alma durante veinte años, como un fraile loco se martiriza y flagela pecho y espalda. Me he quedado en el mundo porque el mundo es aún más de temer que la nada; he aceptado la vida porque la vida es más dolorosa que la muerte; me he castigado, despellejado y azotado porque solo del dolor surge la verdad, solo en el espasmo nacen los fetos de la mente, y toda la música no es más que melancolía y en el fondo la desesperación es la única voluptuosidad que no causa asco.

No quiero estar ni contento ni tranquilo; no quiero ser feliz ni rico. Llamo a todas las desventuras sobre mi cabeza; invoco innumerables desgracias sobre el camino de mi vida. Que la enfermedad me haga castañetear los dientes, que la pobreza me vacíe la casa, que el amor me traicione, que los amigos me abandonen, que los gusanos babeen sobre mí, que la fiebre y la locura se disputen mi cabeza, que los enemigos me persigan y golpeen, que los únicos a quienes quiero se me mueran al lado, repentinamente, sin un gemido... Venga conmigo todo el dolor del mundo; con esta sola condición se verá si soy hombre o un harapo, si me sostiene un alma o solamente un esqueleto. Los cabellos encanecen, las mejillas se aflojan, la frente se arruga, las lágrimas descienden, ¿qué importa? Únicamente en la soledad desesperada crecen las flores que yo busco — crecen las flores que no se marchitan nunca, que no se doblegan nunca, que huelen y viven siempre.

XLIII

El fin del cuerpo

No solamente el alma está agobiada, sino que también el cuerpo está gastado y acaba. Demasiado tiempo he ido cantando; ¡espíritu, espíritu! Y no he pensado en él y lo he manejado como un potro indómito, a fuerza de espolazos y tirones de bocado. Esperaba domarlo: contaba vencerlo, agarrarlo por el alma y enseñorearme de él sin mirarlo siquiera; y ahora se venga: siento que el fin se aproxima y que esta envoltura de huesos largos, embutida de poca carne, amenaza deshacerse, volverse bajo el barro.

Los ojos ante todo. Los he arruinado desde muchacho por leer a la luz de una vela y a la más suave, pero más floja, de una lamparilla de aceite que casi siempre, hacia media noche, se apagaba poco a poco dejándome en la oscuridad y con el olor horrible del pabilo, humeante aún merced a algún hilo todavía rojo. Los he sacrificado en los días invernales, en los crepúsculos ociosos (¡qué aburrimiento dejar a medio leer una página que te interesa y levantarse de la silla caliente para buscar los fósforos!): en las salas obtusas de las bibliotecas anticuadas, —obstinado en leer hasta que podía adivinar la forma de las letras; hasta que podía escribir, casi a tientas sobre el papel sin rayar. Y por la mañana, muchas veces, apenas la primera claridad asomaba entre los postigos, volvía a coger el libro abandonado por fuerza la noche antes y leía y leía en la cama hasta que el asco del calor animal de las sábanas me hacía saltar de ella para echarme al frío de la calle y a las tareas habituales.

En aquella luz pobre y roja de la noche, en aquella poca y vívida luz del alba se esforzaban los ojos: las pupilas se ensanchaban desmesuradamente; los párpados se enrojecían. Sentía luego un cierto dolor y cansancio que me duraba todo el día mientras las lágrimas se me deslizaban por las mejillas. No me importaba; pero desde hace muchos años no alcanzo a ver lo que hay sobre una montaña y a unos cuantos pasos no reconozco un rostro amigo o familiar. No veo: no veo más que de cerca y con la ayuda de lentes fuertes. El mundo ha perdido para mí sus colores más vivos y sus contornos netos y preciosos. Veo todo confusamente, como en una niebla ligerísima por ahora, pero universal y continua. De lejos, por la noche, confundo todas las figuras; un hombre con capa me parece una mujer; una llamita tranquila, una larga raya de luz roja; un barco que baja por el río, una mancha negra sobre la corriente. Los rostros son manchas claras: las ventanas, manchas oscuras sobre las casas; los árboles, manchas oscuras y compactas que se alzan de la sombra y apenas tres o cuatro estrellas de primera magnitud brillan en el cielo para mí.

¡Y que durase mucho! Pero tengo miedo de quedar ciego. Tengo miedo de ver siempre menos y menos —¡y después nada más! Me imagino, espantado, cuál será mi vida. No tengo fuerza sino en la inteligencia, no tengo amigos más que entre los muertos, no tengo placeres fuera de los libros. ¡Y no podría leer más! No podría ver más ninguno de esos bellos caracteres redondos, elzevirianos, cursivos, que me han dado tanta alegría, que me han enseñado todo lo que sé, que han expresado a los demás todo lo que había de menos vil en mí mismo. ¡Tendría que esperar los favores de otros, leer con ojos extraños, entregarme a la elección, a la paciencia, a la compasión ajena! Y en torno mío, oscuridad —¡todo oscuridad! Negrura y oscuridad por todas partes— para siempre. Yo solo con mi pensamiento en medio de las tinieblas, hasta la muerte. No creo en ello seriamente, y sin embargo lo pienso de cuando en cuando, como si fuera una cosa cierta, ya fijada —cuestión de días o de años. Y pruebo a vivir semejante desventurada vida prevista; a veces, si la calle está solitaria, cierro los ojos y sigo caminando— dudo, no voy derecho; siento a mi lado las paredes y los umbrales de las casas, y bajo mis pies las losas, que hacen eco a mis pasos. ¿Sabría llegar a casa? Pero de pronto oigo ruido: un coche, un

transeúnte. Reabro los ojos: el mundo no se ha perdido. Algo veo todavía: estoy salvado. Vuelvo a cerrar los ojos y entre la oscuridad y la alegría, sigo mi camino, llego a mi destino.

Pero es inútil: estoy seguro que quedaré ciego, lo siento. Ya el espacio se ha roto para siempre, en algún punto. Pequeñas manchas oscuras alcanzan y giran ante mí y no hay lentes que las hagan desaparecer. Cuando se ensanchen y se junten, caerá para mí sobre el magnífico mundo del sol y del color el telón negro y definitivo de la ceguera —y todo habrá terminado.

Si no muero ciego, moriré paralítico: hasta los nervios están gastados y el cerebro no está del todo sano. Siento los avisos hace bastante tiempo: dolores y entorpecimientos en una pierna, movimientos digitales involuntarios, grandes opresiones en la cabeza. A veces siento en el cráneo como si algo se deshiciera. Si quiero pensar, todo se confunde y nubla, y me parece que todos los objetos corren vertiginosamente, no obstante tenerlos siempre delante, y como si las ideas desaparecieran de improviso sin conseguir atraerlos de nuevo, y una palabra sin querer volver a la oscuridad de lo inconsciente. El aire me pesa como si tuviera que sostener el firmamento con la cabeza, y dentro hay vacío y dolor, y no puedo reflexionar, no sé trabajar, no quiero saber nada de nada. Un cansancio enorme de ocioso, una inapetencia espiritual de quien bebió de todo y todo lo vomitó, un odio por todas las ideas y todas las caras me hacen despreciable y digno de compasión a mis ojos.

Más de una vez me he desvanecido en casa y en la calle. Y he aquí, después, los largos días de convalecencia idiota, de reposo forzado, de humillación inenarrable, de rabia impotente, de esfuerzos sin dirección. Nada vale para galvanizarme: ni café, ni té, ni vino, ni conversaciones amables con los amigos, ni caricias de mujer. Saboreo el disgusto y me ahogo en la nada: deseo solamente la noche, y el lecho, y el sueño grave, largo, bestial, hasta pleno día.

Desvaríos de cuando en cuando; caprichos, desequilibrios, ideas fijas, y es espantosa entre toda esa confusión, esa opresión, esa pesadez de cabeza que no es dolor de cabeza tan solo, sino también mal de espíritu, anemia del alma, vergüenza muda del reposo odiado y necesario. Por momentos me parece no poder volver a aferrar el pensamiento y se produce una danza

completa, corriente, rápida, ululante, de ideas trastocadas, de figuras imposibles, de fragmentos de frases; una danza que me toma y me arrastra y me pierde en el tumulto de mis propias criaturas, amontonamiento de luces que parecen y desaparecen en un mar oscuro, —luego el cansancio desfalleciente de quien ya no tiene nada que hacer en un mundo que ya no le pertenece y solo quiere comer para apoyarse en la solidez de la salud carnal. Un buen día la crisis no pasará— y una parte del cuerpo quedará inmóvil, para siempre, y el cerebro no obrará más, o no pensará más, no verá lo que veía, no recordará lo que vio, no será capaz de penetrar los pensamientos ajenos, de hilvanar y expresar los pensamientos propios. Será el pasaje lento e idiota de pocas imágenes banales, desencajadas del conjunto, algo blanco, murallas blanqueadas, delantales cándidos, el cielo sin secreto y todo el tranquilo vaivén de un manicomio decente, de un manicomio pago. ¿O acaso los alaridos furiosos, los terrores inmensos y las noches llenas de fantasmas y de gritos, entre las tinieblas del espíritu y de la habitación? O, tal vez el apagamiento lento e inconsolable —no comprender más, no entender más, no saber más, nunca jamás; no comprender siquiera que no se comprende... Y el fin...

Allegretto

Mientras sea de día permaneceremos
con la cabeza alta, y todo lo que podamos
hacer no lo dejemos hacer después de
nosotros.

GOETHE

XLIV

La muerte

¿Pero quién ha dicho que yo debo morir? ¿Morir? ¿También yo, pues, tendría que dejar de pronto de respirar, de ver, de moverme, de sufrir? ¿Tendría que hacer como los demás? ¿Como todos? Todos los hombres mueren. Muchas gracias: ¿pero os parece esta una buena razón? Muera enhorabuena quien quiera morir: yo soy yo y no soy los demás.

¡Pero no, vamos! Aquí debe haber un error, un colosal malentendido. ¿Qué razón había para que también yo tuviese que desaparecer estúpidamente, como uno cualquiera? ¿Pero no sabéis que yo llevo todo el mundo dentro de mí? ¿No sabéis que si muero yo no existe la lluvia, que cae y tiembla sobre las hojas, ni el hermoso sol que quema la piel, ni el prado verde y blanco que hace tropeles de sombras cuando el viento lo desflora, ni el gran cielo azul, ni el buey calmoso y blanco, ni las vírgenes en medio del oro en el fondo de las iglesias oscuras, ni los cantos maniáticos de las muchachas abandonadas, ni las alegrías que brillan en los escaparates, de noche bajo la roja electricidad?

Todo el mundo con sus bellezas y sus horrores, con sus ideas y sus cuerpos; todo el mundo está aquí, dentro de mí, y sería anulado si yo muriese.

¿Pero cómo? ¿Tendré que convertirme como los demás, en un cuerpo helado, en una carroña hedionda, en una gusanera, en un puñado de polvo, en un montón de barro? ¿Es posible que yo imagine de mí semejante cosa?

¿Puede darse nunca que el mundo muera de repente conmigo? ¿Es justo que todo lo que llevo en el cerebro y en el corazón, todo este infinito pulular de pensamientos y de recuerdos, de imágenes y de afanes, deba acabar, detenerse para siempre? ¿Cómo puedo imaginar que el mundo continuaría siendo, si no lo puedo pensar más que con mi pensamiento?

¡Afuera, pues, engañadores insidiosos y malignos, bestias hambrientas de muertos! Yo no puedo morir —no quiero morir, no moriré jamás.

¿Creéis por ventura que yo me aferro a la vida porque soy feliz, bienaventurado, porque estoy contento, lleno de comodidades y de dinero? ¡Ni por sueño! Soy el hombre más desgraciado y miserable del mundo: no tengo amor, no tengo riquezas, no tengo amigos, no soy bello ni fuerte. He conocido pocas alegrías en el mundo; he gozado raras veces, he llorado mucho, he sufrido casi siempre. Sin embargo, no quiero morir. No, en absoluto: quiero vivir todavía, vivir siempre.

Es inútil que tú me prometas, sacerdote, otras vidas en otros mundos; una vida más bella, más tranquila, más luminosa. No te creo. No sé nada de tus mundos; no quiero saber de tu felicidad. Yo solo conozco este mundo, esta tierra, esta vida fea, agitada y tenebrosa, esta quiero, esta deseo, esta pido para siempre. Yo quiero precisamente esta, mi vida desgraciada, descontenta melancólica, triste, —esta dolorosa vida mía. Que yo vea el cielo aunque sea desde una ventana, con tal de que oiga cantar un pájaro al amanecer, en primavera; con tal de que yo vea reír a un niño y a una mujer; con tal que yo pueda escribir alguna palabra para quien me quiere bien; con tal que yo pueda seguir la inquieta sombra de un árbol sobre el muro blanqueado por la luna de agosto.

XLV

Precisamente por eso

Creo que es difícil hallar otro hombre que haya fracasado tan grandemente en toda su vida. Ya no me queda nada para perder. Todos los hilos y los hilvanes que rigen a los demás están cortados. Todos los que bajan del cielo (fes y creencias) y todos los que atan a la tierra (dogmas y principios). Soy el fondo de los círculos del mal; he renunciado, he debido renunciar; he dejado y me han dejado.

El saber no me basta; los hombres me disgustan; las mujeres más aún; la literatura me da náuseas; la inspiración no viene; la gloria me asquea; mi vida es sucia y aburrida; mi cuerpo se deshace y mi deseo, único, primero y profundo, el deseo del poder, ya no es ni siquiera un deseo. Todas las tablas de valores se han despedazado en estas contorsiones interiores; toda esperanza se ha descolorido en la obscuridad de estos años; las ansias posibles de salvación no son más que yugos para permanecer apegados a una tierra, a una vida, que ya no tiene promesas ni invitaciones. La presentación ha terminado, los bastidores se han arrimado a la pared, las luces se han apagado, las cantantes se han quitado los trajes de reina y se han marchado en coche, vestidas de negro; los instrumentos están allí, abandonados y sin voz junto a las partituras cerradas que no volverán a abrirse. La última fiesta ha finalizado con la última nota que todavía vibra en el aire para dar el «la» a este silencio demasiado vacío. No quedan más que dos caminos: o imbecilizarse totalmente o matarse.

No obstante siento aún en mí una gran voluntad de vivir. No quiero morir. Quiero rehacer y recomenzar la vida. Quiero encontrar otras razones de vivir. Y mejor vivir suspendido en la nada, sin hilos sobre la cabeza, sin hilvanes en la espalda, sin sostenes bajo las axilas; pero vivir, por Dios, vivir todavía vivir, en el más amplio sentido de la palabra, vivir con los ojos y con las manos, con el cerebro y con el hígado, vivir todavía diez, veinte, treinta años más, mientras sepa conquistarme mi pedazo de pan en el horno del mundo y sepa decir mis palabras en los coros disonantes de los hombres.

No quiero morir ni del todo ni a medias, ni como alma ni como cuerpo. Hay algo más fuerte en mí que todas las derrotas; hay un escollo clavado en medio de mi alma, que resiste a todas las tempestades que le han recubierto con los últimos tiempos. Hay una bestia que quiere comer, hay dos piernas que quieren andar, hay una cabeza que quiere pensar, una mano que quiere escribir. Pero ¿por qué razón? ¿En nombre de qué fe? ¿En vista de qué meta? La bestia no lo sabe, la bestia no es intelectual, la bestia no es religiosa —la bestia no comprende nada, pero no quiere declararse vencida. Si las banderas se han bajado, quedan las murallas; si las palabras no corresponden más a los hechos ¡al diablo las palabras y vivan los hechos! El hecho resiste y existe, el hecho es algo irrefutable y dominador, el hecho no quiere morir.

No es la sangre únicamente la que no quiere detenerse. El mismo yo que cerró una a una todas las ventanas sobre lo posible y tuvo que renunciar incluso a la única que le importaba, a la de lo imposible, no quiere irse. Está en la oscuridad, sin fuerzas ni apetitos, pero no quiere suprimirse. Espera siempre. No espera nada, pero espera. Si viene lo peor, lo aceptará, pero no quiere arrojarle allí donde la nada comienza, sin la esperanza del dolor siquiera.

El yo más profundo está todo dolido y martirizado, pero también este martirio le place, porque significa existir, significa contraponerse a algo. Que el destino le persiga de ese modo le da la certidumbre de que en él hay algo que pueda ser tomado como blanco, le da la conciencia de su importancia en el universo. No puede moverse más; o debe cavarse la fosa

allí o subir hacia la luz. No queda otra cosa que hacer. Y entonces el hombre acabado vuelve a subir y recomienza el nuevo capítulo.

Pero este nuevo capítulo no se parece en nada absolutamente a los demás. Las cosas que he negado quedan negadas; los sueños abandonados no los reclamo: las ambiciones que desprecié las sigo despreciando; a los hombres que me asquearon, hasta hoy les tengo lejos de mí; los fines que a veces cegaron mis ojos, están siempre lejos. ¡Pero qué importa! Un nuevo camino comienza para mí: el secreto ha sido revelado. Una última posibilidad de grandeza se me ofrece y yo no la rechazo. Por ella sola florece el desierto en silencio, y vuelven a brillar las pupilas vergonzosas bajo los párpados rojos. Todavía puedo ser un héroe. Tengo necesidad de estimarme para no verme obligado a aniquilarme —y esta «nada» es lo que me salva.

Para mí ya no hay nada más. Soy el novelista perfecto. No creo más en nada: soy el ateo completo, definitivo, entero: el ateo que no se arrodilla ni siquiera ante las creencias laicas, racionales, filosóficas y humanitarias que han tomado el puesto de las creencias mitológicas antiguas. Sé que nada resultará de nuestros esfuerzos: sé que el fin de todo es la nada: sé que la recompensa de toda obra al fin de los siglos, será la nada y luego la nada. Sé que todas nuestras construcciones serán destruidas; que de nuestros incendios no quedarán ni las cenizas; que nuestros ideales, aun alcanzados y dominados, se precipitarán en la eterna obscuridad del olvido y del final no ser. Ninguna, ninguna esperanza tengo en el corazón; ninguna, ninguna promesa puedo hacerme a mí mismo y a los demás; ninguna compensación puedo proveer para mis actos; ningún resultado de mis pensamientos. El futuro, este encantador de todos los hombres, esta causa perpetua de todos los efectos es para mí nada más que la desnuda perspectiva del anulamiento.

Empero, ante este espantoso espectáculo, ante esta tremenda desesperanza, ante esta carrera hacia el vacío, yo no tuerzo el rostro ni me echo atrás. Consiento en seguir viviendo. Todo cuanto haga será inútil; pero precisamente por eso me siento empujado a hacerlo. La nada —nada de mí mismo, de mi obra, del mundo entero— es el punto de llegada de todos mis esfuerzos, y, sin embargo, precisamente por eso, seguiré esforzándome hasta que la tierra me llame a su oscuro reposo.

Quiero renegar de todo mi pasado utilitario. Todos los hombres buscan una recompensa, un pago por todo lo que hacen. Hasta las acciones que parecen más espirituales, —actos de creación, actos de fe, actos de amor— esperan su valorización, exigen antes o después el ser saldadas. Nadie hace nada por nada. Incluso las religiones, las artes, las filosofías, están fundadas en la ganancia. Las obras humanas —sin excepción— son letras de cambio que es preciso pagar. El vencimiento será más o menos largo —algunas lo tienen en la otra vida, en el cielo, en los siglos de los siglos— pero llega el día de las cuentas. Si los hombres supieran a ciencia cierta que alguno de sus actos no será tarde o temprano remunerado, nadie haría nada. Hasta Dios quiere ser recompensado con las oraciones y los sacrificios, y está aparte la eterna cárcel del infierno para los malos pagadores.

Yo mismo, en el pasado, fui el más ávido de estos gananciosos. Quería que me fuese dado todo por poco; que a unos cuantos años de soledad, de investigación, de ascetismo, me fuese dada en pago la eterna omnipotencia. No buscaba el espíritu por el espíritu, sino el espíritu para hacer con él la levadura de la materia, el instrumento de toda posesión terrestre.

Pero ahora que todo ha caído a mis ojos, ahora que solo conozco la insolvencia radical del infinito y la inutilidad de todo trabajo, ahora destruyo en mí al interesado, al utilitario, al rapaz, al judío, y consiento en vivir precisamente porque la vida no tiene estipendio, y sigo pensando precisamente porque el pensamiento no puede ser nunca asalariado.

El hombre desesperado encuentra en el fondo mismo de su desesperación la mera base para saltar más alto que el agujero de los quejosos; el ateo que en nada ni en nadie tiene fe, ya encuentra en la trágica vacuidad de su espíritu solo, sin dioses de ninguna especie, la fuerza de creer en sí, en el momento actual de sí mismo y del mundo que es suyo. Después de la orgía del dolor sale nuevamente del tormento la posibilidad de la alegría; pues que nada espero, ya no tendré desilusiones, ya no tendré desconsuelos ante la traición de los hechos.

El hombre *solo* absolutamente solo, absolutamente desnudo que no pide nada, que no quiere nada, que ha llegado al vértice del desinterés por demasiada perspicacia y no ciega renuncia, se vuelve al mundo desnudo para él como una pradera quemada, como una ciudad devastada; el mundo

ya no tiene iglesias, metas, asilos ni refugios, y le dice: «Aun cuando no me prometas nada, estoy todavía contigo, sigo unido a tu fuerza, trabajo con tu trabajo te acompaño y te reflejo en tu camino».

Mientras el hombre espera algo del universo, es un comerciante que da para recibir, que cambia y regatea, que se irrita si fracasa y se mata si la restitución no ocurre, si no le pagan la letra, si el beneficio es menor que los gastos. Pero el hombre que ha renunciado a toda compensación y trabaja por lo que será deshecho sabiendo que será deshecho, es el único hombre digno, verdaderamente digno de habitar serenamente el universo. El solo es el noble frente a los traficantes que le rodean, aunque estos hayan escrito en las muestras de sus tiendas los nombres más puros, más ideales y metafísicos.

Hace y no pretende que nadie haga por él; da, sabiendo que no recibirá; nunca aspira a las cimas, sabiendo que no las alcanzará; se ofrece por entero, y sabe que nadie le pagará su justo precio. Pero en eso consiste precisamente su trágica grandeza, en esto su deshumanización que le retiene todavía entre los hombres. Otras glorias le son negadas: no tiene, como los que creen en la vida, en la humanidad y en la verdad, consuelos, promesas y faros que le sostengan y le hagan menos penoso el camino. No puede contar más que con su fuerza, y este sentimiento de ser tan fuerte como para poder prescindir de todo el resto, le llena de amarga, pero sana voluptuosidad. ¿Qué valor hay en vivir cuando se cree firmemente que nuestros ideales se convertirán en realidad; que un paraíso cualquiera, ya sea celestial o terrenal, nos espera para restaurarnos de nuestras penalidades? Pero la verdadera nobleza del hombre, su máximo heroísmo, consiste en saber vivir hasta cuando las vendas y las muletas que hacen posible la vida de todos han sido arrojadas a un lado.

Por esta nobleza, por esta grandeza, por este último y desesperado heroísmo, huyo al mismo tiempo de la muerte y de la mediocridad.

XLVI

El retorno a la tierra

Revivo, pues, pero solo, terriblemente *solo*. Yo solamente —no como Dios, pero desinteresado como él, si como él no puedo ser dueño. Tengo que rehacer mi vida sobre nuevos moldes— una vida enteramente nueva, una verdadera vida nueva. No tengo más compañeros que yo mismo. No hay una mano que me socorra si alargo la mía en los tropiezos de la subida. La tierra está llena de voces, pero se trata de «buenas muchachas» con las cuales he almorzado y cenado, y que ya no me dicen nada. Son para los demás, para los no liberados.

Sin embargo, para reconstruirme, para enderezarme, para ponerme a andar de nuevo, tengo necesidad de apoyarme en algo, de volver a poner las raíces en algún lugar. No tengo más que a mí mismo, pero este mí mismo está ligado más estrechamente con una parte del universo. No soy un hombre metafísico y absoluto, suspendido en la atmósfera de los conceptos. He nacido en un lugar determinado, pertenezco a una raza, me precede una historia, una tradición. Recogerme y concentrarme significa volver a ponerme en contacto con mi tierra natal, con mi pueblo, con la cultura de la cual he salido, quiera o no.

Recomenzaré por el principio, renaceré; es decir: volveré a la primera matriz, no a la de carne de mi madre, sino a aquella mayor y más verdadera, la de la patria. Mientras fui solamente un maníaco de cerebralismo, mi patria era el mundo y mi librería la nación donde encontraba las únicas

leyes que respetaba. Pero hoy que quiero rehacer mis huesos y volver a poner la sangre en movimiento, debo volver a las raíces más profundas de mi ser concreto.

Por eso he querido hacer conocimiento con mi país, y al encontrarlo, he vuelto a descubrir también mejor mi alma. Los doctores ordenan a algunos enfermos el aire natal. Por un caso feliz, el convaleciente que soy ha vuelto a llenarse el pecho del aire de su pueblo y le ha sentado bien. Mientras estuve ahogado en la universal cultura teórica permanecí hombre de casa y de ciudad. Abandoné el campo, o si fui a él, no lo vi, no lo abracé, ni lo quise. Pero el rostro de la madre solo se ve desde lo alto, lejos de los aspectos calcinosos de la ciudad. Lo he hallado ahora de nuevo en lo alto de las montañas, enrojecido por el sol, pálido con la luna, blanqueado por la nieve, refrescado por las flores, arrugado por el viento, nunca viejo, siempre joven, siempre el mismo, con la sonrisa que no engaña.

Es inútil que yo retuerza este dolorido mí mismo para hacer de él un dios de Atenas o un coloso escandinavo. Mientras soy cerebro y nada más que cerebro, converso con el chino, con el profesor alemán, con el ensayista inglés, con el jacobino francés y con el sofista griego. Soy de todos los siglos, comprendo y soy comprendido. Mis palabras son moneda internacional, que gasto en cualquier mercado.

Pero cuando me recojo en mí mismo por completo, alma y cuerpo, cerebro y corazón, y quiero insertarme en una raza y en un siglo, siento que soy precisamente de aquí, únicamente de aquí y de este tiempo. Haga lo que haga, soy un hombre nacido en Toscana, entre toscanos, entre paisajes y valores toscanos, —un hombre nacido en Toscana en 1881, que ha cumplido veinte años el primer año del siglo xx y que escribe en el presente año de 1912—. Soy un toscano —no solo un italiano. La verdadera patria de cada uno no es ya el reino o la república a que pertenece. Italia es demasiado grande para cada italiano; la patria genuina no puede ser sino pequeña. En Francia, país unificado como no hay otro, el hombre de Bretaña siente al provenzal como a un extranjero, y el normando y el lorenés, son normandos y loreneses en el propio corazón de París.

Yo me siento profundamente toscano. Los venecianos o los napolitanos me son extraños; los siento más apartados de mí que ciertos bárbaros. No

me hallo bien a su lado, siento que no somos hermanos. No basta escribir la misma lengua y ser gobernados por el mismo código para decir que se tiene la misma patria.

Hasta entre los toscanos muchas veces me siento extranjero y lejano. Pero cuando digo Toscana entiendo ante todo el país toscano, los montes, los collados, los ríos —los horizontes de este país, que de las rosadas torres de las Apuanas se desliza hasta terminar allá, abajo, en la vasta y solitaria Maremma, entre las grandes cimas del Apenino y el verde remanso del Tirreno.

Entiendo este cielo tan bello hasta cuando es feo, esta palidez hecha de olivos, estas lanzas negras de los cipreses, estos valles desolados y pedregosos donde solo florece el cardo azulado y la margarita amarilla.

Y luego entiendo por Toscana los grandes toscanos y su genio. De los grandes etruscos, extendidos como guardias en sus tumbas, plácidos y agudos como adivinos; de los etruscos que trajeron del oriente el amor del futuro y la seguridad del arte; de los etruscos que enseñaron la civilización a los romanos y circunscribieron en sus confines la que debía la Italia más fecunda en grandes —hasta formar la gallardía de Dante, la sutileza de Maquiavelo, la terribilidad de Miguel Ángel, la curiosidad de Leonardo, la penetración de Galileo. En todos estos hombres se advierte el nervio, un cierto sentido plebeyo de realismo robusto, la sobriedad, la limpidez, la grandeza sin beaterías ni rigideces. Hay un genio toscano que es de aquí, con caracteres propios, que se destaca de todos los demás genios italianos y forasteros, y con el cual me siento en plena armonía.

Encontrarme a mí mismo significó, pues, encontrar la Toscana en su campiña y en su tradición. No ya los caminos alrededor de Florencia, encajados entre los muros grises y camelias señoriales, sino los senderos de los rebaños. Apenino arriba cerca del cielo, con los bosques a mis pies. No ya las alturas ciudadanas del Vial dei Colli o del Incontro, sino las jorobas de Pratomagno y las cimas del Alpe de la Luna. Me he encontrado en una casita oculta y desconocida que está al mismo tiempo en el corazón y los límites de mi Toscana. Está cerca de las fuentes del Tíber, junto a la selva donde sufrió San Francisco, al castillo donde nació Miguel Ángel, al pueblo donde nació Piero de la Francesca. A pocos pasos de mi casa vino, cuando

joven, el Carducci republicano. Y si subo más arriba diviso el mar de la Romaña y las alturas de la Umbría.

Sobre este escollo pedregoso, donde el viento no encuentra valla, mi espíritu ha recobrado la calma y se ha recobrado a sí mismo. En este cerco de montes oscuros y agudos, en este prado pobre de flores, de hierbas y sembrado de guijarros; a la sombra de estos cerros duros y olvidados, al rumor de este río angosto y claro, que llegará a Roma sucio y grande, bajo este cielo verdaderamente celeste, transparente y delicado hasta cuando está poblado de nubes, he sentido el olor verdadero de la tierra, el gusto del aire, el sabor del pan, el justo calor del fuego de leños y sarmientos. La vida me ha reconquistado poco a poco con la belleza de su simplicidad. Me ha vuelto niño primitivo, selvático y agreste. Me he enlazado de nuevo con mis progenitores campesinos, con los buenos aldeanos plebeyos que guardaron las vacas y segaron el grano por estos sitios. Me he puesto nuevamente en regla con la vieja familia. A este hijo pródigo que ha comido en todos los banquetes intelectuales de Europa y ha pastado y arreado los cerdos ajenos, su antigua casa le ha preparado un rincón junto al hogar todo negro de humo, y a la mesa de abeto que sabe de amarillentas polentas, los jamones salados y los panecillos tostados al horno.

En los primeros tiempos era tal el gusto del nuevo hallazgo, que tenía necesidad de llevar a casa algún trozo de este país fraterno y paterno que reconocía y amaba más cada día; un guijarro, puntiagudo como una montaña, una hoja arrancada de una encina, una bellota, lisa y bien modelada, un ramo de flores del campo, una cápsula de ciprés, una espiga de maíz. Todas estas cosas pobres, toscas, simples, inútiles, sin valor, me causaban un placer extraordinario: las sentía amigas, hermanas, partes mías, símbolos de mi tierra y de su tradición.

Entretanto, al mismo tiempo, me volvía a acercar a la literatura de mis mayores y paisanos. Después de los primeros años de lectura universal y famélica, casi no les había frecuentado. Me había saturado de culturas exóticas; casi no había leído libros italianos; y, entre los libros, había preferido los teóricos a los líricos, los doctrinales a los imaginativos. Pero allá arriba, después del retorno a la patria presente, sentí la necesidad invencible de volver a la patria pasada. Y releí poco a poco, a la sombra de

los olmos y de los cerros, entre el olor de la menta y el viento de la Vernia, los libros que eran más por derecho de nacimiento y renacimiento... Dante y Compagni. Boccaccio y Sacchetti, Maquiavelo y Redi, Gino Capponi y Giosué Carducci. Aquellos libros que había leído por deber y curiosidad, aquellos libros que me habían aburrido en el elogio y dejado frío fuera de él, que había mirado hasta ahora como retórica literaria o documentos de historia, ahora se abrían ante mí como amigos y hermanos, adquirían un nuevo color, daban otro gusto, se reanimaban con todo el primitivo vigor. Estas viejas cosas me rejuvenecían el espíritu. Estos antiguos hombres, sólidos y desprejuiciados, me parecían, por algún verso, más modernos que yo. Y me sentía de su misma casa, de haber salido de la misma familia, hablaba la misma lengua y podía comprender así mis recuerdos hasta lo que puede parecer más extraño y vulgar a los ojos de los forasteros.

Fue como el viaje de un exiliado al lugar de su autoridad. Todo se me apareció de nuevo como por primera vez, y me empapó el alma de cosas que parecían nuevas para mí, pero para las cuales estaba el lugar ya hecho y el marco apropiado. Las bocas del infierno, los ríos de luz del cielo, Florencia erizada de torres y de picos, los jóvenes libidinosos, desvirgadores y ponecuernos, los vejetes bufones y canallas, los príncipes astutos y varoniles, la natural maldad de los hombres, los movimientos de las estrellas en el infinito y del mosto en las tinajas, la historia de las derrotas y de las esperanzas, el Valderno y la Maremma, el Casentino y el Muguello —toda la hermosa tierra de Toscana, con los hombres y los jardines, con los cielos y las fuentes, de los tumultos del municipio a los motines del 59, me penetraron de nuevo en el corazón y se me pegó a la carne como la madre al hijo esperado que vuelva.

No me conquistaba únicamente la substancia pulposa de aquellos libros, sino sobre todo el arte magnífico con que estaban hechos, la maravillosa lengua en que estaban escritos. Nada de adornos, nada de énfasis, ningún trino inútil, nunca mal gusto alguno ni flaqueza; —cosa fuerte, obtenida con poco, toda dibujo y relieve, de bronce y de piedra, y no de crema y de miel. Grabados profundos, toscos quizás, pero decisivos, claros y sin ninguna línea de más. La lengua rica, siempre nueva, siempre de agudezas y repliegues expresivos, familiar y plebeya sin perder solemnidad y sin

faltarle majestad. También aquí, como en las montañas del país, aparente pobreza, simplicidad robusta, alegría severa, grandeza y libertad.

La Toscana así rehecha es mi Toscana, pero es también la más verdadera y famosa Toscana, no la de los florentinos bastardos, de los jardines amplios o de los escritores comedidos, endulzados y castrados que desde el seiscientos hasta acá han apestado y traicionado a su patria. Yo, por el contrario, quiero permanecer fiel a esta más grande Toscana, que para rehacerme a mí mismo, he tenido que rehacerme desde el punto y el momento en que nací.

Antes estaba en mí todo el mundo. Luego me encontré solo y casi sin vida. Para recobrar las fuerzas, he tenido que restituirme al pedazo de mundo, que me era más contiguo y afín. Ahora que he succionado de nuevo los senos de la primera madre y he vuelto a oír sus palabras —ahora que siento mi cuerpo con nueva sangre y la lengua más suelta, puedo volver a emprender el camino hacia mi verdadero destino.

XLVII

¿Quién soy?

¿Pero cuál es mi destino? ¿Qué soy? Ahora que tengo solamente mis fuerzas recobradas y mi desesperada exaltación, no puedo inspirarme en razones extrañas y no puedo recomendarme a fantasmas exteriores a mí. Todos los dioses sagrados y profanos, asiáticos y europeos, han corrido a esconderse. No hay ningún dios ante mí. He repuesto mi causa en la nada como el Único feroz. El universo está dividido en dos partes: yo y el resto.

Ahora, este mi germen interior debe dar vida a todo, debe animar y transmutar todo lo que me circunda, debe ayudarme a tolerarle. En esta última y decisiva guerra, no puedo tener aliados. Si la muerte sobreviene y no se detiene ante mí, quiere decir que yo soy un harapo, que se bamboleará y deshará en el marcador ilimitado de la inutilidad.

A nosotros dos, pues, universo amigo. Me he incorporado con fatiga, todo dolorido de las caídas, pero siempre derecho de la cintura para arriba; dispuesto para el desafío, pronto para escupir sobre este círculo donde los místicos Abeles sumen sin misericordia a los Caínes que no obedecen a las invisibles codicias de la especie. Dura cosa es la vida egoísta, sin apoyos de muros amigos, sin calma de golfos reparados, sin ofrecimiento de manos cálidas, de cordialidad. Pero yo no busco bastones para sostenerme, sino para dar de palos, y cuando me siento demasiado débil me encierro conmigo mismo, y antes que verter lágrimas de amor ante quien desprecio y

me desprecia, me divierto en ultrajar en mi persona a la raza entera de los hombres. ¡Al diablo también el amor que debilita!

¿Quién soy, pues? ¿Cuál es este capital completamente mío, heredero de nadie, a nadie robado, ganado céntimo a céntimo en las fábricas de la experiencia, con las fatigas de mi alma y que ahora constituye mi único tesoro, toda mi escasa potencia; mi verdadero yo, en fin?

Muchos han intentado definirme, describirme, limitarme —amigos y enemigos. He escuchado, he callado, he sonreído. Llegado a la mitad de la vida posible, después de varias pruebas y una larga cuarentena de soledad, creo conocerme mejor que los demás.

Yo no soy un hombre de acción; no soy un filósofo. Me place la historia, pero jamás seré ministro; me atraen las teorías pero nunca haré un sistema. No soy ni un negociante ni un santo. Deseo el dinero por la libertad, pero no tengo el valor de dejar el resto por hacerlo a cualquier costa; envidio a los grandes renunciantes, pero no creo en los dioses o en los paraísos. Hay en mí dos actitudes únicamente que pueden interesar a los demás —en medio de todo el hacinamiento de salud y de enfermedad, de filisteísmo y de maldad, que me interesan solo a mí.

—Yo soy, para decirlo en dos palabras, un poeta y un destructor, un fantástico y un escéptico, un lírico y un cínico. Cómo pueden estar juntas y encontrarse a gusto estas dos almas, sería largo de describir. Pero es este el verdadero fondo de mi alma.

—Yo soy, a veces, un pobre sentimental que se emociona en la noche solitaria apenas descende de las persianas cerradas un simple ritmo de baile vienés que se escapa de un piano; un niño que desborda de ternura al contemplar un pobre cielo compacto, color de niebla, sin la consolución de una nube blanca o negra; un desgraciado que puede sentirse pleno de amor por un viejo conocido, por un amigo muerto, por una flor marchita, por una casa cerrada.

Otras veces me convierto, por el contrario, en el lobo hobbesiano de colmillos, que tiene necesidad de morder y de destrozar. Nada es sagrado para mí: ni la grandeza de los antepasados, ni las glorias cimentadas por los siglos, ni las verdades aseguradas por milenarias experiencias, ni la santidad de las leyes, ni la terribilidad de los códigos, ni los axiomas de la moral, ni

los lazos de los más hondos afectos. Quiero revolverlo todo, revolucionar las creencias, mostrar al reverso de toda fachada imponente, las manchas de cada estrella, las razones mezquinas de todas las grandezas, los motivos bellacos de las instituciones veneradas, la sequedad de los sabios, la infamia de los moralistas, la razón de los malos, la dulzura del mal, la grandeza de la nada. Me place roer, ofender, alzar los velos, desnudar los cadáveres, quitar las caretas. Pierdo el miedo y el pudor; no respeto a nadie; me siento bien en el bullicio, me complazco en turbar, en aterrorizar, en ser y parecer malo.

Pero después de esta furia devoradora vuelve a aparecer el fantástico que imagina historias imposibles, que deforma la realidad, que proyecta en el cómodo espejo de la imaginación sus malvados instintos, sus deseos más atrevidos, que crea más en grande a los hombres que odia y a los hombres que ama, tomando de la vida misma el apunte real para prolongarlo y agigantarlo en el sueño.

Me asedian entonces las historias absurdas, los proyectos extraños, las aventuras increíbles, los locos y los delincuentes que no vivieron nunca y quieren vivir en mí, los amores ficticios e irrazonables, las muertes singulares, increíbles. Estoy obligado a crear un mundo nuevo, que me turba e inquieta a mí mismo en las largas temporadas en que soy, como todos los demás, burgués y realista: un mundo que tiene en sí fragmentos de profunda verdad, pero no es el mundo vivo y verdadero que todos creemos conocer. En este mundo me muevo en perfecta libertad; doy a mis criaturas el rostro que quiero, las hago hablar a mi modo, las hago vivir para fines que nadie se propone, las hago morir de repente, de muerte voluntaria, por causas que parecían ridículas a los hombres de carne y hueso.

Continúo siendo en suma, el hombre que no acepta el mundo y en esta mi actitud obstinada consiste la unidad y la concordia de mis almas opuestas. Yo no quiero aceptar el mundo tal cual es y por eso intento rehacerlo con la fantasía o cambiarlo con la destrucción. Lo reconstruyo con el arte o intento revolucionarlo con la teoría. Son dos esfuerzos distintos pero concordes y convergentes.

Así como soy y como permanezco siendo, siento que yo también soy una fuerza creadora y disolvente, siento ser un valor, de tener un derecho,

una parte, una misión para los hombres. Solo los imbéciles, condenados mientras vivan a la imbecilidad, pueden declararse satisfechos del mundo. Quien intenta moverlo, animarlo, incendiarlo, renovarlo o agrandarlo tiene derecho —no al reconocimiento en que me sumerjo ahora y siempre— sino a la libertad de hablar y de existir. Cada hombre tiene necesidad, para vivir, de no creerse totalmente inútil. Yo no pido y no quiero otro apoyo, pero yo también, como los débiles, tengo necesidad de esta miserable certidumbre. Yo vivo y obro sabiendo que toda mi vida y mi acción se hundirán en la nada, pero quiero que los demás sepan que yo tengo el derecho de estar entre ellos y de ofenderles, porque hago algo que a ellos mismos puede beneficiar.

En un mundo donde todos piensan solamente en comer, en hacer dinero, en divertirse y mandar, es necesario que haya de vez en cuando uno que refresque la visión de las cosas, que haga ver lo extraordinario en las cosas ordinarias, el misterio en la banalidad, la belleza en la barredura. En medio de una casta extensa y poderosa de esclavos de la opinión y de la tradición, de pedantes parásitos y sofistas, de predicadores de viejas leyendas, de carceleros, de prisiones moralistas y místicas, de papagayos pertinaces de todas las antiguas normas sociales y de todos los lugares comunes, es necesario un despertar nocturno, un guardián de la inteligencia pura, un zapador de buenos músculos, un incendiario de buena voluntad que quemé y desmantele para hacer sitio a la luz de las plazas, a los árboles de la reconquistada libertad, a las construcciones futuras.

—Yo soy uno de estos hombres que aceptan el más ingrato deber y la parte más peligrosa. Y por el bien y por el mal que quiero y hago, tengo derecho de respirar, de calentarme, de caminar, de alzar la cabeza, de escupir en la cara, —de existir según mi ley.

XLVIII

Declaración de estilo

Yo no escribo para hacer dinero, no escribo para embellecerme, no escribo para alcahuetar con las muchachas modestas y con los hombres gordos, no escribo tampoco para poner sobre mi sombrero de paño negro la carnavalesca rama de laurel de la fama ciudadana. Escribo únicamente para desahogarme, —para desahogarme en el sentido más estercolario que os sea dado pensar, ¡oh, delicadas imaginaciones de barítonos de recreo! No digo, fijaos, para «liberarme» como vuestro melencólico héroe anónimo, como el sublime filisteo Goethe Wolfgang, consejero íntimo del duque de Weimar y del alma de los prometeos rehabilitados.

El se libera con las trágicas frivolidades de un Werther, por las tenues desesperaciones de una lejanía deseada, y el producto de esta liberación iba a parar sobre las mejillas de las bellas sentimentales israelitas y a las cabeceras de los futuros suicidas, como una mortaja fúnebre pero recamada con todos los respaldos de la bien nacida literatura.

Yo, en cambio, me desahogo, y entiendo el desahogo con los más plebeyos y estomacosos sinónimos: entiendo el esputo que sube del fondo de mi garganta inflamada y que vuela como por encanto en infinita salpicadura sobre todos los rostros que yo sería capaz de abofetear; entiendo el vomitar la bilis que me ha destilado de la sangre el espectáculo de nuestra vida; entiendo el fluir del pus bajo las llagas o los bubones de mi inmortal personalidad, expuesta al contagio de los más populosos lazaretos; entiendo

el erupción imprevisto y ruidoso que viene de lo hondo como el desprecio. ¡No, señores! Nada de delicado, os advierto, saldrá de mi pluma al correr sobre el papel.

Quisiera que en vez de la lívida tinta que sale de sus cuadradas puntas de acero, fluyese sangre oscura y humeante como la que gotea del pecho del héroe en una pelea nocturna —quisiera que el hierro horadase y devorase el papel por donde pasa, como si fuese ardiente, y que de los surcos achicharrados subiese a la abierta nariz del lector un acre humo benéfico.

Yo no soy de aquellos, respetable público, que escriben con el aire compungido y afanoso de servidores que tienden el abrigo, y la piel. Los hay que se colocan ante el imaginario lector como un falso napolitano se apoya en la pared con la guitarra colgada del pecho y la boca patéticamente abierta, bajo las ventanas de los hoteles de los generosos inervantes; otros, por el contrario, se tienden a sus pies, semejantes a cabelludas Magdalenas que sacan de la ampolla bálsamos y ungüentos para todas las escorias y callos del alma; otros me parecen monaguillos con sobrepelliz, que los domingos balancean los incensarios de latón entre los asistentes a la misa cantada.

Yo soy de otra raza. No he nacido al aliento pacífico de un buey y de un asno, y los tímidos pastores no vinieron a rendirme homenaje el primer día de mi vida. Yo he nacido revolucionario y no estoy ni siquiera seguro de no haber entonado, al salir de la sangrienta puerta materna, en vez de los vulgares chillidos de sorpresa, un motivo de alguna incómoda marsellesa. Cualquiera que sea el gobierno del mundo, estaré siempre en la oposición. La expresión natural de mi espíritu es la protesta; la actitud espontánea de mi cuerpo es la del asalto a la bayoneta, mi figura preferida es la invectiva y el insulto. Todo canto de amor, en mis labios se trueca en rítornello de revuelta; todas las más cordiales efusiones se truecan de pronto en una carcajada, en un guiño, en una salida airoso. ¡Oh, si cada una de mis palabras fuese una bala de carabina sibilante en la libertad del aire; cada una de mis frases, un chorro de fuego; cada capítulo, una barricada bien defendida; cada libro, un bloque de pesado cascote capaz de abrir las peludas calaveras de un pueblo!

Hay palabras blancas, frágiles y olorosas como jazmines: las hay de esas dulzones y pegajosas como el azúcar rojo de los caramelos de los niños pobres; hay otras, blandas, tibias y viciosas como las carnes de las amantes de cuarenta años; las hay luego de tal manera paradisiacas, aéreas y extrañas, que únicamente las plumas de ganso de los viejos santos en ayuno las pudieron prender en el papel como trémulas mariposas hechas de polvorientos reflejos; las hay, en fin, de esas de tal modo públicas e insípidas, que la prosa compuesta con ellas se deshace entre los dedos como miga de pan duro.

Pero las palabras que edijo y prefiero no son estas; las mías tienen que ser duras como la piedra fuerte, escabrosas, áridas, desagradables, como los pedruscos que se despeñan de las cimas y saltan de las excavaciones de las minas; han de estar pagana y obscenamente desnudas, como salieron de las bocas vinosas de la plebe creadora. Y con estas palabras toscas y nativas quiero hacerme una prosa cuadrada, compacta, unida, sana y robusta, que avergüence a los perfumistas y a los libertos de las más literarias literaturas. Y cuando me haya vaciado de la saliva de la hiel, del pus y de la mala sangre, entonces seré suave como los lirios del valle, y por la mañana escucharé arrobado el pío pío de los pajarillos saltarines sobre las tejas, y me conmoveré con el tañido de las campanas en los campanarios bajos y desencalados de las iglesias olvidadas, e iré por los paseos de los jardines con la cabeza baja para no pisar una hormiga ahorrativa. Entonces oiréis subir de mi pecho liberado un canto tan espasmódico de voluptuosidad, de tal modo henchido de ternura, tan blando de lloroso amor, que ninguno de vosotros podrá oírlo sin recordar el instante más solaz y apasionado de su juventud, sin retorcerse de gozo, por la harto agotadora dulzura.

XLIX

No estoy acabado

¿Así que se anda diciendo por Italia que yo soy un hombre vaciado, exhausto, acabado? ¿De veras se dice que yo fui fuego y paja y que el viento de primavera se ha llevado hasta el último ápice de ceniza?

¡Despacio, muchachos! Esperad un poco, por favor. ¡Nada de acabado! ¡Pero si todavía no he empezado! Debéis figuraros que todo lo que hice ¡— cuánto!— era un prefacio, un proemio, un índice anticipado, un anuncio, una proclama y hasta si queréis, un desbordamiento de mosto y de espuma, como para poder madurar mejor interiormente. Lo mejor viene ahora: recién hoy nazco.

El fuego de paja era un fuego de júbilo, era un fuego artificial, girándula gigantesca, cosa de reír, para divertirse, pero hoy me siento semejante a un incendio que no se podrá extinguir.

No sé qué queréis hacer con el hoyo que habéis cavado para mí (tal vez esconderéis una u otra vez los fetos de vuestros abortos), pero os aconsejo que tiréis al canasto los epígrafes. No hay losa de mármol que me haga doblar la cabeza; vuestras condenas a muerte me infunden un brío, unas ganas de reír, de moverme, de hacer, como no sentía de tiempo atrás.

No: sabedlo para otra vez; no está bien confundir el silencio con la muerte y el recogimiento con el fin y la preparación con el suicidio. Cuento treinta años pero todavía tengo los cabellos rubios y rizosos: todavía tengo bastantes dientes, tengo las manos tenaces, piernas ligeras. Sigo sintiendo la

sangre que golpea a martillazos en los pulsos y en las sienes; todavía tengo cierta ebullición de ideas en la cabeza; el pensamiento no me ha abandonado, sino que se ha hecho más claro y resuelto. Todavía tengo algo que decir, y, por otra parte, tengo tiempo por delante; en mi casa siempre hay papel blanco en abundancia, papel liso, blanco, cortado, en el que la pluma corre con facilidad y rapidez, y todavía tengo plumas de acero y botellas llenas de tinta, sin abrir aún. No me falta nada; mi hora no ha llegado; no era aquella, pero quizás esté por sonar. No me rindo ni me retiro. Estoy siempre aquí, yo en persona, pronto para responder a todos de todo.

¡Tengo tantas cosas que decir! No tenéis idea de la cantidad de impresiones y de descubrimientos que tengo que comunicar a los demás antes de mi muerte. No puedo condenar y suprimir toda esta parte de mí, que es la mejor, que es la única que justifica todas las demás. Tengo compromisos conmigo mismo, con los hombres, con el espíritu. Sé que represento en mi país, en el mundo una corriente de ideas, no bien vistas aún, que no están infundidas y comprendidas; sé que personifico la hostilidad y la enemistad contra modos de pensar y de escribir que son vergonzosos, perniciosos, imbéciles. ¿Y había de estarme quieto y callado y retirarme a la celda del contemplador taciturno, o a la habitación caldeada del hombre acomodado que deja correr el mundo a su zaga con tal de que no le falte la cena?

¡Más bien morir antes que un fin así! Yo debo decir lo que tengo en el cuerpo; mi deber es hacer de modo que los demás no digan más ciertas cosas, no las piensen y no las escriban del modo que lo hacen. No me importa que todo sea inútil —no me importa. Sinceramente: no me importa lo más mínimo. Estoy también por encima de eso. Sacrificio grande y digno porque es absurdo, y sacrificio porque es absurdo. Nunca ninguna acción razonable se llamó sacrificio. Yo me siento bastante fuerte para ejercitar mi fuerza en hacer el Tántalo, y bastante para tirar lo mejor por la ventana. No solo no estoy acabado, sino que soy inagotable; mi llama es como la que devora a los soberbios en el infierno católico: inextinguible. Y me parece que mi juventud ha de ser eterna, como la de los dioses de Grecia.

Me parece, digo, pero no lo creo. Llegará también para mí el día en que las escamas de oro de las cosas, caerán como las fajas de lino que envuelven las momias pulverizadas; vendrá el día en que el sol me parecerá solamente una luz más en el cielo sofocante, y el retorno de la primavera será solo una página nueva del almanaque, y las flores destilarán en vano de la sucia tierra los más dulces calores para alcanzar el cielo; los ruiseñores de las cálidas noches no serán más que uno de los tantos rumores nocturnos — y cuando el sol descienda hasta el río, no subiré más por las escaleras de las colinas, a saludarlo con los ojos y con el silencio. Mujeres rubias, tiernas, ojerosas, bien formadas, pasarán a mi lado y mi carne no se sentirá sacudida por el deseo; no están hechas para mí, no pienso en hacerme amar más. Y toda mi vida será disuelta como en una languidez de indiferencia, en una niebla de memorias grises y casi iguales, sin el relámpago de un deseo y sin el rayo de una acción. Así será de mí— como de todos.

Pero, antes de llegar a este fin, quiero llenar de aliento todas las trompetas del universo, ejecutar todos los mandatos, cumplir todas mis venganzas y dejar escritas y grabadas mis palabras y mis voluntades. Apenas he principiado. El niño nace a los nueve meses, pero el hombre comienza a los treinta años. La flor ha florecido pero el fruto tiene que madurar antes de pudrirse.

L

La nueva generación

Después de los treinta años se ve claramente lo que se vale, por lo que valen los más jóvenes. Hasta los treinta años se batalla con los viejos y la empresa es más cómoda. Somos jueces y verdugos en nombre de la fuerza impulsiva de la inmadurez, que a su vez quiere, también ella un poco de sol para florecer. Los enemigos han llegado, son célebres, están cansados y esconden bajo el amargo silencio y la agria sonrisa, la vil serenidad del rellanamiento. Están sentados y no quieren levantarse. Esperan, nos toleran y si de veras tienen miedo, nos hacen la vista gorda y nos preparan la yesca de la cordialidad.

Pero cuando llegan los otros, los nuevos, los frescos, los primeros en puesto, los muchachos que tenían diez años e iban a la escuela cuando nosotros teníamos veinte y disparábamos los primeros golpes, entonces empieza el día de la prueba y del peso. Estos jóvenes se han nutrido también de nosotros, se nos han echado encima, nos han seguido durante un buen trecho de camino, pero ahora es el momento del cambio y de la mayoría de edad. Sienten la necesidad de rebelarse contra los más próximos, y están preparándose a asaltarnos, como nosotros asaltamos a nuestros mayores. Aunque nos asalten en público, nos juzgan en privado —somos ya para ellos materia de historia y de evaluación—. Se sienten superiores a nosotros, están seguros de habernos superado y de poder sobrepujarnos en el primer asalto que den. No hay ya con ellos la amorosa

confianza que nos ligó a los coetáneos y nos animó en la competencia misma, haciéndonos comprender en ocasiones las debilidades y faltas de nuestra obra. Estos recién llegados no quieren saber nada: son de otro tiempo, han atravesado otros climas, tienen otros amores ocultos, otros lazos, otras aversiones. Se adelantan fríamente en nombre de los dogmas del día, consignados en fórmulas de fácil circulación; son crueles como niños y descorteses como asaltantes. Son de otra raza, hablan otra lengua. Podremos trabajar juntos, hablarnos y sonreírnos pero no nos entendemos. Lo siento: no hay buena sangre entre ellos y nosotros. Siento que penden sobre mi cabeza sus sentencias despreciativas, sus desdeñosas condenas.

Pero atended: yo no quiero hacerme el muerto y el hombre superior como hicieron con nosotros tantos de nuestros viejos. No quiero fingir que les ignoro, no quiero esconder la cabeza bajo las pilas de libros o envolverme en la toga cesárea del asesinato contento. De ninguna manera. Yo soy yo y ellos son ellos. Haremos las cuentas. No tengo miedo a los nuevos como no tuve miedo de los viejos. Estoy dispuesto a poner en la plaza todos mis papeles y a defenderme con los dientes y con las uñas, con las palabras y con las ideas, como un salvaje y como un civilizado. No me echo atrás. No me doy por vencido. Ya lo dije: no estoy acabado. El título de este libro está equivocado: poco importa. Aquí dentro hay un hombre que está dispuesto a vender caro su pellejo y que quiere acabar lo más tarde que sea posible.

Yo no desprecio a los jóvenes ni les odio. He hecho por algunos de ellos todo lo que he podido. No los he rechazado. Les he tratado mal cuando he creído que eran dignos de escuchar la verdad de un hombre. Les he esperado, les he deseado, les he aguardado en el umbral de los veinte y de los veinticinco años para ver qué podían hacer, qué tenían en sus cuerpos. Les hubiera querido más violentos, más personales, menos serios y menos fonógrafos. Pero no importa: les respeto y les estimo tal como son. Si hacen cosas mediocres y escriben tonterías no les condeno: es preciso hacer muchas cosas malas para llegar a hacer alguna pasable. No se llega a los veinte años con la obra maestra en el cajón del escritorio. Espero que la harán, y entonces pasarán sin remordimientos por encima de mí.

Pero no quiero tampoco humillarme ante ellos. No quiero desaparecer sin haber resistido hasta el último aliento. Si hay alguien entre ellos que crea poder abofetearme y pisotearme antes de tiempo, sin derecho, se encontrará ante un armado vivo y no ante un cadáver pútrido. Para destruir es menester hacer, y para vencer es preciso sangrar de las heridas.

¡Adelante muchachos! Estos treinta años de mi vida, estos veinte años de vida cerebral, estos diez años de literatura, podía quizás haberlos empleado mejor. Pero, sin embargo, algo he hecho. He tomado parte en movimientos de ideas y los he iniciado; he fundado revistas, he publicado una media docena de libros, he sembrado ideas, locas o estúpidas o profundas, lo que sean, —a diestra y siniestra. Soy alguien, represento algo, tengo un pasado, y tendré, a toda costa, un porvenir...

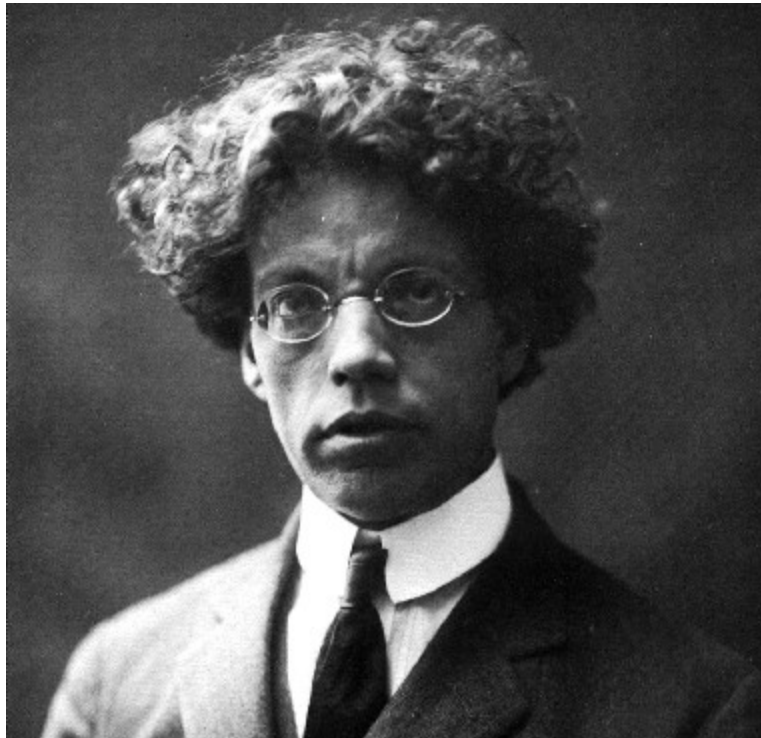
¿Y vosotros? ¿Qué habéis hecho? ¿Qué hacéis? Veamos: artículos, recensiones. Tenéis ingenio, claro está, y cultura, pero por ahora, si no me equivoco estáis agarrados a lo ajeno, vivís a costas del que hace algo, os hacéis grandes poniendo bajo los tacos de vuestro calzado, los volúmenes de los demás. Hay entre vosotros quien ha hecho y hará arte: muy bien. El juzgar es difícil, pero el hacer es más difícil todavía. Veremos.

Entretanto, yo no quiero ser liquidado en un abrir y cerrar de ojos. No quiero que se me pisotee sin protestar. Y para vosotros, especialmente para vosotros, he escrito esta historia dramática de mi cerebro.

Héteme aquí: me he abierto y disparado; he puesto al desnudo vísceras y nervios como en tantas mesas de anatomía. Si queréis, podéis trabar conocimiento con mi más verdadero yo y salvaros de los juicios precipitados. Aquí no está mi biografía, pero sí el curso exacto de mis acontecimientos interiores. Todo el resto de mi obra encuentra aquí su explicación y su clave. Esta no es una obra de arte: es una confesión a mí mismo y a los demás. Aquí aprenderéis a conocer al misántropo sentimental e injuriador, que se ha hecho, a Dios gracias, tan honradamente antipático a tanta gente. Os doy mi espíritu en las manos; os presento documentos y defensas. Sobre esto y con esto quiero ser juzgado. Yo seguiré haciendo, trabajando con vosotros, junto a vosotros, pero un período de mi vida se ha clausurado, y quiero que se tenga en cuenta este mi desordenado desahogo en cincuenta capítulos.

Me presento ante vuestros fríos ojos con todos mis dolores, mis esperanzas y mis flaquezas. No pido piedad ni indulgencia, ni alabanza ni consuelos, sino solo tres o cuatro horas de vuestra vida. Y si después de haberme escuchado creéis lo mismo, a pesar de mis propósitos, que soy de veras un hombre acabado, tendréis que confesar al menos que estoy acabado porque quise empezar demasiadas cosas y que no soy ya nada porque lo quise ser todo.

FIN



GIOVANNI PAPINI (Florencia, 1881 - 1956). Escritor y poeta italiano. Fue uno de los animadores más activos de la renovación cultural y literaria que se produjo en su país a principios del siglo XX, destacando por su desenvoltura a la hora de abordar argumentos de crítica literaria y de filosofía, de religión y de política.

Nacido en una familia de condiciones humildes y de formación autodidacta, fue desde muy joven un infatigable lector de libros de todo género y asiduo visitante de las bibliotecas públicas, donde pudo saciar su enorme sed de conocimientos. Obtuvo el título de maestro y trabajó como bibliotecario en el Museo de Antropología de Florencia, pero a partir de 1903, año en que fundó la revista Leonardo, se volcó con polémico entusiasmo en el periodismo.

Esta publicación se convirtió enseguida en un instrumento de lucha contra el positivismo que imperaba en el pensamiento filosófico italiano y, al mismo tiempo, contribuyó a difundir el pragmatismo. Ese mismo año se convirtió en redactor jefe del diario nacionalista Regno, mientras que en

1908, finalizada ya la andadura de Leonardo, empezó a colaborar activamente en *La Voce*, convirtiéndose en uno de los representantes más inquietos y ruidosos del movimiento filosófico y político que surgió en Florencia alrededor de esa revista.

Más tarde fundó también *Anima* (1911) y *Lacerba* (1913), de orientación más literaria y donde durante un tiempo defendió las tendencias futuristas de F. T. Marinetti. Agnóstico, anticlerical, pero no obstante siempre abierto a nuevas experiencias espirituales, su actividad periodística le permitió dar rienda suelta a su afición de sorprender y escandalizar a los lectores y de arremeter contra personajes más o menos famosos.

Su primera obra narrativa fue *Un hombre acabado* (1912), en la que describió su azarosa juventud y donde los retratos paisajísticos de su Florencia natal revelan, como en otros libros, las verdaderas dotes del Papini escritor. Afectado por la dura experiencia de la Primera Guerra Mundial, se convirtió al catolicismo empujado por la necesidad de encontrar certezas definitivas y absolutas.

Este cambio espiritual, que causó polémicas en su entorno, fue el germen de *Historia de Cristo* (1921), libro que alcanzó un enorme éxito a pesar de que algunos le acusaron de ser un gran manipulador de las ideas que se adaptaban al momento. En esta misma línea caracterizada por una heterodoxia que irritaba por igual a ateos y creyentes escribió *San Agustín* (1929), *Gog* (1931), *El Diablo* (1943), *Cartas del papa Celestino VI a los hombres* (1946), un papa imaginario del que se sirve para lanzar un mensaje de paz y fraternidad, y sobre todo *Juicio Universal*, en el que trabajó casi toda su vida y que se publicó póstumamente.

De su prolífica obra crítica cabe destacar *Dante vivo* (1933) o *Grandezze di Carducci* (1935), mientras que *Cento pagine di poesie* (1915) y *Opera prima* (1917) figuran entre sus mejores libros de poesía.